

SANTIAGO VACA-GUZMAN

DIAS AMARGOS

PAGINAS

DEL

LIBRO DE MEMORIAS DE UN PESIMISTA

Con un prólogo de la Sra. Juana M. Gorriti

Un juicio del Sr. Mariano A. Pelliza

Y una noticia bibliográfica por D. Juan A. Piaggio

SEGUNDA EDICION

Adquirida por la Casa Editora de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES

IMPRENTA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACION

Calle de San Martín, 96, 98 y 100

1887

A mi amigo el Señor D.
Francisco Minogetti -
Con el aprecio de su
atento S.
Y. Herman

DIAS AMARGOS

PAGINAS DEL LIBRO DE MEMORIAS DE UN PESIMISTA

Ago. 15. 84

Buenos Aires -



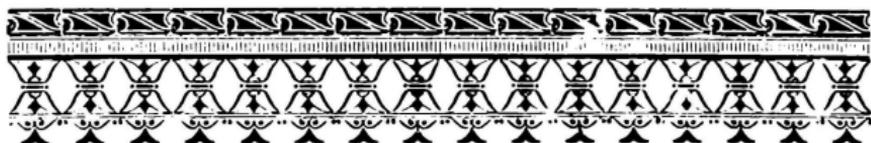
PUBLICACIONES DE S. V. GUZMAN



- LA ADUANA NACIONAL.—Estudio teórico-práctico sobre la aplicación del sistema proteccionista, con relación á la producción en la República Argentina. 1877.
- OBLIGACIONES DEL CONTRATO DE COMPRA-VENTA. — Exención del depósito del precio en la adquisición de inmuebles cuyos títulos son deficientes. 1878.
- LA USURPACION EN EL PACÍFICO. — Bolivia y Chile y sus tratados de límites. Reseña del debate sostenido desde 1842 hasta Febrero de 1879. Con la carta de los territorios usurpados por Chile. 1879.
- INTERESES COMERCIALES ENTRE BOLIVIA Y EL PLATA El Pilcomayo. Estudio sobre las ventajas y la posibilidad de la navegación de esta vena fluvial. Obra escrita por comisión del Gobierno Argentino. 1880.
- EL DERECHO DE CONQUISTA y la teoría del equilibrio en la America latina. 1882.
- BOLIVIA. — Origen de su nacionalidad y sus derechos territoriales. 1882.
- LA LITERATURA BOLIVIANA. — Reseña general acerca de los escritores en verso y prosa, medios de publicación y oratoria del alto Perú. 1882.
- EL EXPLORADOR CREVAUX Y EL RIO PILCOMAYO. — Conferencia celebrada en la Sociedad Geográfica Argentina. 1882.
- LA MUJER ANTE LA LEY CIVIL, LA POLÍTICA Y EL MATRIMONIO. Primer tomo.

PRÓXIMAMENTE

- EL NÚMERO TRES. Novela histórica.
- MATRIMONIO Y DIVORCIO. Segunda parte del libro LA MUJER.
- LA CIVILIZACIÓN INCÁSICA. Estudio crítico bajo el punto de vista de los dogmas y las artes del imperio de los Incas.



NOTA DE ESTA EDICIÓN

El interés creciente que desde su aparición despertó esta obra, cuya primera edición quedó agotada en pocos días, no obstante de haber visto la luz anteriormente en las acreditadas páginas de la *Nueva Revista de Buenos Aires*, nos ha inducido á adquirir el derecho de editarla nuevamente, deseosos de difundir extensamente este libro, como lo hemos hecho con varios otros de alto mérito, á los cuales el público ha prestado la más generosa acogida.

Habríamos deseado dar cabida á muchos de los honrosos juicios emitidos por la prensa ilustrada respecto de esta obra, mas como ellos son ya harto conocidos, hemos creído conveniente agregar, tan solo, al Prólogo de la ilustre escritora D.^a

Juana Manuela Gorriti, entresacando de las diversas cartas de felicitación dirigidas al autor, la que lleva la firma del reputado historiador D. Mariano A. Pelliza, así como la *Noticia bibliográfica*, nada conocida hasta hoy, relativa á las circunstancias en que se escribió esta novela, y debida á la pluma del joven escritor D. Juan A. Piaggio.

Esperamos que la nueva edición que ofrecemos al público será favorecida con la misma aceptación que dispensó á la anterior, estimulándonos así á continuar propagando las obras remarcables de los escritores americanos de más reputación, en bien del desarrollo de su literatura.

EL EDITOR.





PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN



Antes de dar su libro al público, el autor, cumpliendo una promesa, envíeme un ejemplar de pruebas.

DÍAS AMARGOS, leí en la carátula.

¡Días amargos! Ah! ¿quién no ha tenido en su vida esas sombrías jornadas?

¿Quién, leyendo ese epígrafe, no las recuerda, y anhela, para compararlas, buscar las que esas páginas encierran?

Yo, también, bajo la influencia de tal sentimiento las recorrí y me absorbió su atrayente y lúgubre lectura.

DÍAS AMARGOS es, bajo las más galanas formas de la novela, un estudio psicológico profundo y de alta enseñanza.

Allí están los más acerbos dolores de la humanidad; allí sus perversiones y los errores á que ellas pueden conducirla: desde el fallo injusto del juez hasta el estigma social arrojado sobre seres inocentes; y las villanías y las insidias del fuerte contra el débil; y las torturas y la derrota de éste; y el triunfo insolente de aquél..... El uno, prosiguiendo en su camino de iniquidades, con un séquito de odios y maldiciones; el otro, cayendo exánime, pero beatificado por la aureola del martirio.

Las infamias de Derteani, la desolación de Adela, el sacrificio de Hortensia, el egoismo santamente feroz de Cabestani, el dolor de Daniel, eterno y sin esperanza

¡Qué sombríos dramas! Creeríaseles

episodios olvidados por Dante en su terrible libro, si el autor no desarrollara su acción en el riente escenario donde se oculta el infierno de los vivos: bajo un cielo azul, en dorados salones, entre danzas y sonrisas.

Extraña parecería esta amarga ciencia de la vida en un hombre halagado por todos los dones de la felicidad, desde la cuna hasta en la alta posición que honra, si no se tiene en cuenta que por su profesión se encuentra sujeto al terrible deber de sondear las llagas de la sociedad y hundir larga y profundamente su mirada en los abismos del corazón humano.

Juana Manuela Gorruti.



Buenos Aires, Febrero 14 de 1887.

SR. DR. D. SANTIAGO VACA-GUZMAN.

Mi distinguido amigo:

He leído con sumo placer su triste y sentido libro DIAS AMARGOS, y digo con sumo placer, bajo el punto de vista del arte, y no bajo la faz del sentimiento en que su obra descuella también.

He gozado y he sufrido á la par, porque no se puede leer indiferentemente tanta buena cosa literaria, y tantos dolores acumulados en su palpitante drama.

Sabía que era V. un pensador y publicista de buenas dotes. Sus varias obras de esa índole lo comprueban; pero ignoraba existiera en V. el observador profundo del cuerpo social, en la manera y extensión en que V. se revela, fisiólogo

al par que eximio y galano prosista en su novela.

Quiero creer que todo ese drama es una mera ficción y no una realidad distrazada. Habría sido demasiado acíbar volcado en la copa de la vida del héroe de su romance, cuyo noble carácter se sostiene seguro é incorruptible en todos los amargos trances que forman el tejido de su existencia, desde la escena del colegial ofendido hasta su muerte lójica y necesaria.

Deploro que temores, quizá fundados, ante lo puntilloso de esta sociedad, lo hayan obligado á no ser más rígido en los temas judiciales.

Un escribano de mala fé, y un procurador con fé ni buena ni mala, son poca cosa para alimento de la crítica, que exigiría mayor ampliación y otras figuras para caracterizar la especulación y el fraude.

En fin, esto tal vez no cuadraba á su argumento y vendrá más adelante, pues comprendo que sus estudios en este punto han de continuar en otro libro.

Acaba V. de demostrar, junto con su competencia de escritor y estilista que ama la forma y la cultiva con esmero, la posibilidad de crear, sinó una escuela nacional, una escuela literaria que, fecundándose en la observación propia, nos coloque en el punto de partida para la formación de la novela crítica, destinada á corregir los vicios sociales en toda su ancha periferia, sin necesidad de importar á nuestra literatura elementos exóticos en costumbres, en legislación, en vicios ni en virtudes.

Repitiéndole mi aplauso por el éxito con que V. ha abordado en DIAS AMARGOS esta rama tan difícil de la novela, me complazco en presentarle las seguridades de la consecuente amistad y señalado aprecio con que soy S. A. S. S.

MARIANO A. PELLIZA.





NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

Nadie con más exactitud que nosotros conoce las circunstancias especiales en las cuales fué escrita esta novela, cuya popularidad es notoria.

Eran aquellos días difíciles en que la *Nueva Revista de Buenos Aires*, fundada por el eminente publicista y notable diplomático Dr. D. Vicente G. Quesada, y dirigida más tarde por su ilustrado hijo el Dr. D. Ernesto, luchaba pertinazmente contra la indiferencia pública. Nosotros, que teníamos á nuestro cargo, transitoriamente, el peso de los trabajos destinados á sostener aquella interesante publicación, por hallarse su erudito Director en Europa, consagrábamos nuestros afanes á su mantenimiento, ya corriendo de colaborador en colaborador en busca de

material de importancia, ya interviniendo en los múltiples detalles de imprenta, ya, finalmente, atendiendo el servicio de contabilidad y correspondencia exterior, que por sí solos demandaban tiempo, labor y paciencia.

En esa tarea pesada gastábamos el vigor de nuestra juventud, alentados por la efervescencia de nuestro espíritu, esperando ansiosos el apoyo público, persiguiendo el noble propósito que tuvieron en vista los fundadores de tan útil publicación. Los resultados no respondieron á nuestros afanes; mas no por eso hemos sentido arrepentimiento en ese gasto de actividad y fuerzas; por el contrario, siempre consideraremos aquellos como el primer tributo que debíamos pagar á las ilusiones en esa edad en que todo se muestra fácil, juzgado á través del prisma de la imaginación en el período de su desarrollo.

En aquellos días, temerosos de que la *Nueva Revista* no pudiera subsistir largo tiempo, á pesar del interesantísimo material que ofrecía en sus páginas, atribui-

mos la frialdad del público á la demasiada seriedad de los estudios que entrañaba: históricos, diplomáticos, sociales, en su mayor parte. Era necesario ensayar un cambio en su contenido, tentando asegurar su subsistencia.

A este fin nos dirigimos al Dr. Vacaguzmán, perseverante colaborador de la *Revista*, solicitando algo ameno que conjurase la apatía del público, con cuyo motivo le dimos á conocer las peripecias por las cuales pasaba aquélla.

—Amigo mío, nos contestó el distinguido diplomático, bien se conoce que éstas son sus primeras armas. El caso actual de la *Revista* no es más que la repetición de lo que pasa en toda nuestra América de origen español. Observe usted lo sucedido en las capitales más cultas del continente, y verá usted que las *Revistas* más notables, las mejor encaminadas y mejor escritas han mantenido una existencia precaria, terminando por extinguirse, privadas de todo apoyo. Esta es la historia *mutatis mutandis* de la *Revista del Pacífico*, de la *Revista de Lima*, de la

Revista Sud-Americana, de la *Revista Chilena*, de la *Revista Brazileira*, etc., etc.

¿A qué ir más lejos? La primera serie de la *Revista de Buenos Aires*, estimada hoy día, justamente, como tesoro inapreciable para la historia de estos países, luchó bizarramente sostenida por habílisimas plumas, y sucumbió, sin embargo, afectada del mal que aqueja en América á las publicaciones elevadas y serias: de consunción. Ahí está la notable *Revista del Río de la Plata*, que tuvo igual suerte, no obstante hallarse cobijada por los prestigiosos nombres de Juan M. Gutierrez, Bartolomé Mitre, Vicente F. López, y Andrés Lamas. Ahí está la *Revista Argentina*, dirigida por el espíritu filosófico de José Manuel Estrada; ahí está....

—Pero, señor, repusimos, ¿no hay entonces esperanza para las letras americanas en este género de empresas? ¿La lucha es pues inútil?

—Por el contrario. Toda lucha revela fuerza y vida; la lucha es necesaria; el mal no está en la índole de las *Revistas*, está en la educación y gustos del públi-

co; por otra parte, la gran mayoría vive del cálculo mercantil y se preocupa poco, muy poco, de las labores de la inteligencia; la minoría ilustrada, lectora, busca preferentemente los frutos del ingenio europeo, especialmente los que vienen de Francia.—Hay que trabajar mucho para desviar estas tendencias.

—Sin embargo, observamos, quizás la indiferencia provenga del género de lectura; si usted hiciera un esfuerzo para escribir algo ameno, tal vez pudiera obtenerse un resultado favorable, “sirviéndose al público un plato variado,” como decía Girardin; un plato para todos, por ejemplo, una novela social, de costumbres, algo que sea el reflejo de nuestra propia vida.

—¡Buena idea! precisamente tengo una novela psicológica acerca de la neurósis del suicidio.

—¡Usted una novela!—contesté no poco sorprendido, pues consideraba difícil que un hombre que, según me constaba, tenía la cabeza preocupada con estudios de sistemas aduaneros y otros trabajos eco-

nómicos relativos á la viabilidad entre la República Argentina y Bolivia, se encontrase en disposición de privar tranquilamente con las musas.

—Precisamente no la tengo escrita, dijo el ilustrado escritor; la tengo pensada. Si usted se interesa, la escribiré; puede usted enviar por originales dentro de tres días.

—¡Dentro de tres días!—pensé; acepté agradecido el ofrecimiento, aunque creyéndolo algo inverosímil.

Y con verdadera satisfacción mía, el autor cumplió su promesa; tres días después me entregaba los primeros originales, y pocos días más tarde, todo el resto de la primera parte.

Así fué como se escribió esta obra.

El autor preparaba su original por la noche, cuando yo se lo solicitaba; al siguiente día pasaba á las cajas y se componía hasta la última línea escrita la víspera; no había cómo volver atrás, cómo rectificar ó quitar, pues cuando aquél menos lo esperaba le caía por delante el pliego impreso exigiéndosele más original, y

horas después pasaban las nuevas carrillas, aún húmedas, á manos del cajista.

Entre tanto, el autor, que redactaba una parte íntegra para cada número de la *Revista*, abandonaba por completo su tarea durante quince ó veinte días hasta que nos presentábamos á exigir la continuación de la obra, que era igualmente escrita con la brevedad que se ha dicho.

Hé ahí cómo nació esta obra, trazada al correr de la pluma, en medio de múltiples trabajos de orden diametralmente opuesto, que apremiaban al autor.

¿Cuál ha sido el éxito de esta improvisación? Ya lo ha dicho el juicio imparcial y elevado de la prensa y la acogida prestada á la edición anterior.

Lo particular es que el autor, según hemos observado en la comparación que hemos hecho con la edición que apareció en la *Revista*, no ha creído necesario corregir nada, limitándose á agregar el § VII en la Tercera parte.

Después del juicio que emitimos en *La Nación* acerca del mérito de "*Días Amargos*", hemos creído oportuno dar á

conocer del público, que tan favorable acogida le ha dispensado, la manera como fué escrita, con tanta más razón cuanto que lectores y críticos creyeron que había sido el fruto de una labor larga y de un pulimento prolijo y reposado.

JUAN A. PIAGGIO.



DIAS AMARGOS

PAGINAS DEL LIBRO DE MEMORIAS DE UN PESIMISTA

PRIMERA PARTE

NOTICIAS ACERCA DEL AUTOR DE ESTAS MEMORIAS
POR EL DOCTOR DE LA VEGA

I

En 1875 un incidente profesional me puso en relación con el Dr. Daniel Neltson, con quien llegué á contraer poco después amistad bastante estrecha y sincera. Muy raros fueron, por cierto, los comienzos de esta amistad, que después de tantos años conservo con cariño y respeto, á pesar de mediar entre mi ami-

go y yo la distancia infranqueable de la tumba. El Dr. Neltson patrocinaba como abogado á la señora Zegada, que había quedado viuda, y á la cual el esposo le dejó un pequeño haber y muchos hijos. Por mi parte dirigía á una hija de aquélla, mayor de edad, casada, y que había sido mejorada por su padre en su testamento.

Con motivo de la división de bienes se habían suscitado disidencias tan agrias entre la viuda y el yerno, que no hubo otro medio para dirimir sus diferencias que someterlas al fallo de la justicia ordinaria.

Durante el curso del litigio, en que interveníamos desde filas opuestas el Dr. Neltson y yo, había observado que los escritos de aquél venían revestidos de una cultura de lenguaje, una claridad de juicio y un espíritu tan alto de rectitud y firmeza, que me hizo formar una idea muy elevada acerca de sus dotes morales; á esto se agregaba que, separándose del mercantilismo profesional, encaminaba el asunto y sus incidentes por la via más corta y más limpia,

huyendo siempre de todo arbitrio inútil ó poco regular. Estos antecedentes llegaron á hacerme sumamente simpática la persona de mi contendor, á quien solo conocía de nombre, aun cuando su firma me fuese familiar, y hasta podría decir, estimada.

El curso de la causa reclamó un día informaciones orales ante la Sala de lo Civil, con cuyo motivo llegamos á encontrarnos en la Secretaría del Tribunal media hora antes de la señalada para la audiencia. Bien fructuosa é interesante fué nuestra primera entrevista. Hallábase conversando distraidamente con mi patrocinada y su esposo, cuando un caballero alto y correctamente vestido se acercó á mí, y con amables términos me interrogó si era yo el Dr. Hector de la Vega. Repuse en sentido afirmativo, y á mi vez le pregunté si mi interlocutor era, como creía, el Dr. Neltson, lo que afirmó ofreciéndome su amistad con expresiones sumamente corteses. Por las palabras que cambiamos colegí que mis escritos habían producido en su ánimo la misma

impresión que los que, procedentes de él, causaron en el mio.

No me había engañado yo al atribuir á mi desconocido colega dotes físicos atrayentes y nobles ; poseía una estatura proporcionada, un cuerpo erguido, de accidentes naturales, fáciles, siempre educados y elegantes ; su cabeza, sin ser bella, reunía rasgos armoniosos que la hacían sumamente simpática ; su cabello ondeado, de un negro muy oscuro, caía con gracia sobre una frente alta, aunque no muy desenvuelta ; sus ojos no eran grandes, pero parecían serlo sombreados por una ojera azulada, que aumentaba la melancolía de su intensa mirada ; su nariz, ligeramente curva y fina, tenía no sé qué de nobiliario que daba un carácter lamar-tínico á su perfil ; un bigote negro y sedoso cubría sus labios un tanto gruesos é iba á mezclar sus extremidades entre una espesa y cuidada barba, que completaba el conjunto de su fisonomía coloreada por un pálido romano.

Mientras llegaba la hora del juicio cambiamos ideas acerca del pleito que

sosteníamos, empleando ambos un lenguaje sinceramente leal y conciliador. Después de aducir muchas consideraciones acerca de lo oneroso que aquel juicio debía ser para nuestros patrocinados, el Dr. Neltson me dijo, tomándome amigablemente la mano :

—¿Estaría V. dispuesto á una transacción?

—Es lo que iba á proponer á V., repuse.

—Pues bien, consultemos á nuestros defendidos, que afortunadamente se hallan presentes.

Tocáronse desde un principio resistencias por una y otra parte; el escollo principal consistía en la determinación de la parte que abonaría los gastos de justicia, que entre honorario de abogados y actuaciones debía absorber una cuarta parte del valor de la herencia litigada. En vano se puso de manifiesto que la prosecución del juicio acabaría por gravar enormemente el haber de los herederos; éstos no querían resignarse á cargar con cuota alguna de la deuda de

justicia, tratando de hacerla pesar cada litigante sobre su adversario.

Después de una agitada discusión, en la que ambos tratábamos de poner de acuerdo á nuestros patrocinados, el Dr. Neltson dijo en tono modesto y sin afectación alguna:

— Veo que en realidad mi intervención como letrado en este asunto entorpece la conciliación entre miembros de una misma familia; por mi parte renuncio al honorario á que pudiera tener derecho por mis trabajos hasta este momento.

— Felicito á V. por su iniciativa, dije á mi discreto colega; hago á mi vez igual renuncia, y ofrezco interponer mis buenos oficios para que los gastos de actuación sean tan reducidos cuanto fuere posible, debiendo pagarse por igualdad entre las dos partes litigantes.

El temperamento fué aceptado con agradecimiento por nuestros clientes, procediéndose luego á redactar la transacción que dió término á aquel largo y enojoso litigio.

Cuando concluyó este acto de recon-

ciliación de intereses de familia, y salimos del despacho judicial, —veo, me dijo Neltson, que tiene V. un alma parecida á la mía; le he ofrecido mi amistad sinceramente, si V. me otorgara la suya, me consideraría muy bien retribuido por la intervención que me cupo en este pleito, que me ha proporcionado el placer de conocer á un hombre honrado.

Díle las gracias y le manifesté el merecido concepto que me había formado de su persona.

Al despedirnos, mis ojos le siguieron largo trecho, complacido de encontrar un espíritu tan noble llevando el pesado fardo de una profesión llena de desencantos, que los caracteres vulgares explotan y degradan con una avidez sin límites.

El generoso proceder seguido por Neltson en la causa que acababa de terminar por un acto de desprendimiento suyo, me impresionó sobremanera; bien sabía yo lo meritorio de la renuncia que había hecho: las gentes de oficina me habían informado alguna vez que su clientela no era numerosa, pues empezaba

recién en el ejercicio de su carrera, y era hombre demasiado digno para entrar en confabulaciones indecorosas con corretores de pleitos. Su situación debía ser precaria, pero aquel corazón abierto, sobreponiendo el bienestar ajeno al suyo propio, no hesitó entre sus privaciones propias y la tranquilidad de su patrocinada.

La señora Zegada debía haber recibido con indecible júbilo la solución buscada por él; rodeada de numerosos hijos, todos menores de edad, no contaba más que con su trabajo personal y con la limitada herencia que era objeto del pleito. Cuán legítimo debía ser el reconocimiento de su parte hacia su protector! pero, ¡oh inexcrutables arcanos de la vida! años después supe que, sin quererlo, sin sospecharlo, creyendo favorecer y prestigiar á su benefactor, fué ella quien le puso en el camino donde aquel hombre digno encontró los crueles sinsabores que amargaron los mejores días de su juventud.

II

Poco tiempo después de esta entrevista se presentó Neltson en mi bufete solicitando mi concurso para encaminar entre ambos un asunto sumamente complicado, y de no escasa importancia, de que se había hecho cargo; según presumo, buscaba en mí el abogado viejo, experimentado, conocedor de todos los escondrijos y redes que la malicia emplea para falsear los designios más sanos de las leyes. Con este motivo nuestra comunicación se hizo casi diaria, sirviendo este trato continuo de lazo para estrechar la amistad que nos ligó después para siempre.

Cuando el Dr. Neltson llegó á tener plena confianza en mí, me dejó ver en el seno de la intimidad todo lo elevado de su inteligencia. Entre él y yo mediaba el vacío del tiempo; yo era el hombre que declina, que se vá, á quien el hielo de los años ha enfriado el corazón para las pasiones; emblanquecido la cabeza y mar-

cado el rostro con sus hondas huellas; él era la juventud, la fuerza, una esperanza que se desenvuelve, un espíritu destinado á vivir en la luz, y que debía agitarse por largos años estimulado por los seductores mirajes de la felicidad. Pero, qué grande no fué mi asombro cuando al penetrar en los misterios de su corazón encontré que había tomado asiento en él la más sombría tristeza. El pobre joven se hallaba en ese período de la vida en que las ambiciones nobles ó plebeyas se apoderan de todos los ideales del cerebro, y en que la sensibilidad domina el corazón abierto á todas las fascinaciones del amor. Cuando por primera vez observé su melancolía habitual, la atribuí á esa doble influencia del ensueño y del sentimiento, inherentes á la complementación de la edad viril; creía que esta afección moral era pasajera y que desaparecería tan pronto como mi joven amigo encontrara un alma pura en quien depositar las ternuras de la suya, y lograra una ocasión propicia para colocar en terreno firme la primera piedra de su prestigio

como hombre de elevada inteligencia. Mas, cuán tenebroso me llegó á parecer el horizonte de su porvenir el día en que conocí la índole de su carácter y la raíz de su dolor moral! El mal podía combatirse solo por una serie de circunstancias que era muy difícil se pudiesen desenvolver armónicamente para desviar el curso de sus ideas del despeñadero adonde corrían insensiblemente á precipitarse.

Yo, viejo, fatigado en la ruda jornada de la vida, en presencia del desfallecimiento de su espíritu, tenía más vigor, más esperanza, más, mucha más alegría que este hombre de veinticuatro años, que llevaba el cabello negro, el rostro terso y la fuerza muscular intacta; pero en cambio, él caminaba con el alma enferma de desencanto, siguiendo la senda nublada que la suerte le deparaba, con paso vacilante, desconfiado y tembloroso.

Un día, persuadido de que contaba con mi afecto y convencido de que sus desahogos eran acogidos por mí con cariño paternal, levantó el velo que cubría su pasado y me dejó ver todo lo que

había de angustioso dentro de su alma. Su mal procedía, no sabré decir si de una preocupación moral excusable, ó del orgullo de su naturaleza sentimental y delicada; de todos modos, tenía fuentes hasta cierto punto casi fundadas: vivía preocupado de la naturaleza de su origen y de las circunstancias que rodeaban su cuna. Voy á consignar fielmente cuanto escuché de su labio en confidencias de una tristeza indecible, en las que ni él ni yo derramamos una sola lágrima, á pesar de encontrarnos más de una vez con el corazón deshecho por el sentimiento del relato.

III

He dicho que Neltson vivía preocupado de la naturaleza de su cuna, y esta era la verdad exacta. ¿Cuál era su origen y cómo había llegado á descubrirlo? Esto es lo que me propongo decir para explicar la lógica de su carácter y de su fin último.

Tendría mi amigo diez y seis años y seguía sus estudios en la universidad central, habiendo adquirido altas clasificaciones por la lucidez de su inteligencia y el reposo de su espíritu. Ni una sola sombra había enturbiado hasta entonces el cristal de su conciencia, donde encontraban duradero sello todas las acciones nobles, las impresiones puras, los sentimientos delicados. Cierta día había sustentado enardecido debate sobre un tema de estudio con otro compañero de clase, verboso y ensoberbecido por los halagos de familia, que conceptuaban al muchacho como un talento prodigioso. Neltson había obtenido la victoria en el aula, pero terminada la clase, el debate continuó en las galerías del colegio en medio de un corrillo formado por un núcleo de estudiantes. Neltson apuró á su adversario terriblemente hasta irritarlo con una nueva derrota; el vencido, en su despecho, descendió al agravio personal, y después de un agrio cambio de palabras, terminó con una frase que valía tanto como si hubiese cruzado el rostro de su

contendor con un látigo empapado en lodo: calificó á su madre con un epíteto terrible y le llamó *bastardo*. El joven, encendido en cólera, atropelló al injuriante, le bañó en sangre y le “habría devorado”, según su propia expresión, á no interponerse entre él y su víctima el numeroso círculo de espectadores que los rodeaba.

Aquel dia empezó á surgir la sombra que acabó por envolver el espíritu del pobre joven. Al penetrar en casa de su madre se arrojó á sus piés llorando, refiriéndole el incidente en que acababa de ser actor, pidiéndole le dijese si era posible que fuese cierta aquella infame calumnia. Su madre se contentó con acariciarle los cabellos, diciéndole en tono desdeñoso:—No hagás caso de palabras de muchachos, hijo mio, te lo dicen de envidia. Luego procuró la astuta madre llevar la conversación á otro terreno, evitando toda explicación al respecto. Neltson insistió, pero nada pudo obtener de los labios de aquella mujer, que era para él lo más santo, lo más puro, lo que amaba más sobre la tierra.

Entre las personas de relación de la casa se contaba una dama llamada Lucía Montiños, que gozaba de bastante intimidad con la madre de mi amigo; vestía con cierto boato, aunque con gusto muy exagerado; gastada par la edad, procuraba mostrarse joven apelando á todos los recursos de una estudiada coquetería; excesivamente locuaz, á veces traía á colación imprudentemente escenas de la vida de su amiga, que ésta cortaba inmediatamente ó corregía cuando se hallaba presente su hijo. Cuando Neltson se convenció de que su madre no le revelaría el secreto que él tentaba descubrir, pensó en aquella mujer, que por razón de la antigua amistad de familia, debía conocer todo el pasado de su casa.

Sin premeditar sobre lo grave del paso que daba, se llegó á la señora Montiños, y aparentando conocer la naturaleza de su origen, la interrogó discretamente al respecto. La Montiños, que se preciaba de conocer la vida galante de toda la alta y mediana aristocracia, y que se saboreaba y relamía con descubrir este

género de historias, no ofreció mucha resistencia.

Cuando Neltson hubo manifestado que conocía la misteriosa tela de sus pañales, su confidenta, dándose el aire de protectora suya, le dijo:—Pobre chiquito mío, mamá se ha guardado lo mejor de tu cuento; escucha para que sepas que tú tienes origen alto, muy alto, y que la fortuna se encuentra esperando á tu puerta. Como lo que voy á decirte te interesa mucho, cuento que no revelarás á nadie, ni á tu misma madre, lo que te refiera, pues este es secreto que guardamos entre las dos hasta su debido tiempo.

Tu madre, como no lo debes ignorar, pertenecía á una familia pobre, cuya situación llegó á ser muy dura con motivo del fallecimiento de su padre, que la sostenía con su trabajo. A la muerte de éste quedó tu abuelita sola en compañía de su hija, que era una muchachuela hermosa y de genio vivo y alegre. Contaría diez y ocho años y era una verdadera reina, pues tal era el número de adoradores que la rodeaban, sin haber logrado obte-

ner de ella más que buenas palabras. Cierta día se presentó en su casa un caballero bien parecido, que tenía fama de gran conquistador y heredero de una valiosa fortuna; el caballero visitó asiduamente la casa largo tiempo, y otro inesperado día tu buena abuelita sorprendió, con inmenso dolor, que tu mamá debía ser madre muy pronto. No tengo para qué decirte las lágrimas que tú, ántes de venir al mundo, hiciste derramar á aquella excelente mujer, que se deleitaba en su hija, en lo que ella llamaba su tesoro, en lo único que le había quedado de su matrimonio con tu difunto abuelo. Desde que el caballero que frecuentaba la casa se apercibió del estado de tu madre no volvió á pisar sus umbrales ni se acordó más de la joven á la cual había cortejado con asiduo celo.

Como tú no conoces á ese hombre y sé que no le querrás nunca, debo decirte que su conducta fué mezquina, ruin para con tu madre y para contigo; ni ella ni tú le merecéis un mendrugo de pan. Pero no te pese su tacañería pasada; tú vas á

cobrar con usura el pan que te negó en la infancia y que te ha mezquinado hasta hoy día; tu padre es rico, inmensamente rico, permanece soltero, es bastante viejo, aunque bien conservado; tiene dos hermanos, casi tan viejos como él, pero entre ellos y tú la ley te hace heredero á ti y escluye á tus tíos. Esto lo sabemos tu madre y yo, porque lo hemos consultado con más de un abogado amigo nuestro y tenemos todo preparado, todo documentado para reclamar la herencia el día que tu padre fallezca; tu madre está dispuesta á no perdonar ni un centavo de lo que te corresponde. Conque, ya ves, chiquito mío, que la suerte ha sido contigo demasiado generosa.

Nelton procuró ocultar la sorpresa que la revelación anterior causó en su espíritu, y después de largo silencio se limitó á preguntar:

—¿Y el nombre de mi padre?

—Voy á decírtelo; pero guarda el secreto, porque te conviene; no vaya á ser que tus tíos se aperciban de que hay un heredero que se vá á llevar la fortuna

de su hermano; acabarías por ser víctima de muchas intrigas; tu padre se llama Luciano Cifuentes.

—Me ha dicho V., agregó Neltson pasado que hubo un momento de meditación, me ha dicho V. que ese hombre se condujo miserablemente con mi madre: ¿cómo es entónces que ella logró adquirir la casa que poseemos actualmente?

—Ah! esa es otra historia! ¿no te ha hablado nada mamá de tu hermana?

—Algo..... dijo Neltson embargado, fingiendo conocer esta nueva revelación, que le era completamente ignorada.

—La casa se la donó un personaje con quien vivió dos ó tres años y que la amaba entrañablemente; de ese amor nació una niña, la cual fué recogida por su padre á los pocos meses de nacida y se la llevó consigo á Europa, donde fué á establecerse. Aquel señor era todo un caballero; habría sido muy feliz tu madre en la vida que hacía con él, pero los celos, no sé si fundados ó no, se apoderaron del buen hombre y rompió definitivamente con ella.

El pobre joven quedó abrumado con esta terrible historia, que le daba la medida del nivel moral de su madre, de ese ser que había conceptualizado hasta entonces como el dechado de la más acrisolada pureza.

Profunda, muy profunda debió ser la impresión que causaron en su alma las revelaciones de la señora Montinos; aquella naturaleza tan llena de dignidad, tan casta, se sintió rebajada de pronto hasta el lodo; ¡qué humilde cuna la suya! El solo había visto hasta entonces todo lo que la vida le presentaba hacia adelante, lo que dibujaba la blanca luz del porvenir; pero apenas volvió la vista al pasado se encontró con una repugnante realidad, que le hacía mirar su propio ser surgiendo del fango, como esas parásitas oscuras que crecen sobre la tierra corrompida de los fétidos cenagales.

Bastardo! el adjetivo zumbó de nuevo en sus oídos insistentemente; no había sido una calumnia, era una verdad inquebrantable; aquella no era una palabra que desvanece el viento y de la que nada

queda; era algo que se vé, que se palpa, que no podría borrarse con toda la sangre de sus venas; era una realidad de carne y hueso llevando su marca sobre la cabeza inocente;—aquel calificativo odioso, que acusa un consorcio impuro, le seguiría por siempre, eternamente; era el grillete que las convenciones sociales habían amarrado á su pié para castigar en él la falta de sus padres. Amarga condición para esta alma tan escrupulosa y tan altiva!

Desde aquel dia el carácter de Neltson se hizo sombrío y esquivo; parecíale que todo el mundo estaba en posesión de la historia licenciosa de su madre y le señalaba como el fruto de las impurezas de un lecho vendido en el mercado de las más brutales pasiones. Su propia madre era víctima de esta preocupación exagerada; toda su confianza en ella, todo su afecto se había convertido en recelo y desapego; le parecía que aquella mujer manchaba, y cuando ésta, al ver su tristeza se acercaba á él y le tomaba las manos para interrogarle, agitaba su cuerpo un rápido

estremecimiento y las retiraba de pronto como si temiese la caricia de una cortesana astuta.

Dentro de esta atmósfera opaca y triste se desenvolvió la juventud del desdichado joven.

IV

No había podido yo formarme una idea exacta acerca del criterio filosófico con que Neltson juzgaba la conducta de sus padres entre sí y para con él. La relación que me hizo de las escenas que dejó expuestas, no era un juicio, era simplemente una impresión; su dignidad de hombre inteligente, los sentimientos de su corazón noble, condenaban lo ilícito del vínculo del cual era fruto y le hacían lamentar la conducta licenciosa de su madre, desgraciada meretriz que había repartido las flores de su juventud entre muchas manos lujuriosas. Nunca me atreví á sondear lo que había en su cerebro sobre

este desagradable asunto, temeroso de abrir una llaga medio cicatrizada por el tiempo, y descolorida acaso por la familiaridad que esa idea había adquirido en su ánimo.

Un incidente inesperado me dió á conocer el juicio que sobre este particular se había formado mi amigo, cuando al hallarse en la plenitud de su desarrollo intelectual, las ideas se sobrepusieron á las impresiones precipitadas del adolescente.

En una de nuestras frecuentes entrevistas profesionales le observé preocupado en extremo, en tal grado, que á pesar de apoyar las ideas que emitía sobre asuntos que teníamos en consulta, noté que no escuchaba una sola palabra de cuanto le decía; me fué preciso cortar mi relación, y expresarle que creía no se encontraba con el ánimo dispuesto para consagrarse á pleitos ajenos.

—Es cierto, me dijo, y me reservaba comunicar á V. una novedad que me ocurre, para después de terminada nuestra tarea; pero un incidente inesperado ha venido á dominar mi espíritu en tér-

minos que no puedo vencerme á mí mismo.

—Veamos que es lo que ocurre á mi romántico colega, le dije en tono de broma para inspirarle confianza.

—Algo que ni V. ni yó lo hubiésemos creído.

—Según de lo que se trate, repuse.

—¿De qué se ha de tratar? De asuntos míos . . .

—No lo adivino . . . á menos que V. haya encontrado un corazón de ángel, tan digno como V. merece.

—No es eso, me dijo; algo menos dulce: mi padre solicita una entrevista conmigo.

—Una entrevista con V . . . ¡es bien raro! . . . ¿y qué piensa V. hacer?

—Devolverle su esquila . . .

—No lo creo justo, repliqué.

—¡Que no es justo! ¿y por qué? ha olvidado V. todo el desdén con que ese hombre me ha tratado y toda la villanía de su proceder para con mi madre?

—Todo lo recuerdo, pero V. necesita definir sus ideas respecto á ese señor.

—¿En qué sentido?

—Colocándolo en una posición perfectamente clara; es decir, si V. le considera como su padre, no puede V. rehuir á su súplica; si, por el contrario, no le quiere V. honrar con ese dictado, para V. es lo mismo que cualquier otro hombre.

—¿Y bien?

—En esta última hipótesis, ningún hombre educado tiene derecho á desairar á otro que le solicita una entrevista.

—Tiene V. razón, me dijo después de un momento de silencio. ¿Entonces cree V. que debo acceder á su pedido?

—Exactamente. V. no compromete nada con ello . . . y luego, es preciso que V. sepa que es lo que quiere ese señor.

—Es verdad; para mí es un mero desconocido; es necesario que yo vea cómo y quién es ese hombre.

La entrevista tuvo lugar poco después, y no bien hubo terminado Neltson vino á darme cuenta de lo ocurrido. La alteración de su fisonomía me decía lo bastante acerca de las contrariedades que le habían turbado durante ella.

—Me ha llamado, me dijo respirando con violencia dando desahogo á su pecho oprimido, me ha llamado para decirme que pensaba reconocerme como hijo suyo . . .

—¿Y qué ha contestado V.?

—Que el único reconocimiento que yo admitiría, no por mí, sino por el honor de mi madre, era la legitimación mediante el matrimonio . . .

—¿Y él? . . .

—No aceptó; alegó que le exigía un verdadero sacrificio. —Sacrificio por sacrificio, contesté, V. arrebató el honor á mi madre, una pobre niña inexperta, débil é impresionable; V. la puso en mitad de la vía pública, donde cualquiera tenía el derecho de saciarse en su juventud y en su belleza, profanadas para siempre . . .

—Ha sido V. bastante duro para con su padre la primera vez que le ha visto, dije á Neltson en tono de amigable reconvención.

—No lo niego; pero al entrar en aquella casa no sé qué vértigo se apoderó de mi cabeza; parecía que el hombre que

iba á conocer era un criminal vulgar, un ladrón que había robado todo el haber, todo el porvenir de una familia humilde pero honrada. Cuando le tuve en mi presencia y nos encontramos cara á cara, me vinieron impulsos de lanzarme sobre él y abofetearle, vengando bajamente, como él se había conducido, el inmenso mal que me ha hecho al darme la vida sellándola con los caracteres de un origen bastardo; mas no sé qué fuerza extraña se sobreponía á la efervescencia de la sangre y me retenía fijo, inmóvil, agitado apenas por un temblor que recorría todo mi cuerpo. Cuando pude dominar mi ánimo, mis ideas tomaron otro carácter más grave, en el cual me creía invulnerable y firme; para ante mi conciencia, yo, el engendro de aquel hombre, era el juez más inexorable; tenía el derecho de procesarle, ya que no ante la ley civil, ante el tribunal de la moral social. ¿Qué alegaría él en descargo de su falta? ¿Cómo explicaría el haber seducido y corrompido á mi madre, el haberla abandonado y desconocídomme á mí mismo?

Estas ideas debió haberla sorprendido en mis ojos, trasmitidas por esas corrientes magnéticas que en situaciones dadas hacen traslucir los más ocultos pensamientos entre cerebros sujetos al influjo de un mismo agente. Más de una vez sus labios balbucearon una disculpa velada, y sus ojos se fijaron en el suelo dominados por la acusación de los míos. Hubo un instante en que al verle desorientado en medio de su turbación, corrido por la serenidad de mis palabras, le tuve lástima, le compadecí, porque me pareció haber encontrado dentro de aquel cuerpo alto y seco una alma pequeña y flaca; él procuró enternecer mi ánimo con palabras afectuosas, llegando hasta darme el tratamiento de *tú*, que hizo crisar mis nervios. Todo fué inútil; había en mi conciencia tanto despecho, tanto rencor acumulado desde hace tan largos años, que no encontró ni un leve sentimiento de ternura filial en mi corazón.

—¿Y es posible, dije á mi amigo, que dentro de ese corazón tan noble no haya, en efecto, conmisericordia para su propio padre?

—Llame V. á esto una aberración, un extravío, una impiedad; pero cuando durante tantos años la reflexión ha venido descarnando pacientemente el cuerpo de los sucesos á que yo debo la vida, mi espíritu ha acabado por amoldarse á cierto género de ideas de las que no puedo desasirme instantáneamente, por más poderoso que sea el esfuerzo de mi voluntad. Para mí, ante mi propio criterio, ante mi juicio individual, ese hombre es un delincuente, porque obró con entera conciencia y con frío cálculo, engañando á una joven inexperta para saciar sus apetitos ciegos y bajos!

—Pero V. no considera, le dije, que su padre no debió pensar jamás en dar la vida á un sér para complacerse en su daño. Su padre era joven, cometió un extravío, como había cometido tantos otros. No es el único hombre á quien pudiera acusarse de estas liviandades.....

—Evidentemente no; pero la corrupción del mayor número ¿puede legitimar un hecho punible, un acto inmoral, la relajación de las costumbres domésticas?

—De ningún modo; mas, ¿cómo poner un dique á faltas consumadas voluntariamente y sin violencia entre la mujer que entrega su honra, tal vez por pasión indomable, al que la solicita? Las leyes humanas no pueden llevar su protección hasta pretender hacer obligatoria la moral individual en el radio de la vida íntima.

—Lo pueden, haciendo pesar sobre la paternidad masculina ilegítima mayor número de responsabilidades, en reparación de la mujer seducida.

—Bien; ¿en qué categoría punible colocaría V. entónces la conducta del padre de su hermana?

—Le eximiría de toda sanción penal; ese hombre digno recogió una mujer que otro había perdido y abandonado; el dia que sospechó que dentro de su tálamo secreto se podía aposentar una infidelidad, hizo lo que debía hacer: abandonar á la mujer desleal y salvar del contagio el fruto de su amor. Yo disculparía las faltas de mi padre si su vinculación con la mujer que sedujo hubiese sido el efecto de una pasión intensa, de un amor noble

y profundo; pero en él no hubo un solo sentimiento, no hubo un solo afecto, no hubo más que la liviandad de la carne, el hombre que buscaba el deleite por corrupción, por vicio.....

— ¿Y cómo podría V. acreditar tan aventurada aserción?

— Por una prueba concluyente: el abandono que hizo de la concubina en cuanto conoció que debía ser madre; el olvido, el absoluto olvido que hizo de su hijo aun antes de que hubiese venido al mundo; si él hubiese amado, habría protegido á la compañera de su falta en las terribles horas de la preñez, habría amado el fruto de ese amor, habría procurado salvar la deshonra de la apasionada niña, que le entregó cuanto poseía.....

No era posible destruir la verdad de esta deducción; el pobre joven hablaba con lójica desesperante, y por lo mismo, muy amarga para él. Después de un largo silencio entre ambos, sin calcular lo imprudente de mi interrogación, le pregunté:

— Y el proceder de su madre ¿cómo lo ha juzgado V.?

— Jamás he querido penetrar hasta allí; su historia me causó una impresión tan dolorosa que he tenido miedo de entregar al juicio de mi conciencia los actos de su vida; cuando alguna vez, involuntariamente, he comenzado á discurrir sobre ellos, he procurado borrar hasta el recuerdo del pasado y solo he guardado para ella compasión, mucha compasión..... Después no he querido ni quiero saber más, nada, nada!

Estas últimas palabras las dijo en tono pronunciado, como si quisiera deshacerse de un dogal que le oprimiera el cuello.

Tal era el criterio que se había formado Neltson respecto á las relaciones entre los autores de su vida y él.

V

Pocos dias después de esta entrevista presentóse en mi bufete, penetrando en él, contra sus hábitos educados, con el

sombrero puesto y agitando su bastón nerviosamente.

—¿No ve V.? me dijo sin saludarme, todo era una infamia, una vil infamia!

—¿De qué se trata, mi querido Doctor? le interrogué sorprendido de su excitación.

—Del infame! ¿de qué otra cosa puedo tratar yo ahora?

—Pero bien, tome V. asiento y veamos con calma lo que ocurre á su señoría.....

—Lo sé todo, todo lo he descubierto; ahora me dará V. la razón por completo; ahora vá V. á ver si yo conocía bien á ese hombre, que dicen que es mi padre.....

—Hable V., mi querido Doctor, pero, antes de todo, procure V. aquietar su ánimo, que noto muy excitado; las cosas de la vida las toman con reposo los hombres de inteligencia como V.

—Es que hay impulsos superiores á nuestras fuerzas; siento tanta indignación! buscarme para semejante cábala! Ese hombre no tiene un solo sentimiento elevado, no lo ha tenido jamás; no sé como

haya quien diga que soy su hijo..... ¿Sabe V. por amor á qué me quería reconocer? Por amor á su dinero!.....

— Pero, ¿cómo es esto?.....

— Nuestro hombre tenía sus bienes en sociedad con sus hermanos, quienes le mimaban y le hacían comprender que su fortuna iba en aumento, merced al celo que ellos empleaban para multiplicarla; hacían esto para propiciarse su afecto y heredarle. Ultimamente tomaron parte en una especulación de bolsa en la cual han fracasado; el hombre lo ha sabido, ha temblado por su fortuna y pedido la liquidación social para poner á salvo sus intereses; con este motivo las relaciones se agriaron hasta terminar por un completo rompimiento. Como mi..... padre, que vivía librado á los consejos de sus hermanos, es incapaz de consagrarse á administrar sus bienes por falta de hábito y aptitudes, se ha dicho: necesito una persona de mi entera confianza que guarde mi fortuna con todo el interés posible y que me permita vivir sin preocupaciones. ¿Quién podría ser ese hom-

bre de toda su confianza? naturalmente, su hijo, es decir, yo, yo de cuya conducta honrada debe tener seguras noticias. De este modo, llamando al hijo, conservaba, gozaba de sus bienes y excluía á sus hermanos de la herencia, que sin mi reconocimiento debe pasar á manos de aquellos después de su muerte. Para él yo era la salvación; sin afecto para nadie, recelando de todo el mundo, el único ser que podía inspirarle confianza era mi persona. El ha debido contar con un éxito seguro al trazar su plan, y según su lógica, ha de haberse dicho: ese joven es sumamente pobre, yo su padre bastante rico; reconociéndole, le habilito en cierto modo ante la sociedad, entra á disfrutar de mis bienes, y á mi fallecimiento queda dueño de ellos; no será capaz de resistir tan espléndido presente. Es así, pues, como el hombre que negó á su hijo un mendrugo de pan en la cuna, ha venido á implorar de aquel pobre hambriento que le conserve su riqueza, que le salve de los lazos que van á tender á su inexperiencia cien manos explotadoras y hábiles. He ahí

el hombre, el egoísta de siempre, en cuyo corazón jamás ha penetrado un sentimiento humano ni un impulso generoso!...

La relación de Neltson me dejó asombrado; la conducta de su padre no podía ser más mezquina; no quise condenarla por no aumentar el desencanto que le amargaba. Terminado su relato permaneció suspenso largo instante, arrugado el ceño, la mirada inmóvil y fija en el suelo mientras su mano nerviosa azotaba con el bastón maquinalmente el espacio. Después de una larga abstracción por parte de ambos rompió el silencio hablando así, como si estuviese solo:

—Esta es la vida; por todas partes el interés propio, el más refinado egoísmo cebándose en las almas de los desgraciados ó de los cándidos; mientras la criatura es innecesaria para satisfacer un deseo, para servir á los designios del cálculo, representa una cifra insignificante; cuando puede saciar una pasión ó responder á una conveniencia individual, se la rodea, se la agasaja y se viste el interés con el ropaje de la abnegación, del cum-

plimiento de deberes desconocidos ó renegados antes....

— Mi querido Doctor, le dije comprendiendo su abatimiento, ¿por qué juzga V. tan rudamente á los hombres, por qué desespera V. tanto? ¿acaso se han cerrado para V., joven, inteligente y tan lleno de virtudes, las puertas de la esperanza? V. se empeña en ver el mundo bajo un prisma tan sombrío, tan negro, que no puede menos de extraviar la claridad de su juicio.

— No es posible juzgarlo de otro modo; la carrera que ejerzo me lo prueba todos los dias. V. como yo tenemos ocasión de conocer toda la mezquinidad humana, y no me negará V. que hay muchos dias en que nosotros mismos, defensores del derecho, salimos con el alma desesperada al penetrar en los secretos de eso que los hombres llaman la justicia. La ley, ¿qué es la ley?; la igualdad, ¿qué es la igualdad? Aquella es un precepto fijo que la sociedad ha procurado establecer en garantía del derecho de todos; los hombres, entre tanto, le dán la elasticidad

que conviene á cada situación, á cada caso, á cada influencia. La igualdad.... yo he buscado en vano esta niveladora de las responsabilidades humanas, la he buscado anheloso y he visto que la riqueza, la cuna, el poder la habían sobornado en su provecho.

— Veo á V. muy afectado y no creo oportuno rectificar sus juicios, mi querido Doctor. Pero hay para los hombres una amiga desinteresada que fortalece y consuela.

— ¿Quién?

— La Religión.

— La religión.... la religión no es más que una de las formas de la filosofía; mientras más limitada es la esfera de los conocimientos individuales, su imperio es mayor sobre el corazón y la conciencia; no lo desconozco, es el consuelo de los que han tenido la prudencia de no atreverse á salir un poco más allá del estrecho límite de sus creencias; pero cuando la religión ha sido sometida al examen del criterio filosófico, no es más que una teoría, una doctrina más ó menos dis-

cutible. Que quiere V.! Hoy día no se educa, se instruye, se repleta el cerebro de los jóvenes con muchas doctrinas científicas que llevan al descreimiento; se da mucho alimento al espíritu, no se da ninguno al corazón; en el hogar nos formamos en medio de la más helada indiferencia religiosa, y en las aulas, teorías contradictorias, un materialismo abrumador acaban por sofocar la poca fé que alimentó el alma en los primeros años. Oh! cuántas veces he deplorado haber reunido tantas ideas sobre las especulaciones y las cosas de la vida! ¡más de una vez me ha parecido haber perdido la virginidad de mi alma al haberla hecho penetrar en los secretos de la ciencia de los hombres! Yo habría sido feliz si mi pobre madre, en lugar de ceder á la preocupación ciega que conceptúa que no hay más caminos honrosos que los que abren las carreras literarias, hubiese amoldado mi profesión á mi origen: habríame valido más, mucho más, ser un honrado jornalero, un laborioso y oscuro industrial, encerrado dentro de ideales limita-

dos que no me permitiesen ver toda la irregularidad de mi origen y las mezquindades del mundo que se alcanzan en las capas más altas de la sociedad....

—Mi querido Neltson, le dije conmovido por su abrumador desencanto, la vida no es más que una lucha; solo las almas débiles se dejan acobardar por la fatiga. V. posee un espíritu muy elevado y muy grande; ¿por qué en vez de una derrota, no busca V. una noble victoria?

—Porque hay ocasiones en que no se puede luchar contra lo que hade ser; yo sé que hay una especie de fatalidad que no me abandonará nunca, nunca; no me llame V. cobarde cuando conociendo y palpando esta especie de invencible condenación tengo el coraje de soportar resignado el peso de la vida....

Al pronunciar estas palabras inclinó la cabeza sobre el respaldo de la silla, como si su cerebro dolorido buscara reposo, y sus ojos negros, dilatados por la angustia, se fijaron sin luz en la vaguedad del aire.

VI

El diálogo que sostuve con Neltson me hizo comprender que se había apoderado de su espíritu un sombrío pesimismo, que si llegaba á tomar cuerpo podía serle de funestas consecuencias. Solo algún acontecimiento imprevisto y grato para su espíritu podía arrancarle del antro á donde se había ido á refugiar en medio de los sinsabores que enturbiaron su primera juventud. Un incidente ocurrido poco tiempo después me dió á conocer hasta qué punto era ó no legítimo el extravío en que se agitaban sus ideas y sus esperanzas.

Necesidades de mi profesión me obligaron á trasladarme á la vecina ciudad de Montevideo, en la cual permanecí varios dias; una mañana que bajaba las escaleras del hotel donde me había instalado me encontré con Neltson, que acababa de llegar, é iba á alojarse en el

mismo establecimiento. Cuán grato y cuán efusivo fué este encuentro!

— V. por acá, mi querido Doctor! me dijo estrechándome la mano.

— La sorpresa es para mí, repuse; veo con gusto tanta animación en su semblante, que me atrevo á sospechar que á V. le traen los hilos de oro de algún corazón de quince años.

— Es cierto, algo de emociones.... pero no es lo que V. sospecha. Ya lo sabrá usted todo y me dará sus consejos.

Dejé en libertad á mi amigo después de algunos cumplidos, y una hora más tarde reanudábamos así nuestro interrumpido diálogo:

— V. no podrá sospechar, sin duda, el motivo que me trae á esta orilla del Plata, me dijo.

— A no ser un amor correspondido, ó algún interés de otro género, no alcanzo cuál sea la causa de su arribo.

— Asuntos del corazón, como dije á V., tan íntimos y tan caros para mí, que me han hecho vislumbrar no sé que apego á la vida....

—Bravo! bravo, mi querido Neltson; es así como quiero ver á V., sacudiendo tantas preocupaciones como entristecen su alma; pero si no es el amor quien realiza esta regeneración en V. no sé qué otra causa pueda operarla.

—¿Qué otra emoción, qué otro afecto pudiera ser que el de los lazos de la sangre? Vengo en busca de mi hermana.....

—¡De su hermana! pero, cómo puede ser esto..... su hermana..... su hermana vivía en Europa.....

—Sí, vivía en Europa, pero hace poco tiempo ha regresado con su padre y se halla establecida en esta. La señora Montños, que conoce todo cuanto pasa en este mundo, se lo hizo saber á mi madre, no sé con qué designios interesados; en cuanto la noticia llegó á mi oído se despertó en mi alma una sensación tan extraña, un afecto tan hondo por este ser desconocido para mí, que no he podido resistir á la tentación de estrechar entre mis brazos á esta compañera de mi propio infortunio, anhelando preservarla de cuantas angustias se alcen contra su felicidad presente.

—Así es que V. viene resuelto á ver á su hermana y darse á conocer....

—Darme á conocer, sí, decirle quién soy; abrirle mi alma, depositar en la suya todas las ternuras que no han tenido donde vaciarse hasta ahora...

—Bien, bien, mi querido Neltson; pero ¿ha meditado V. lo delicado del propósito que trata V. de llevar á cabo? ¿Conoce V. al padre de su hermana? ¿Sabe V. si él encontraría admisible este descubrimiento....?

—Ah! pero quién puede tener derecho á desconocer estas vinculaciones íntimas, á sobreponerse á la obra de la naturaleza misma? Pues qué, ¿soy, acaso, un maldito para no alcanzar ni el derecho de llegarme al regazo de los míos y buscar los lazos de mi propia sangre?

—De ningún modo; pero las conveniencias sociales... el tiempo trascurrido... en fin, mi querido Neltson, no me atrevo á decir á V. nada más, pues su propio criterio le puede iluminar más que todos mis escrúpulos de viejo.

—Lo he resuelto, me dijo con un tono

de inflexible firmeza; hace años que de vez en cuando esta ilusión me ha sostenido en mi abatimiento; cuántas veces no he soñado con mi pobrecita hermana! para mí, la he conceptuado siempre como un anillo que me ligaba á la vida; ella sería la confidente en mis desazones; la sostenedora en mi desfallecimiento, mi estímulo en los momentos de aliento; su imagen ha sido para mí tan casta, tan pura que su presencia en el nublado hogar de mi madre me parece que todo lo regeneraría, todo llegaría á purificarlo y embellecerlo; ¿por qué, por qué este sueño no podría ser una realidad? ¿por qué negaría la suerte este inmenso consuelo á mi espíritu lleno de aspiraciones legítimas y nobles?....

Era tan sentido el lenguaje de Neltson, había tanta sed de felicidad en sus palabras, que yo no me atrevía á destruir sin fundamento el ideal que acariciaba su imaginación.

—¿Y cuándo piensa V. buscar á su hermana? pregunté anheloso á mi amigo.

—Esta tarde, me repuso. Sé que vive

en compañía de su padre, á poca distancia de la ciudad, en una propiedad de recreo que adquirió á su regreso de Europa.

—Bueno será, le dije, que antes se dé V. á conocer al padre.

—Sin duda, contestó; espero que V. me acompañe en este corto viaje, en la inteligencia de que yo haré mi visita mientras V. recorre los alrededores del lugar.

Pocas horas después un carruaje de plaza nos alejaba en dirección á los extramuros del este de la ciudad, llevando cada cual un mundo de creaciones en el cerebro.

Era la tarde serena y deliciosa; una abundante y pasajera lluvia primaveral había bañado el seno sediento de los campos, lavado las hojas empolvadas de los árboles y vivificado el cáliz de las flores; nuestro carruaje rodaba por una ancha calle formada de tapias rojizas, casitas blancas, palacetes diseminados aquí y acullá, como señores feudales de toda aquella muchedumbre esparcida en sus contor-

nos; de trecho en trecho, hacinamientos de plantas rastreras formaban enmarañados bosquecillos ó se alzaban sobre los muros cubriéndolos con su follaje; la lluvia había ablandado los huevos de las crisálidas, y rompiendo las cortinas de su lecho, un enjambre de pequeñas y doradas mariposas pululaba en la atmósfera templada y tranquila; á los costados del camino los pajarillos que espantó la pasada tormenta, recobrados de nuevo, jugueteaban ó se perseguían entre las ramas piando alegres ó celándose en ruidosas pláticas. El sol descendía en el ocaso arrebuñado entre doradas gasas, dejando caer sus lánguidas miradas como si le fuera doloroso desprenderse del embeleso que le causaba el palpitante cuadro que la naturaleza presentaba á su grandeza. Hermoso espectáculo! parecía que aquella tarde la felicidad había bajado por un instante á derramar todos sus dones sobre los gusanos de la tierra! Neltson y yo viajábamos silenciosos, adormecidos con aquella serenidad, aquella calma, aquel armonioso ruido de la

vida que llegaba á nuestras almas llenas de esperanza como un himno dulcísimo é interminable; embebecidos en esta silenciosa contemplación, el carruaje seguía arrastrándose sin ruido sobre las arenas removidas por las gotas de la lluvia, dejando en pos de sí una huella uniforme y rosada, como una cinta extendida á lo largo del camino.

Un landó abierto nos precedía, del cual descendieron una mujer de hermosas facciones y una niña en la flor de la juventud, las cuales se encaminaron hacia la costa vecina.

De pronto el cochero detuvo los caballos al aproximarse á una ancha portada guarnecida por una reja de hierro con ornamentaciones de gusto arábigo.

—La quinta del señor Cabestani, dijo abriendo la portezuela.

—Hemos llegado, agregó Neltson bajando del carruaje.

Luego se aproximó á la reja y tirando del cordón que pendía á uno de los costados, agitó dos veces la campanilla.

Un momento después la reja se abrió

y Neltson penetraba, al parecer impasible, pero llevando, sin duda, un mundo de ansiedades dentro de su alma. Con cuánto interés, con cuánta ternura le ví encaminarse en aquella morada á la cual iba en busca de consuelo para su corazón enfermo de desencanto! había llegado á posesionarme tanto de sus más ocultos pensamientos que sentía bullir dentro de mí mismo toda la duda, la vacilación, la esperanza, la resolución que debían oprimir su cabeza en esos momentos; cuando le ví perderse en uno de los ángulos del edificio lejano, procuré tranquilizar mi espíritu y volví la mirada en torno mío, deseoso de desasirme de mil sombrías imaginaciones que me molestaban.

¡Qué bello era el panorama que se presentó á mis ojos!

El señor Cabestani ocupaba una de las más lindas casas de campo que la opulencia uruguaya podía sustentar. Sobre un terreno ligeramente accidentado y que descendía en suave declive hacia la costa del Atlántico, se extendía un extenso jardín lleno de isletas de césped y flores

caprichosas, separadas por anchas callejuelas de arenas blanquizas y limpias. En medio de aquel archipiélago de verdura y en la parte más alta del terreno se levantaba un edificio sencillo, pero coqueto y despejado, circundado de galerías de gusto griego, alternadas á distancias simétricas por estatuas de mármol blanco y grandes jarrones bronceados, de cuyas bocas surgían anchas hojas de cactus y verdes enredaderas; hacia el oeste cerraba aquella matizada planicie un espeso bosque de árboles añosos, erguidos unos, inclinados otros por el peso del follaje y los ultrajes de los vientos; en el centro umbroso del montezuelo se alzaba una gruta formada de grandes piedras de granito de cuya cima se desprendían borbollones de agua enturbiada por la pasada lluvia y que golpeándose sobre los duros riscos se deshacía en hilos transparentes de cristal y blancas espumas, yendo á perderse luego en las acequias de los sembrados. Hacia el poniente se dibujaban á lo lejos los contornos irregulares de algunas casuchas parduzcas

y las líneas movibles de los álamos, rematando todo aquel cuadro las tintas verdosas del Atlántico que cortaba el azul del cielo. De rato en rato las ráfagas del viento traían al oído un rumor sordo, majestuoso, conjunto de ecos vagos, múltiples, como emanados de un sacudimiento universal y remoto: era el acento solemne de la respiración incesante del Océano.

Inexplicables contrastes de la vida! cuánta distancia existía entre esta morada de príncipes y la oscura y humilde casucha donde mi joven amigo guardaba sus tristezas!

Larga fué la entrevista de Neltson; el crepúsculo principió á apagar las luces del poniente, imprimiendo su melancolía á la naturaleza toda; después de vagar por los alrededores de la quinta de Cabestani, me detuve á alguna distancia del portal en momentos en que ví al joven estrechar la mano á un personaje alto y de modales cultos, del cual se separó en seguida. Neltson llegó con paso inseguro y penetró maquinalmente en el

carruaje, sumiéndose en uno de sus ángulos como postrado por la fatiga y el cansancio. El coche partió; mi amigo se llevó las manos á los ojos y le sentí sollozar con infinita angustia. No me atreví á interrumpir con una impertinente interrogación aquel desahogo de que tanta necesidad tenía mi pobre decepcionado. Las emociones sufridas por su espíritu en este reconocimiento de dos seres surgidos del mismo vientre y de tan diversos destinos, debieron ser muy profundas. Cuánta alegría dolorosa, cuánta ternura reprimida habría torturado el espíritu sentimental de este hombre desencantado á los veintiocho años! Y cuánta dicha, cuántas esperanzas no habría visto también levantarse en torno suyo al calor del cariño fraternal de su dichosa hermana! Estas ideas se apoderaron de mi imaginación, y absorbido en ellas, llegué hasta olvidar por momentos que Neltson permanecía mudo, con la cabeza sostenida entre las manos, inmóvil, absorto en el recuerdo de sucesos que aún me eran desconocidos.

La noche, entre tanto, había disipado los últimos átomos de luz que vibraban en lo alto del espacio y las sombras vestían de negro el poco antes risueño y vivificador paisaje. La brisa sacudía el ramaje de los sauces produciendo esa especie de arrullo que tanto embelesa y tanto halaga el oído; los grillos cantaban entre las ramas y los perros ladraban al pasar el carruaje por los oscuros caseríos y sombríos huertos. Poco después, el ronco choque de las ruedas del vehículo sobre el empedrado de las calles y las chispeantes luces del gas extendidas en hileras interminables, nos hicieron comprender que nuestro viaje tocaba á su término.

Al llegar al hotel, Neltson se pasó con disimulo el pañuelo por los ojos para borrar la última huella de su emoción y ascendió silencioso por las anchas escaleras. Yo comprendí que algún sentimiento muy hondo le tenía embargado y esperé que saliese espontánea de su labio la relación de la escena que tantas esperanzas y tanta vida había hecho brotar en su imaginación afectada.

Cuando un soplo de serenidad refrescó su espíritu, acercóse á mí y con voz quebrantada, tentando sobreponerse á su desfallecimiento, me dijo:

—V. habrá extrañado mi silencio durante nuestro regreso; pero yo sé que V. me disculpará cuando conozca el inesperado suceso de mi entrevista con Capestani. No sé todavía lo que ha pasado por mí desde que me alejé de aquella casa; ha sido tan intenso mi dolor, que he llegado á olvidarlo todo... todo...

—Mi querido Nelson, le dije, poniendo mi mano afectuosamente sobre una de sus rodillas, ¿ha olvidado V., también, que tiene en mí un amigo leal que se interesa vivamente por su felicidad? No soy acaso el confidente de sus pesares y de sus vacilaciones? ¿por qué no busca V. un desahogo á su emoción, compartiendo conmigo lo bueno ó lo malo que traen las vicisitudes de la vida?

—Un desahogo!... bien que le necesito... sea V., pues, el único conocedor de esa extraña escena; que nunca salga de su labio, porque envuelve para mí un

doloroso juramento que respetaré eternamente.

Nelton permaneció pensativo, como reanudando el hilo de sus recuerdos, y luego hizo esta relación que mi memoria ha conservado viva y palpitante desde hace tantos años.

VII

—Apenas me separé de V. en el portal de la quinta de Cabestani, no sé qué desconfianza se apoderó de mi espíritu: á medida que más se acortaba la distancia entre el hombre y la joven á quienes había ido á buscar, aumentaba mi sobresalto; hubo un momento en que temí que el propietario de aquella pacífica morada, al escuchar mi revelación, me hiciese arrojar de allí como un impostor; acobardado por este recelo repentino intenté retroceder en momentos en que me encontré con el hombre que buscaba, descendiendo la escalinata que sirve de

base al edificio. No era ya tiempo; se hizo forzoso definir esta situación; necesitaba saber lo que había para mí dentro del corazón de mi hermana, y recordando mi decisión primera, resolví afrontar todo lo que viniese. Cabestani y yo nos dimos á conocer en términos corteses, después de lo cual me condujo á su salón de verano, iluminado en ese instante por los rayos oblicuos del sol que penetraba por dos anchas ventanas con vista al poniente. Cuando habíamos llenado los cumplidos de sociedad, mi huésped me interrogó acerca del motivo que me conducía á su casa. Difícil, muy difícil era una contestación atinada; yo comprendía que el éxito de mi empresa dependía de la manera como se iniciase la revelación que le iba á hacer. Durante algunos momentos me encontré turbado y contesté en términos tan vagos y tan indecisos, que Cabestani se vió obligado á repetir su interrogación dándole una nueva forma; por fin me decidí á hablar con claridad, y procurando amenguar la trascendencia de mis palabras para no alarmar su ánimo, le dije:

—El asunto que me ha permitido el honor de conocer á V. es de muy pequeña importancia; cosas del corazón, afectos que pueden llamarse de familia.

—Desearía conocer en qué puedo servir yo á esas afecciones, me dijo con tono benevolente.

—Voy á decirlo, y espero que V. se dignará prestar su decidido apoyo á la solicitud que vengo á hacerle...

—Cuenta V. conmigo, señor Neltson, y si esta vinculación tiene que ver con personas de mi amistad, como presumo, tendré mucho agrado en poderle ser útil.

—Gracias; al penetrar en su casa esperaré mucho bien de su parte; por esto me he tomado la libertad de incomodar á V.

—Sí, sí, deje V. toda desconfianza y hable V. con franqueza.

Estas palabras me alentaron bastante y no trepidé en afrontar lo escabroso de la situación.

—Los afectos que aquí me traen son lazos de la sangre, que en cierto modo se vinculan con V.

—Me felicito de ello, repuso inclinando la cabeza.

—De modo, continué, que la felicidad de mi espíritu está, señor, en sus manos.

—Bien, contestó, no seré yo quien le prive de tanta dicha.

—V. conserva bajo su protección un sér con el cual me ligan vínculos tan estrechos... tan próximos, que no existen otros más cercanos en la naturaleza.

Mis palabras hicieron súbita impresión en su espíritu; me miró con desconfianza y luego balbuceó:

—No comprendo cuáles vínculos...

—Sí, agregué, V. guarda en su casa una criatura que está ligada á mí por lazos fraternales...

Cabestani no pudo disimular su sorpresa, y lleno de asombro repitió:

—¡Fraternales! . . .

—La explicación de este vínculo es muy sencilla y muy corta...

Estas expresiones alarmaron tanto á aquel hombre, que sin darme tiempo á proseguir, se levantó de su asiento y mirando con recelo á todas partes, me dijo:

—Si V. gusta, en mi escritorio podemos conversar con más libertad sobre estas cosas para mí tan extrañas; pase V., agregó señalándome el camino como si quisiera arrancarme cuanto antes de aquella sala accesible á todos los oídos.

Cuando llegamos á su pieza de trabajo, cerró cuidadosamente la puerta de entrada, acercóse á la ventana abierta sobre el jardín, miró disimuladamente á todos los lados y entornó las vidrieras; luego, recorriendo con la vista toda la habitación, como para cerciorarse de que nadie podía escucharnos, me invitó un asiento, se colocó con cierta excitación á mi lado y me dijo:

—Hable V.

—Deploro causar á V. tanta molestia; pero procuraré ser breve. He dicho á V. que conserva en su casa una criatura con la cual me ligan lazos de fraternidad, y esto es una verdad rigurosa.

—Pero, señor, ¿qué criatura puede ser esa...?

—Una joven que ha venido con V. de Europa.

—¡Mi hija!

—Mi hermana, agregué describiendo todo el velo de mis palabras.

—Pero esto es un error...un error!... ¿hermana de V.?

—Hija de mi propia madre...

El sobresalto de Cabestani llegó á tal extremo que no pudiendo contener toda la tribulación que mis palabras le causaban, se levantó de su asiento y se puso á pasear á lo largo de la pieza con las manos anudadas hacia atrás. Después de un largo silencio, interrumpido por su respiración precipitada, se acercó á mí diciendo:

—Permítame V., señor, que le repita que V. está en un deplorable error; no comprendo cómo mi hija, nacida en matrimonio con mi esposa, pueda ser hermana de V.

—V. perdone, señor Cabestani, pero la afirmación que acabo de hacer me presentaría á los ojos de V. como un impostor si no procurara justificarla; creo que V. posee un alma muy noble y un corazón muy honrado; espero, pues, que

V. se digne dar respuesta á lo que voy á interrogarle... Hace ventiseis años que V. se hallaba establecido en la ciudad de Buenos Aires á la cabeza de una casa comercial...

—Cierto... cierto.

—En aquella época contrajo V. relaciones íntimas con una joven, hija de una familia muy pobre...

—Pero á qué conduce esto; son tantas las relaciones de este género que los hombres contraemos en nuestra juventud...

—Sin embargo, hay algunas que no se olvidan fácilmente; la joven á que me refiero hizo vida común con V. durante dos ó tres años.

—Bien, ¿y qué?...

—De esa unión nació una niña...

Cabestani no encontró respuesta y tornó á pasearse en la habitación moviendo maquinalmente las extremidades de sus dedos, ligados nerviosamente.

—La niña, continué después de un instante, fué recogida por su bondadoso padre, quien la condujo consigo á Euro-

pa; su madre quedó sola con un niño que V. debió conocer en la infancia.

— Y ese niño....., dijo Cabestani casi inconscientemente, repitiendo la palabra.

— Soy yo.

Cabestani se detuvo delante de mí y me miró de piés á cabeza como dudando de que aquel niño que, acaso, él acarició en su juventud, pudiera haberse convertido en un hombre.

— Mi hermana, proseguí con firmeza interpretando su silencio por una confesión explícita, mi hermana encontró un excelente padre; no me cupo la misma suerte; yo sé que ella es feliz hasta donde se puede serlo en la tierra; en cuanto á mí no podría decir lo mismo: amarguras del espíritu, contratiempos de fortuna, una soledad espantosa, todo ha llenado de sombra las horas de mi juventud. En medio de todo esto no sé si la buena ó la mala suerte ha traído cerca de mí al único sér que pudiera hacerme amar la vida, y acaso, sacarme de la situación en que me encuentro, rompiendo un secreto que es todo mi tesoro.

Estas últimas palabras engendraron una idea falsa á la vez que una esperanza en el ánimo de Cabestani; acercóse á mí, ocupó de nuevo su asiento y mirándome con cierto aire de familiaridad, me dijo:

—Bien, señor Neltson, su situación debe ser poco lisonjera: no quiero entrar en cosas que solo á V. pertenecen, pero que yo, sin conocerlas, las puedo remediar; mas, dejando estas consideraciones á un lado, hábleme con franqueza, con toda ingenuidad, sin temor ni desconfianza; pida V. lo que guste; ¿qué es lo que V. desea de mí?

—El corazón de mi hermana, repuse con dignidad.

Mi respuesta hizo comprender á Cabestani que no iba yo á venderle el secreto que yo guardaba, como él lo había supuesto; después de un momento de vacilación contestó con firmeza:

—¡Imposible!

—¡Imposible! y ¿quién impediría que lo que ha vinculado la naturaleza lo rompiese ningún hombre?

—Yo! dijo en tono imperativo; por-

que los que V. llama vínculos de la naturaleza no existen entre V. y la joven á la cual pretende V. estar ligado por lazos de fraternidad.

—No creo, señor, que V. tenga ánimo de ofenderme al hacer esta afirmación; pero puedo exhibir la prueba de que la hija que V. tanto ama no es fruto de su matrimonio, sino de un amor juvenil; si yo exhibiese esta prueba ante la justicia, la justicia me concedería lo que V. me niega, á menos que se justificase el fallecimiento de mi hermana y el nacimiento de una hija habida dentro de su matrimonio.

Esta terminología jurídica, que sin pensarlo yo, envolvía una amenaza, desconcertó á Cabestani, y en el colmo del estupor quedó como petrificado largo rato en su asiento, con el cabello erizado y el ceño fruncido. Por fin, después de un dilatado silencio, dió salida á un suspiro angustioso, y lleno de dolor y ansiedad me dijo:

—Qué lejos estaba yo, señor Nelson, de suponer al verle entrar en mi casa que viniese V. á traerme tantísima amargura!

V. no sabe, no puede saber todo lo que pasa en este momento dentro de mi corazón, porque V. no es padre ni tiene ningún afecto arraigado por los años, por las ternuras íntimas, por todo cuanto nos liga á lo que consideramos los hombres como lo más perfecto, lo más bueno, lo más bello... ¡Mi hija! ¿Por qué, señor, ha venido V. á abrir un abismo cerrado por el tiempo; por qué quiere V. destruir la dicha, la paz de mi vejez, llenar de dolor y de vergüenza esta casa donde no se ha hecho mal á nadie...?

Dos lágrimas asomaron á los ojos de aquel excelente hombre y la palabra enmudeció en su garganta.

—Me juzga V. mal, le dije; no he venido aquí á enturbiar la tranquilidad de su casa; en medio del vacío de la vida que se ha hecho en torno mío, el afecto de un solo ser me ha alentado porque creía que fuese el único en cuyo corazón no tuviese cabida el egoísmo; he venido aquí en busca de una esperanza, á ver, á amar lo que es mío, lo que V. mismo con sus derechos de padre no puede prohibir ni

deshacer. ¿Por qué, señor, se encierra V. dentro de su propio interés? V. quiere que la felicidad de su casa, que su dicha personal no se enturbien ni un solo instante; V. que solo ha saboreado los deleites de una vida llena de halagos y emociones correspondidas, pero no piensa que yo también tengo derecho á un poco de esperanza, yo que hasta hoy solo he vivido acompañado de la duda y de la angustia...

—Ah! Pero cuánta distancia existe entre el sacrificio de V., señor, y el mío. Mida V. por su propio criterio lo enorme de esta inmolación! Voy á descubrir por la primera vez en mi vida la armadura que sostiene la felicidad de mi hogar. Cuanto V acaba de referir acerca de mi hija es una verdad, no sé si desgraciada, pues ahora solo sé que es muy dolorosa. Mis relaciones con la madre de V. fueron entrañables; ella había sido más que una sensación liviana, un amor ardiente: el amor de un joven de veintiocho años, soñador, aunque adverso al matrimonio. Mi hija fué hija de ese afecto tan hondo en

mí, tan poco comprendido por su madre; yo había dignificado á mis propios ojos aquella mujer tan hermosa, conceptuándome dichoso en la vida íntima que nos ligaba. Un día los hilos de una infidelidad...nó, nó (dijo Cabestani corrigiendo sus palabras temeroso, sin duda, de ofenderme), mis celos, mi ceguedad, no sé qué cambio en mi corazón, me hicieron pesado aquel vínculo y me fué forzoso romperlo. Recogí á mi hija, prenda de los días más dulces de mi juventud; la sustraje al cariño de su madre para...ahorrarle el peso de aquella carga que debía aumentar las estrecheces de su situación. Mi hija fué desde entónces todo para mí, amor, felicidad, estímulo, esperanza...! yo he mecido su cuna, yo la he visto crecer, desarrollarse, trasformarse de una criatura angelical en una mujer inmaculada y noble; una vida entera sustentada en su afecto la ha arraigado tan fuertemente á mi corazón que la sola idea de su cariño compartido con otro, que no fuese conmigo que soy su padre, me amarga y me acongoja sin medida. Por ella, por su

afecto, hasta mi propia conciencia condenó sus preocupaciones y por borrar la huella que traía de su cuna... digo mal (Cabestani volvió á corregir esta frase dolorosa para mí), porque encontrase una madre cuidadosa contraje matrimonio con una mujer que ha llegado á amarla tanto, tanto como yo mismo. Mi consorcio fué estéril y el vacío que había en mi hogar lo llenó ella; mi esposa infecunda ha hecho suya esta existencia, pasando la ficción de los primeros días á ser una realidad para su corazón y su espíritu. Mi hija ha crecido en la íntima persuasión de que aquella mujer que ha recogido sus gracias infantiles y encontrado siempre á su cabecera, es la madre legítima que le ha dado el cielo. Rompa V., pues, ahora, toda esta cadena; arrebatéme V., señor, este ensueño, arranque V. á mi esposa esta fuente de sus afectos, llene V. de espanto el espíritu de mi hija presentándole el escudo de su filiación legítima como una impostura; descúbrale V. su origen desgraciado y entréguela indefensa al diente de la sociedad misma con

su ropaje falso cubriendo un origen bastardo... ¡Ah, señor, esto sería una crueldad horrible!...

Al terminar esta frase Cabestani se llevó las manos á la cabeza como si temiera que el impulso de estas ideas fuese á romper las paredes de su cerebro. Luego, alentado por mi silencio, continuó profundamente conmovido:

—¿Y cuál llegaría á ser el resultado de la revelación de este secreto? V. viene en busca de los afectos fraternales; ¿está V. seguro de encontrarlos en el corazón de mi pobre hija, para quien es V. un desconocido? Los vínculos de la sangre! ¡oh! ellos no tienen imperio sobre el sentimiento cuando el tiempo, la costumbre y otras afecciones han creado una nueva naturaleza contra la cual no es posible sobreponerse por el mero impulso de la voluntad. V., señor, que busca amor tranquilo y puro, encontraría solo aversión, porque para reclamar sus derechos fraternales le era necesario destruir los de la paternidad, tan intensamente encerrados en el corazón de mi hija. En vez del

aprecio, de la estimación que V. apetece, hallaría cierto horror al acreditar con su presencia que el lecho de su madre había sido compartido ilícitamente entre más de una adoración impura...

Estas palabras penetraron en mi conciencia como la hoja helada de un puñal que no era posible arrancar del pecho; ¡qué inmenso dolor causaron en mi alma! ¡qué amargura infinita derramaron por todas mis venas! el odioso sello de mi infancia surgía de nuevo más hiriente, más humillante, más oprobioso, cerrándome el paso á toda rehabilitación, á toda esperanza. Oprimido por el peso de tan funesta realidad, me sentí desfallecer y oculté mi rostro entre mis manos para esconder mi tortura y mi vergüenza.

Cabestani comprendió por mi emoción que me había herido sin quererlo, arrasado por el infinito amor que consagraba á su hija; acaso comprendió lo intenso de mi angustia, y llegándose á mí con la mirada enturbiada por las lágrimas, en tono dulcísimo, me dijo:

—Perdón, perdón, señor Neltson, no

he pensado rebajar la pureza de su cuna: no pasan á V. las faltas de sus padres, porque no pueden recaer jamás sobre la inocencia las responsabilidades ajenas. Su emoción me dice que hay dentro de su pecho un corazón tan noble, un alma tan pura, que ambos llevan consigo el sello de la legitimidad más limpia; pero ¡oh joven digno! yo pobre viejo que he acariciado su frente en la infancia, yo que me hubiera enorgullecido de tenerle por mi hijo, le pido en nombre del amor á su hermana el sacrificio más grande que la abnegación puede hacer en bien del honor de una casa, puesta al amparo de las ficciones convencionales de la sociedad y de las leyes...

—Bien, sea lo que V. quiere, contesté ahogando los impulsos de mi corazón despedazado; ya que no encontré en su hogar el afecto que buscaba, al menos no salga de aquí seguido del odio de cuantos le rodean...

—Gracias, gracias, dijo Cabestani estrechándome fuertemente la mano.

—Al menos una compensación me sea

acordada en recompensa de este sacrificio.

—Hable V...

—Concédame V. el favor de presentarme á su hija; véala yo una vez en mi vida, para amarla en mi memoria...

—La prueba es ardua, señor Neltson...

—Pierda V. cuidado, estoy acostumbrado á pasar sobre las ascuas del fuego que encuentro en mi camino.

—Bien, no olvide V. su promesa... confío en su valor y en sus fuerzas...

—Esté V. tranquilo...

Cabestani y yo procuramos borrar las huellas de las emociones sufridas y después de un momento de reposo pasamos á su salón de recibo; luego se aproximó á una puerta que conducía á las habitaciones interiores y procurando dar tranquilo acento á su palabra, llamó á su hija por el nombre de Julia.

Cuando la joven se presentó á mi vista sentí una turbación extraña, mezcla de despecho, de amor, de admiración y de miedo; ¡qué bella se mostró á mi imaginación exaltada! sus ojos azules po-

seían una dulzura infinita; de su cabeza rubia descendían rizos color de oro oscuro que se derramaban sobre su cuello blanco y sobre su espalda cubierta por una bata lila claro, igual á su traje, leves como la espuma; alguna vez sentí pasar una figura semejante por mi pensamiento, pero siempre había conceptuado como la creación del ensueño aquella imagen que se desvanecía sin vida en mi cerebro. Cabestani tomó de la mano á su hija y aproximándola ceremoniosamente hacia mí, hizo la presentación de estilo. Sentámonos, luego, frente á frente; ella serena, impasible, sonriente; yo postrado por una nueva desilusión, por una última esperanza perdida, por el eterno anatema que había nacido conmigo y seguídome desde la cuna. Qué enorme distancia mediaba entre mi hermosa hermana y yo! parecíame que ella había descendido de las esferas celestes, y que al pisar las asperezas de la tierra hubiese sido regenerada, purificada, ennoblecida por el amor paternal, por la fortuna y el medio social; y yo, ¡pobre de mí! me concep-

tuaba surgiendo de la ignorada sentina, sumido perpétuamente en el fango... ¡Qué amargo contraste! ¡qué doloroso suplicio!

Después de breves frases de sociedad, que contestaba inconscientemente en términos breves, mi hermana se dirigió á mí diciéndome:

—¿Y el Sr. Neltson, ha venido con su familia?

Cuánta inocente y amarga ironía había en estas palabras que á veces nada valen en el mundo; traté de buscar una respuesta y no la encontré en mi cerebro. Cabestani sospechó mi turbación y contestó por mí:

—No, el señor ha venido solo por negocios particulares...

—V. perdone, agregó Julia, pero como habíamos visto descender dos niñas de un carruaje que precedía al que conducía á V., presumía fuesen sus hermanas...

—Herманas... no las tengo..., dije, sintiendo latir violentamente mi corazón.

Cabestani comprendió que aquella,

para mí terrible entrevista, podía concluir por un desagradable incidente y se apresuró á ponerle término.

—Julia, dijo, el señor me ha dicho que es muy afecto á las flores conservadas; ofrécele como recuerdo de su amable visita el ramito de violetas que formaste esta mañana para el album de tu madre...

La joven sonrió ligeramente y salió en seguida.

—Está V. muy emocionado, me dijo en secreto Cabestani.

—Pierda V. cuidado, voy á marcharme en seguida.

Cuando Julia presentó la hoja de papel rosado á la cual se habían adherido las oscuras flores, las puso á mi alcance, le expresé mis agradecimientos y me despedí de ella, tenía tentaciones de estrechar su blanca mano fuertemente en signo de una eterna despedida, pero mi voluntad dominó mis sentimientos y me limité á oprimir con frialdad aquella mano formada de la misma carne y sustentada por la misma sangre que la mía.

Al llegar á la puerta del salón dirigí la última mirada á la joven; entónces me sentí desfallecer; Cabestani lo conoció, y tomándome del brazo me hizo bajar las escaleras, conduciéndome al través del jardín en medio de un estupor y enajenamiento semejantes á una embriaguez pesada y torpe.

Cuando llegamos á la reja de entrada me estrechó la mano con afecto y conmoción profunda.

—Gracias, gracias, me dijo; V. restituye la felicidad á esta casa... Yo sé que lo que ha pasado entre nosotros no saldrá nunca de sus labios...

—Seré algo más, repuse, el guardián de esa felicidad tan dolorosa para mí!

—Si alguna vez necesita V. del apoyo de un hombre en la tierra, sepa V., señor, que es todo suyo el corazón de este viejo que tanto le debe... V. ha devuelto á esta casa la paz y la honra...

—Adios!... le dije, y aproximando mi labio á su oído, en voz muy baja y entrecortada por el quebranto, agregué: ame V. mucho, mucho á su hermosa hija,

que yo lloro desde hoy á mi hermana muerta para siempre...

Después me aparté de su lado y no pude contener mi angustia y mi tortura...

Al terminar estas palabras Neltson se llevó otra vez las manos á los ojos y un nuevo raudal de lágrimas inundó su rostro.

VIII

Después de este extraño incidente, mucho tiempo transcurió sin que mi joven amigo me hubiese vuelto á confiar los detalles de su vida, tan llena de sufrimientos morales. Su alejamiento se fué acentuando día por día hasta que no tornó á pisar los umbrales de mi casa. Muy extraño me parecía este proceder de su parte; atribuíalo unas veces á desconfianza, otras, á alguna secreta pasión que procuraba ocultarme. Sin embargo, su suerte no me era indiferente; había lle-

gado á mirarle casi como un hijo mío, aunque sin derecho ninguno sobre él. Una noche no pude resistir al deseo de verle y trasladándome á su casa penetré confiadamente hasta su propia alcoba. Mucho sorprendió mi visita á Neltson, que en ese momento escribía en un pequeño libro á la luz de una vela de estearina.

—Bravo, mi querido Doctor! le dije al verle en su íntima tarea; este libro me avisa que V. se ha propuesto consignar las dulces ilusiones que probablemente llenan ahora su espíritu.

—Nada, nada, respondió, impresiones fugaces, un inventario de calamidades que abrumaría á quien las conociese, y que son el único haber que he recogido en la tierra....

—Sentimentalismos de poeta, repliqué; ese libro ha de ser una belleza de interés extraordinario...

—Cuánto engaño! estoy cierto que nadie alcanzaría á leer una página; ni mis herederos, si los tuviese...

—Pues bien, repuse en tono de broma,

me pongo en lugar de ellos, aun cuando es más fácil que yo preceda á V. en el viaje á lo desconocido; reclamo esta prenda como la herencia más valiosa que pudiera recoger á mis años.

—Bien, contestó, le constituyo por mi heredero único; no olvide V. reclamar oportunamente su haber, mi caro Doctor.

Mucho tiempo trascurrió después de esta entrevista; Neltson se sustrajo más y más á mi amistad, hasta que conceptué prudente alejarme por completo de su relación, temeroso de que mi trato hubiese llegado á serle poco satisfactorio.

Ignorante vivía yo de las peripecias de su vida y de las condiciones de su situación, cuando casi al cabo de trascurridos dos años, una mañana se presentó en mi casa solicitando hablarme. ¡Qué desagradable sorpresa causó en mi espíritu el aspecto de su semblante! qué transformación tan completa había sufrido todo su ser! qué compasión tan profunda despertó en mi corazón toda aquella figura adelgazada, envejecida, amortiguada en plena juventud! Su rostro había enflaque-

cido de un modo extraordinario, tiñéndose de una sombra lívida, en la cual parecía no existir ni una sola gota de sangre; en su cabello negro y su barba descuidada, alternaban mechones plateados y faltos de brillo; su frente habíase extendido y dilatado por una precoz calvicie; sus cejas formaban un ángulo pronunciado y persistente encerradas dentro de hondas y marcadas arrugas, signo indeleble del refinamiento del hastío en el alma; sus ojos sin luz, sepultados dentro de sus órbitas, miraban de un modo espantable y frío; cuando los contemplé de cerca me pareció ver al través de sus pupilas á su alma sola y amilanada envuelta en la más negra y desoladora oscuridad!... Qué profundos estragos habían hecho en toda aquella naturaleza tan noble y tan bella el veneno de la disolución moral y la falta de fé!

—Vengo, me dijo con voz débil, á poner en sus manos este pliego; es una prenda ajena que es necesario devolver... pertenece al señor Cabestani de Montevideo...y como V. vá allí frecuentemen-

te, le ruego la haga entregar con seguridad...

—Con hártio placer, mi querido Doctor; me dá V. con este motivo la satisfacción de verle.

—Gracias, como yo vivo enfermo no puedo frecuentar mis relaciones... y luego... me he acostumbrado á la soledad. Ahí devuelvo á mi hermana, me dijo con expresión dolorosa, las flores que un día recibí como premio de un amargo sacrificio; no quiero que pasen á otras manos que pudieran profanarlas....

Un momento después se levantó para retirarse y me estrechó la mano diciéndome: No se olvide V. de su herencia...

—No me haga V. esos recuerdos, mi querido Neltson; yo prefiero que el bello libro de impresiones á que hace V. alusión sirva de ofrenda á alguna joven cariñosa que sepa valorar su mérito é inspirarle otro tomo que sea un canto de felicidad.

Al escuchar mis palabras intentó sonreirse, se dilataron sus labios, pero la sonrisa no pudo vencer la rijidez de sus

músculos habituados á la tensión de la melancolía. Luego me estrechó de nuevo la mano diciéndome sencillamente:

—Adiós, adiós...

La mañana siguiente á esta escena despertó sombría y triste; el cielo nublado y plomizo envolvía la naturaleza dentro de un paño monótono y pesado; la lluvia tenue descendía sin interrupción, batida á intervalos por ráfagas de viento helado y rumoroso. Había permanecido largo tiempo en mi lecho adormecido por el ruido cadencioso de las gotas de agua que caían sobre las baldosas, mirando condensarse el vapor de mi cámara en los cristales de las ventanas y resbalar después en hilos transparentes, como si fuesen lágrimas silenciosas de una imágen impalpable. Por fin sacudí aquel amodorramiento y tomé uno de los diarios colocado sobre el velador; lo primero que mis ojos percibieron al desdoblar la hoja fué un suelto que suscitó viva curiosidad en mi ánimo, concebido en estos términos:

“*Lamentable suicidio.* — Tenemos el sentimiento de llevar una dolorosa nueva

al conocimiento de nuestros lectores; el estimable caballero Dr. D. Daniel Neltson se ha suicidado anoche á las once en su casa habitación, después que todas las personas de la familia se habían recogido en la mayor armonía.

“Se ignoran los motivos que hayan ofuscado al distinguido joven á tomar la terrible resolución por medio de la cual ha puesto fin á sus días.

“Conocedores de las bellas prendas que adornaban á este apreciable abogado, no vacilamos en calificar su muerte como una desgracia que causará honda sensación entre sus numerosas relaciones.

“El Dr. Neltson reunía dotes....

No pude continuar más, el estupor se apoderó de mi cerebro, dentro del cual bullían y se agitaban mil ideas encontradas, mil deducciones exageradas, un mundo de dudas, de asombro, de compasión y de dolor intenso; el diario se desprendió de mis manos sin fuerza para sostener la prueba palpitante de aquel funesto relato. Largo tiempo sentí vacilar mi conciencia arremolinada por im-

pulsos diferentes, como esas nubes de polvo que batidas por vientos opuestos se estrechan, se dilatan y se envuelven, concluyendo por hacer la oscuridad en sus entrañas. Por fin un recuerdo vago se levantó de entre aquel abismo y acentuándose lentamente se abrió paso entre tanta confusión y tanto enajenamiento; recordé las palabras que el día antes había pronunciado Neltson al estrecharme la mano por la postrera vez: "No se olvide V. de su herencia". Sí! había ido á buscarme para pronunciar su adiós de despedida, á poner bajo el amparo de mi cariño los secretos de su alma, conservados en las hojas del libro de sus intimidades; yo no debía dejar profanar esas páginas por el ojo de ningún extraño. Este propósito devolvió la luz á mi espíritu; me vestí apresuradamente, sin darme razón de lo que hacía, absorbido en la impresión del funesto suceso.

Momentos después me trasladaba á la casa mortuoria, que encontré concurrida por algunos jóvenes de la relación de Neltson, y penetré hasta la habitación en

la cual reposaba el cuerpo helado de mi pobre amigo. Sobre una ancha base cubierta de un paño negro habíase colocado el ataúd fúnebre que servía de último lecho á aquel resto humano que sucumbió por falta de fé y de esperanza. ¡Qué inmensa compasión se despertó en mí al contemplar su cadáver! Solo la muerte había tenido una caricia para él; su rostro pálido había sido embellecido por su mano deformadora; sobre sus labios había quedado conjelada una sonrisa dulce, la última sonrisa que la idea del descanso eterno se abrió camino sobre las ríjidas líneas de su boca. El plomo que rompió las paredes de su corazón había causado una muerte instantánea, que fué impotente para borrar la huella del postrer pensamiento, tal vez de amor, que iluminó su oscuro cerebro. Duerme en paz, pobre amigo mío, tú que llevabas dentro de esta frágil armadura una alma generosa, un espíritu noble al cual solo faltó valor para pelear las batallas de la existencia!

Momentos después el cortejo fúnebre partía conduciendo aquel cuerpo caído

en medio de todos los esplendores de la juventud. ¡Coincidencias misteriosas del destino! Dos veces acompañé á Neltson á un corto viaje; la primera, le llevaba á mi lado sintiendo latir su corazón lleno de vida bajo los impulsos del amor fraternal más ardiente; ahora le conducía silencioso, mudo para siempre, con el corazón destrozado, como si hubiese querido arrancar de su pecho aquel vaso donde el dolor había vaciado toda su amargura. Duerme, duerme en paz, pobre amigo mio, que no tornarán á agitarse las fibras despedazadas que fueron tu tortura en la tierra!

Al terminar la ceremonia fúnebre regresé á la casa mortuoria deseoso de recoger mi legado. La madre de mi amigo me permitió llegar á su aposento, iluminado por una luz difusa y ténue. Jamás había visto á aquella mujer cuya historia me era tan conocida. A la escasa claridad que nos rodeaba pude percibir en sus facciones los restos de una singular belleza; cuán atrayente debía haber sido aquel rostro en su juventud! ¡qué

poco sentimiento debía haber existido en su corazón! Al examinar su semblante observé con asombro que en sus ojos no existía la huella de las lágrimas arrancadas por la emoción de su reciente desgracia. ¿Sería posible que mi pobre amigo no hubiese encontrado en el mundo ni el afecto de su propia madre? Esta idea me hizo estremecer de miedo.

Después de cambiar en voz baja algunas palabras ceremoniosas, en tono insinuante, la dije:

—Mi buen amigo Neltson me manifestó ayer, algunas horas antes de su lamentable extravío, que debía recoger un libro que me pertenece; si V., señora, fuese tan bondadosa que me facilitase este recuerdo de una amistad sincera...

—¿Es V. el Dr. de la Vega? preguntó con acento firme.

—Un respetuoso servidor de V, señora.

—Daniel, repuso, encargó anoche al separarse de mi lado, que procurase enviar á V. un libro que debía dejar sobre su escritorio...

—Si no temiese abusar de su bon-

dad, desearía se cumplierse la voluntad de mi amigo...

—Puede V. pasar á recoger su libro...

Agradecí esta autorización tan franca y me despedí en términos de condolencia.

¡Serenidad asombrosa! aquella mujer parecía satisfecha de la muerte de su hijo; ¡no! esta sospecha sería una monstruosidad! y sin embargo, cuando contemplé su actitud tranquila y sus ojos secos, creí que sobre su corazón había caído una capa de hielo que el tiempo había petrificado.

¡Contraste inexplicable! al penetrar en la habitación vacía de Nelson creí sentir todavía el calor de su corazón lleno de exquisito sentimiento, como si el fuego que lo había consumido hubiese dejado sus efluvios en la atmósfera que calentó por tantos años.

Acerquéme á su escritorio y sobre su cartera de trabajo encontré un volumen envuelto en una hoja de papel blanco ligado con una cinta negra; en la parte superior su mano había trazado hacía pocas horas estas líneas:

*“ Para el Dr. Hector de la Vega.
Calle... núm...”*

Al recoger mi legado, mi corazón oprimido por la amargura de aquella sombría mañana no pudo retener por más tiempo un desahogo; me incliné sobre las páginas que encerraban el misterio de la vida de mi amigo y las bañé con las lágrimas sinceras que mi ancianidad guarda solo para los dolores supremos.

Ahora entrego á la piedad de las almas compasivas y nobles las palpitaciones generosas del más abnegado espíritu que haya cruzado entre las miserias de los hombres.





SEGUNDA PARTE

MEMORIAS ÍNTIMAS DE DANIEL NELTSON

I

Luisiera que la primera página del libro de mis intimidades fuese un canto, tierno como el sentimiento que conmueve mi corazón, lleno de esplendor y de vida como la ilusión que alienta mi espíritu. Dichosos vosotros, privilegiados de la tierra, sobre cuya cabeza derramó el númen su inspiración creadora, y cuyo labio traduce en notas sonoras y armoniosas todo lo grande, lo majestuoso y lo noble que se agita en las leves fibras de la criatura humana! Solo vosotros podríais traducir al idioma de las gentes:

todo lo inmaculado de la emoción que me embriaga, me fortifica y levanta sobre las pequeñeces de la vida! Muchas veces al medir la magnitud de los afectos que se desenvuelven dentro de mi propio ser, me he quejado amargamente contra las avaras mezquindades de la madre naturaleza, que á veces niega el desahogo consolador del verbo á los espíritus más delicadamente formados para el culto de los sentimientos nobles y puros. La vida no es más que una queja de dolor continuo ó un grito de felicidad transitoria. Los hombres la traducen por medio de la plegaria ó del canto, embelleciendo con el auxilio del arte su angustia ó su esperanza para perpetuar en signo imperecedero todo lo que hierve dentro del frágil vaso humano. No anhele yo encerrar en tan preciado molde los secretos de mi alma; ellos quedarán guardados en estas hojas, humildes confidentas mías, para depositarlos un día en el regazo del único sér que en medio de la tiniebla que me rodea, ha hecho descender un rayo de luz en mi existencia.

Hay sentimientos que nacen como esas tímidas flores silvestres que se abren con el sacudimiento del aire agitado por las vibraciones del rayo; brotan de un choque tempestuoso y no podría saberse si su vida es una aparición bendita ó una maldición perpetua. Así he sentido surgir en mí una emoción nueva, nunca sospechada por mi corazón, indiferente hasta hoy á todo halago duradero y tierno. No sé qué extraños impulsos han venido á despertar mi espíritu y deslumbrarle presentando á mi ojos la tierra revestida de incomparable belleza, haciendo palpitar en torno mío efluvios armoniosos de movimiento y vida. ¿Es este un sueño ó es una resurrección? Sea una ilusión de mi alma entristecida ó una realidad consoladora, ¡sublime sentimiento! yo te bendigo, me rindo á tu alentador influjo y te imploro no abandones mi soledad ni me niegues tus dulcísimos deleites!

Alguna vez en mis horas de desfallecimiento he buscado un lenitivo al cansancio de mi alma y he recorrido esa interminable historia del corazón humano que

el genio sondea, recoge y arroja caritativamente para saciar el hambre y la sed de las almas doloridas que cruzan con desaliento y odio por entre la ruidosa algazara del mundo; más de una vez he sorprendido con asombro estas resurrecciones morales, hijas del amor que nace insensiblemente, se desenvuelve, se arraiga y se dilata llenándolo todo con su poder y su grandeza. La transformación que me domina entraña una historia semejante; no sé si es la reaparición de la fé que brota; no sé si es la duda que se debilita; no sé si son los sentidos que recobran su vigor perdido. Solo el curso de la vida tiene el secreto de este enigma. Dejémosla desenvolverse con su lentitud que angustia, con su impasibilidad que oprime, y guarde yo, éntretanto, en estas hojas, para consuelo mio, la historia íntima de los anhelos que ahora abren á mi paso el camino de la esperanza.

II

El despertamiento de mi alma al amor, como si trajese consigo un sello doloroso, ha brotado entre contrariedades y lágrimas. Quiero conservar aquí hasta los más pequeños incidentes de este alumbramiento.

Hace pocos días, la señora Zegada, una antigua conocida mía á la cual presté muchos años atrás mis servicios profesionales en un asunto judicial, me presentó á una amiga suya, la señora Adela Velazquez-Derteani, que trataba de deducir una gestión de mucha importancia ante los tribunales, para lo cual buscaba un letrado que pudiese inspirarle toda confianza. Mi antigua cliente habíale dado informes tan favorables respecto de mi persona, que mi nueva conocida no trepidó en hacerme el depositario de sus secretos, á la vez que el defensor de sus derechos.

La primera vez que habló conmigo la señora Velazquez no pudo hacerme una relación franca de los antecedentes de su causa, temerosa de que su asunto llegase al oído de personas extrañas que frecuentan mi bufete, por lo cual me pidió una entrevista reservada en su propia casa, después de mis horas ordinarias de trabajo. Seis días hace concurrí á su llamado, no poco deseoso de conocer el delicado asunto sobre el cual procuraba guardar tanta reserva. Cuando arribé á su casa, mi nueva patrocinada me recibió en un saloncito alejado de las habitaciones más centrales del edificio. La pieza estaba amueblada con gusto, notándose, sin embargo, algunas disonancias en el mobiliario; á primera vista se conocía que muchos objetos habían sido reemplazados con desventaja, como si se hubiesen llevado fuera los más valiosos para dar lugar á otros de menor importancia y boato. Esto me hizo pensar que la situación de la señora Velazquez no debía ser del todo desembarazada, y que, acaso, el asunto que la condujo á buscar

mi patrocinio debía versar sobre negocios mercantiles que se tratara de encubrir para ocultar el mal estado pecuniario de su casa.

Mi cliente me recibió sola, me invitó un sillón próximo á un sofá de seda azul descolorido, en cuya extremidad se sentó con vacilación y recelo. Un largo silencio se siguió á las primeras frases de etiqueta; indudablemente temía revelar á un extraño todo lo que guardaba en su cerebro; tal vez era la primera vez que sus labios iban á hacer revelaciones que se ligaban íntimamente con su suerte. Durante estos momentos de incertidumbre pude examinar detenidamente los rasgos de su fisonomía. ¡Qué atrayente me pareció á la rígida claridad de la luz de gas que iluminaba la estancia! Debía contar cuarenta años de edad, pero la frescura de su tez y lo esbelto de su cuerpo hacían de ella una mujer joven, capaz de despertar una pasión ardiente en el corazón de quien contemplase de cerca sus hermosas facciones. Mi cliente poseía un rostro criollo, de color pálido sonro-

sado, iluminado por dos ojos negros, de mirada intensa y firme; su nariz fina y recta denunciaba el origen puro de su raza, y sus labios, un tanto gruesos y rojos, revelaban energía de carácter, cierto temple de espíritu lleno de altiva dignidad. El conjunto de su busto, con el cabello recogido en un gracioso nudo negro y undoso, asemejábala á las cabezas de las estatuas griegas por la gracia y la armonía de las líneas.

Un solo rasgo que apercibí en su semblante me hizo sospechar que aquella mujer no debía considerarse feliz ni estar del todo satisfecha de su suerte; observé que sus negras y finas cejas se plegaban con frecuencia formando una arruga pronunciada en la base de su blanca frente; en vano procuraba evitar la aparición de aquel signo, como si temiese dar á conocer lo que había en su alma al través de la delatora huella; el rasgo surgía de pronto y persistía, dando á sus ojos una expresión de tristeza, de desencanto, de malestar indecible; la sonrisa que hacía ródar por su labio estudiadamente no po-

día alejar aquel signo tenaz trazado, sin duda, por preocupaciones internas.

—La señora Zegada, me dijo en voz baja procurando dar una entonación suave á sus palabras, la señora Zegada, una de mis amigas más íntimas, me ha hablado mucho de V. dándome á conocer sus méritos y su rectitud como abogado; confiada en la recomendación tan entusiasta que me ha hecho, y que creo muy merecida por parte de V., me he atrevido á llamarle á mi casa para darle á conocer asuntos de... de familia, que es necesario definir cuanto antes y que me veo en la necesidad de revelar á V. para que me auxilie con sus consejos....

Agradecí el elogio que de mí se hacía y después de un breve diálogo de cortesía agregó:

—Un abogado es un sacerdote de la ley; esto lo he oído decir muchas veces á mi padre, que era letrado y que desempeñó durante largos años altos puestos en la judicatura; así, pues, yo bien sé que para que V. pueda darme sus consejos debo referir todo cuanto pasa en esta

casa, al parecer dichosa, pero de la cual hace mucho tiempo ha huído la paz y la felicidad. Sé que es V. un cumplido caballero, su semblante me dice que V. es un hombre honrado; estoy segura que nada saldrá de su labio y espero de sus luces una decidida protección.

—Señora, no necesito protestar á V. mi reserva; en cuanto á mi auxilio, si alguno puedo yo ofrecer, todo es suyo ahora y cuando V. necesite de él.

Mi cliente adquirió alguna confianza, procuró tomar una posición reposada en su asiento y después de ensayar algunas palabras, como buscando los términos más propios para expresar sus ideas, habló así:

—Hace cerca de veinte años contraje matrimonio con mi esposo Federico Derteani, por el cual había concebido el afecto más hondo, llegando hasta á preferirlo á otros jóvenes de su edad que solicitaban mi mano. Le amaba ardentemente; no sé si él correspondía este amor con tanta intensidad, aunque así lo juraba; raros, muy raros son los hom-

bres que se casan por afecciones del corazón; los más buscan la fortuna, la juventud, el apoyo de familia, la... en fin, se casan por cálculo, por deseo, á veces por vanidad. Tenía en favor mío el atractivo de una buena dote; hija única, debía heredar y heredé más tarde los bienes de mis padres, que si no eran cuantiosos, bastaban entónces para sustentar una vida holgada y ajena á toda privación, pudiendo haber constituído hoy día una sólida fortuna por el alto precio que han adquirido los campos de pastoreo, que en su mayor parte constituían mi herencia. Mi esposo no trajo bien alguno al matrimonio; tampoco era hombre de carrera, como se dice generalmente de los que poseen un título profesional; pero poseía cierta reputación de inteligencia, que yo me la exageraba á mis propios ojos; tenía cierta locuacidad que le había hecho merecer el calificativo de "hombre de porvenir"; esta frase había llegado á infatuarle desmedidamente; considerándose superior á cuantos le rodeaban, juzgaba las más graves cuestiones con

cierto tono de autoridad que realzaba su aparente genio ante el común de las gentes que lo ignoran todo. Esta infatuación, á la vez que ambiciones sin límite le encaminaron al campo de la política en el que ha vivido encerrado, cayendo y levantando, sin llegar nunca á la altura de sus deseos á causa de la veleidad de su carácter. V., señor Neltson, debe conocerle en este órden más que yo.—Los primeros años de nuestro enlace fueron tranquilos; no podré decir felices, porque el carácter dominante de mi esposo no conciliaba con los hábitos que yo había adquirido, mimada por mis padres. Mientras éstos vivieron, el sosiego de mi hogar y las comodidades de la vida no me han faltado. Seis años hace que murió el último de ellos, mi madre, ¡mi buena madre! cuya pérdida lloro incesantemente.

Al pronunciar estas palabras los ojos de mi hermosa cliente se llenaron de lágrimas; suspendió un instante su relato emocionada por este amargo recuerdo y luego continuó:

—Después del fallecimiento de mi ma-

dre entré en posesión de mis bienes, los que constituían un haber de importancia que me permitía vivir sin privaciones y que aseguraba á mis hijos el bienestar por ahora y para más tarde. Cuando recibí mi herencia, mi esposo exigió que le otorgase un poder sin límites, á pretexto de que, según la ley, solo á él le correspondía su administración. ¿Con qué derecho hubiera yo desconfiado del padre de mis hijas? ¿Quién mejor que él velaría por el acrecentamiento de una fortuna que le ofrecía el goce de todo género de satisfacciones? Midiendo su caballerosidad por la mía propia, no trepidé un instante y suscribí, sin escuchar la lectura, el documento por medio del cual le hacía árbitro de cuanto poseía. ¡Oh! estas generosidades, hijas de una educación elevada, suelen ser muy funestas, y á veces cuando se busca la reparación ya es tarde! Desde hace tiempo presiento que la miseria está próxima á llamar á mis puertas; esta idea me horroriza, me hace estremecer, no por mí, sinó por mis hijas... Sospecho que mi esposo

ha comprometido la mayor parte de mis bienes... casi podría decir, cómo y en qué... He procurado interrogarle acerca del estado de mi fortuna, pero él ha eludido darme una contestación franca; he tratado de asediarle, pero su permanencia en esta casa es tan rara y transitoria, el alejamiento en que vive de ella.... los escasos recursos con que atiende á mi subsistencia, todo me hace presumir que vamos descendiendo lentamente á donde yo no quisiera llegar...

Al terminar esta frase sus cejas se frunció con tenacidad y su mirada quedó inmóvil como si su espíritu todo se hubiese concentrado en la contemplación de un cuadro de espantosa miseria. De pronto se volvió á mi y me dijo:

—Tal es mi situación: ¿cómo podría recobrar la posesión de mis bienes? cómo podría yo ser la única administradora de ellos? Si mi esposo hubiese vendido algo...

—El esposo de V. no ha podido hacer enajenaciones sin el consentimiento de V., ni afectar sus bienes sin que V. lo cono-

ciese, á menos que se le hubiese facultado para disponer de ellos ámpliamente.

—Le autoricé para todo, para todo....

—En este caso solo habría un medio para que se impidiese la desaparición total que V. teme.

—¿Cuál?

—Pedir la separación de bienes.

—Y bien, ¿V. quiere pedirla, pedirla inmediatamente?

—Pero para esto sería necesario acreditar que su esposo malversa sus intereses, lo cual tal vez no ocurre.

Adela permaneció un instante meditando; después interrogó:

—Y si la malversación existiera, ¿recobraría yo la posesión de mis bienes excluyéndole de toda intervención en ellos?

—Indudablemente.

Trascurrió un momento de silencio: una llama sonrosada coloreó sus mejillas, y como si se avergonzara de lo que iba á revelar, se pasó la mano por la frente y dijo en voz baja:

—Señor Neltson, lo que voy á referir es muy doloroso para mí; yo sé que no

debo ocultarle nada en este malhadado asunto. Es tan amargo tener que descender á las bajezas de los hombres; pero yo no debo reservar nada... Si no lo dijera todo, ¿no es cierto que me perdería?...

—Cuenta V. con mi reserva, señora; por amarga que le sea esta revelación, ella es necesaria...

—Sí, sí, es necesaria... ¿Sabe V.? mi marido derrocha mis bienes traicionando el lecho de su esposa...

Aquella noble mujer no pudo resistir á la vergüenza que le causaba esta confesión amarga y se cubrió el rostro con ambas manos.

—¿Y sería posible comprobar esas dilapidaciones? interrogué friamente, tratando de llevar esta confidencia al terreno de una consulta jurídica para calmar su espíritu.

—¿Si lo sería? no lo sé, pero su traición, su deslealtad, la vida que hace... todo ha llegado hasta mí; él mantiene por ahí relaciones criminales que alimenta con el pan de mis hijos, con el fruto del trabajo de mis padres.... ¡Miserable! él,

que ha vivido de la abundancia de mi casa, no ha tenido escrúpulo para comprar con mi herencia los placeres más bajos, la deshonra de su nombre... ¡Miserable! ¡si V. supiera! sus infamias me tienen envenenada, me ahogan; no sé cómo le permito acercarse á mis hijas... Perdóne V., señor, este desahogo, pero V. no puede apreciar todo el odio que engendran esas traiciones villanas y repugnantes...

Adela había llegado á un grado de irritación extraordinario; su respiración fatigosa la impidió continuar con su relato; las palpitaciones de su pecho delataban que dentro de su corazón hervía una tempestad de celos, de odio, de desprecio por el hombre al cual había ligado su suerte. Levantóse de su asiento y penetró llena de emoción en una pieza vecina; luego me pareció escuchár algunos sollozos ahogados; después de un instante volvió á reaparecer con el ceño fruncido, los ojos húmedos y la mirada fija, dura, inflexible.

—Las pruebas, me dijo, reanudando

su consulta; yo tengo pruebas, yo se las daré á V.; yo le haré ver sus derroches, su relajación, la vida de desorden en que ha vivido y que sustenta con mi dinero... Señor Neltson, V. que dicen que tiene un corazón tan piadoso y tan noble, ¿me prestará su protección para libertarme de este hombre, para salvar el bienestar de mis hijas?

—Señora, si mi voluntad algo puede, cuente V. ahora y siempre con ella; es tan justa la causa de su indignación, tan legítimo el derecho que V. persigue, que me conceptúo feliz en poderle ofrecer mi auxilio, si algo vale en este desgraciado asunto.

—Gracias, gracias, luego le daré á V. datos que he reservado hasta este momento por una especie de vergüenza para conmigo misma... Lo que ahora exijo es que pída V. cuanto ántes la separación de bienes; ni un día más, ni un día más...

—Los deseos de V. serán cumplidos; mañana quedará iniciado este juicio, que deseo tenga para V. el más cumplido éxito...

Después de este diálogo dejé á mi cliente y algunas horas más tarde un nuevo juicio golpeaba las puertas de la justicia pidiendo amparo para una madre honrada y dos niñas inocentes, despojadas de su pan por la corrupción de su padre.

Jamás causa alguna me interesó tan vivamente, jamás sentí hervir dentro de mi alma mayor indignación, mayor deseo de venganza: la angustia de aquella noble matrona había afectado tanto mi corazón, que sin sospecharlo empezaba á odiar profundamente al para mí desconocido autor de sus torturas.

III

Pocos días despues acudía presuroso á casa de mi hermosa protegida obedeciendo á un urgente llamado suyo.

La noche era fría y lluviosa; el viento del sud azotaba con violencia los muros de los edificios y arrojaba con estrépito los hilos de agua que caían de lo alto so-

bre las paredes empapadas, y los pocos transeuntes que cruzaban la vía pública. Al llegar á la casa de Adela me sentí penetrado por la lluvia, quise detenerme en el portal, pero ella, que se había apostado anhelosa en una ventana próxima al descanso de la escalera, apercibió mi llegada y con voz firme me dijo desde la habitación inmediata :

—Pase V., Doctor; acá encontrará V. con que secar sus vestidos.

Penetré en la estancia, bonito cuarto de labor abrigado por una pequeña estufa. Adela me invitó insistentemente á que me aproximara á la lumbre para que rehiciese mis músculos helados, y luego se sentó en un sillón cerca del mío.

Apenas percibí su semblante comprendí que algo grave había motivado el llamado que me hizo; su tez sumamente pálida y sus ojos rodeados de una ojera marcada revelaban el insomnio y la preocupación constante.

—He molestado á V., me dijo, porque las cosas de esta pobre casa caminan de mal en peor. ¡Oh! si no confiara en V.,

si no esperase algo de su nobleza y de su ciencia, creo que me enloquecería.

— No desespere V., señora; la exaltación de su espíritu exagera demasiado los pequeños contratiempos que la rodean.

— Ah! nó; yo no me exagero nada; tengo un alma muy fría; pero escuche V. La demanda que tenemos iniciada ha exasperado á mi esposo terriblemente. Si hubiera presenciado V. la escena que ha mediado anoche entre nosotros! Contra su costumbre habitual permaneció en casa desde la tarde; estaba inquieto, escusaba dirigirme la vista y la palabra, limitándose á pasearse en la galería; comprendí que quería hablarme reservadamente y me resolví á esperar que él iniciase una explicación. Cuando mis hijas se hubieron recogido y quedamos solos, “sígueme!”, me dijo, encaminándose á su aposento; aquella órden imperiosa me hizo desconfiar y me mantuve quieta; viendo él mi actitud indiferente se dirigió hácia mí y repitió: “Sígueme, necesito hablarte!” Parecióme mucha cobardía

no seguirle. Cuando penetramos en su aposento entornó la puerta de salida y aproximándose á mí con el rostro encendido en cólera me dijo: — “¿Conque tú andas queriendo arrastrar por el suelo el crédito de tu marido, presentándole como un ladrón, ¿no es eso?”

—Escucha, repuse, escucha un instante.

—Ni una palabra, sé lo que vas á decirme; por lo mismo, no quiero escuchar nada. Te he llamado para darte á elegir uno de dos caminos; toda explicación es inútil; hace veinte años que nos conocemos y no nos hemos comprendido nunca; solo ahora podremos entendernos. Tú has iniciado una demanda en contra mía acusándome de dilapidación de tu fortuna, pidiendo entrar en posesión de tus bienes, ¿no es esto?

—Tengo derecho para ello, repuse, pon la mano sobre tu pecho y sabrás si te acuso en vano.

—Lo sé, lo sé, no tengo para que interrogar á nadie: ahora se trata de que tú elijas, no de que yo me disculpe; te

llamo para que escojas entre tu fortuna y tus hijas...

—¡Entre mi fortuna y mis hijas! ¿qué es ¡Dios santo! lo que tú quieres decir?

—Sencillamente, que si te entrego tus bienes, yo me llevo á mis hijas; elije! elije!

Estas palabras me helaron de espanto; comprendí la amenaza que entrañaban y quedé aterrorizada de tanta maldad. Un sentimiento de dignidad me dió coraje suficiente para dominar mi asombro y mi tortura, y contesté sin embozo:

—¡Ni mi fortuna ni mis hijas; eres tú quien debe salir de esta casa!

Estas palabras le encegucieron de rabia y se aproximó á mí en actitud amenazante; conocí su intento y adelantándome á él con firmeza:

—¡Tente, cobarde! le dije, desventurado de tí si llegas á tocar un pliegue de mi vestido!

Mi resolución dominó su intento y se detuvo con las manos crispadas y los cabellos erizados de despecho. Luego, recobrando lentamente su aparente sere-

nidad, balbuceó sonriendo con una ironía indescriptible:

—Bien! bien! esposa mía, es decir que estás por la guerra dentro de tu propia casa; la tendrás, la tendrás, amarga y cruel; que no llegue un día en que llores tu torpeza y tus celos... No me pidas compasión, porque no la encontrarás nunca!

Se dirigió luego á la puerta de salida con el sombrero en la mano y agregó con fingida galantería:

—Adiós, señora, queda V. en su casa...

Honda impresión causó en mi ánimo el relato de Adela; aquel rompimiento debía ser funesto, por pocos estragos que causara; solo yo podía comprender hasta dónde llegaría la venganza del esposo despedido con tanta severidad y rudeza. Es cierto que su proposición había sido mezquina, ruin; la pobre Adela no la pudo soportar sin legítima indignación; pero su altivez la había llevado muy lejos.

Durante un largo instante me miró insistentemente como queriendo leer en

mi semblante lo que juzgaba en mi conciencia, y contrariada por mi serenidad estudiada, me interrogó con avidez:

—¿Qué piensa V., Doctor, de estas cosas? ¿Sería capaz ese hombre de arrebatarme mis hijas?

—No le será fácil, pero esta situación ha sido muy violenta.

—Ya lo sé, he sido algo cruel, al fin era mi esposo, el esposo que tanto amé en mi juventud, á quien entregué mi alma, mi corazón; cuanto yo poseía. ¿Por qué se ha cambiado todo, Dios mío! ¿por qué se ha llevado toda mi ternura? ¿por qué se deleita en mi martirio...?

Dos gruesas lágrimas nublaron sus ojos, apoyó su redondo brazo sobre el colchado del sillón y dejó caer su hermosa cabeza sobre su mano pequeña y temblorosa. Yo permanecí mudo ante su desahogo; habían tanto gérmenes de tempestad dentro de aquel delicado corazón de madre que me parecía un sacrilegio interrumpir con mi acento la secreta expansión de dolor tan hondo. Algo como el contagio de su tribulación sentí pene-

trar en mi espíritu; por un instante recordé las angustias que amargaban las horas de mi vida, y considerándome ligado á aquella mujer por la fraternidad de la desgracia, cogí maquinalmente la mano que tenía abandonada en la extremidad de sus rodillas. Su abstracción debía haber sido profunda; estreché lleno de emoción sus delicados dedos y los retuve mucho rato entre mis manos sin que ella diera muestra alguna de recelo ó impaciencia. Largo tiempo permanecimos en aquel enajenamiento, silenciosos, sombríos, dejando escapar apenas el aliento de nuestra angustia y nuestro pesar oculto.

Por fin ella levantó la cabeza, y como si volviese á la vida después de un pesado sueño, retirando su mano tímidamente, me dijo:

—¿Cree V., Doctor, que haya ley que pueda arrebatarme á mis hijas?...

—Ninguna, repuse; la ley se pone siempre de parte de las mujeres honradas, de las madres virtuosas como V...

—¡Ah! pero he oído tantas quejas

contra lo que hacen los jueces, torciendo las leyes, que me estremezco de pensar que hubiese un juez que se prestase á servir de instrumento de venganza al odio de mi marido...

—Señora, es menester confiar algo en la justicia de los hombres. ¿Cuál sería el magistrado tan vil que se atreviese á desgarrar por interés el corazón de la más noble y pura de las mujeres?

—¿Entonces, piensa V. que mis hijas jamás serán arrancadas de mi lado, que yo seré siempre amparada por esa ley humanitaria y bendita?

—Lo creo; yo que conozco cuánta elevación, cuánta inocencia, cuánta virtud se encierra en esta casa, podría asegurarlo, á menos que los hombres tuvieran corazón de hiena...

—Que sus palabras sean una profecía, Doctor Neltson! Si V. conociese á mis hijas comprendería el delirio de mi amor por ellas; la vida sin su afecto, sin su mirada, sin sus caricias, sería para mí un suplicio. Tenga V. paciencia; quiero que sea V. su protector, su ángel tutelar, su

amparo en esta lucha donde nosotras, pobres mujeres, andamos siempre perdidas y ciegas.

Adela abandonó su sitial, penetró en las piezas interiores y momentos después se presentó acompañada de una joven y una niña. Tendría aquélla diez y ocho años y era tan delicada y bella como esas imágenes purísimas que en las horas de castos arrobamientos flotan en la imaginación de las almas soñadoras y nobles. A través de sus ojos grandes y negros se revelaba su alma límpida, cruzando apacible sobre el mundo, como esos arroyos transparentes que resbalan por entre las mullidas arenas de los bosques vírgenes. ¡Cuánta dulzura, cuánta intensidad de amor reflejaba aquella alma franca, serena y tierna! Toda la perfección de sus facciones parecía eclipsarse por esos dos luceros, más púdicos, más radiantes y más suaves que las estrellas de la tarde!

—Mi hija Hortensia, dijo su madre acercándola hacia mí para presentarla. Me incliné deslumbrado ante aquel en

sueño vestido de todas las perfecciones del ropaje humano y estreché con deleite su pequeñísima mano.

—El tirano de la casa, la indomable Matilde, agregó conduciendo á mis brazos una encantadora niña de cinco años, de largos cabellos castaños que caían en gruesos rizos sobre sus blancas espaldas. Aprisioné un momento su lindo rostro entre mis manos y creí sentir el latido de un impulso paternal en mi corazón. Cuánta inocencia, cuánta vida, cuánta felicidad había en aquella cabecita de ángel, convertida por el afecto y el mimo en dulce déspota de su amorosa madre!

Hortensia ocupó el sillón que había dejado Adela frente al mío: me miró insistentemente como si tratase de reconocer una fisonomía que ella había visto alguna vez.

Cruzamos algunas expresiones vagas y después de adquirir esa familiaridad de lenguaje que sigue á una presentación de etiqueta, me dijo:

—Me parece haber visto á V. en alguna parte.

—Lamento no tener tanta fortuna, repuse.

—¿Ha estado V. alguna vez en Montevideo?

—Hace cerca de un año...

—¿Conoce V. la quinta de Cabestani?

Esta pregunta hizo sacudir las fibras de mi corazón violentamente y resonó en mis oídos como el estallido de un trueno cercano.

—La conozco, dije maquinalmente.

—Una tarde de primavera recorría con mi madre aquellos alrededores y creo ví descender á V. de un carruaje, en compañía del Dr. de la Vega.

—Es cierto.... ¿Era V. sin duda la joven que iba en un coche que precedía al nuestro?

—Eramos nosotras; ¡qué tarde tan hermosaaquella! Cabestani tiene una hija muy bella; V. debe conocerla mucho; hizo V. una visita muy larga á la familia...

—Sí, fuí por negocios... cuestión de pleitos...

—De pleitos... V. iría por el suyo, dijo sonriendo maliciosamente.

Qué doloroso me era aquel diálogo provocado inocentemente por los labios de esa niña que derramaba tanta felicidad en torno suyo! Y sin embargo, el acento de sus palabras llegaba á mis oídos como una melodía arrobadora; entre el deleite y la tortura no sabía qué apetecer, si su silencio compasivo ó el eco de su voz que rozaba la cicatriz del dolor que guardaba mi alma.

—Mi pleito, dije procurando evitar este escabroso tema, era entónces como son todos mis pleitos, cosas de la tierra, siempre reducidas á números. Después de aquella tarde no he vuelto á pisar la casa de Cabestani.

Adela dirigió una mirada á su hija como diciéndola: no apures la paciencia del señor.

Disipada con el silencio la luz de este recuerdo doloroso para mí, mi espíritu quedó absorbido en la contemplación de Hortensia. Su figura delgada y llena de gracia se destacaba entre el fondo sombreado de la pieza como una creación ideal modelada por el arte helénico; cubría

su seno un pañuelo blanco de abrigo que caía en amplios y marcados pliegues hasta su delgada cintura y su traje celeste claro descendía dibujando vagamente sus bellas formas hasta la extremidad de su pié pequeño é inquieto. Un poderoso influjo me atraía á ella; en vano procuraba volver los ojos para desasirme de su imperio; mis pupilas no podían negarse el sublime gozo de verla, abarcarla en toda su belleza y envolverla en las ondas de su regazo impalpable. ¡Cuánta no soñada felicidad sentía al contemplarla! parecía que la naturaleza misma se regocijaba en aumentar mi deleite con sus contrastes. Dentro la estancia ardía en la estufa la rojiza lumbre; sus llamas amarillentas palpitaban como los anhelos de mi corazón, crujían los carbones encendidos al entregar al fuego sus entrañas y se deshacían en chispas blancas que apagaba el sorbo constante de la chimenea. Una atmósfera de paz, un aire templado y embelesador me envolvía en éxtasis somnolente mientras el viento parecía entonar una vieja canción

de amor en las rendijas de las puertas; afuera, la lluvia golpeaba los cristales de las vidrieras como si viniese transida de frío á mendigar abrigo á nuestro lado, junto á esas llamas oscilantes, remedo de las pasiones que abrasan el corazón humano. Jamás había sentido emoción más grata y que guardase mayor armonía entre mis sensaciones físicas y mi arrobamiento moral. Hortensia acababa de despertar en mí ese sentimiento excelso que duerme en el alma y en el cuerpo de la criatura hasta el día en que los sentidos y el corazón encuentran el ideal mil veces forjado en el persistente yunque del ensueño. La contemplación de aquella mujer joven tenía mi pensamiento suspenso, mecido entre los blandos brazos de la imaginación cariñosa y me dejaba llevar de sus halagos, anhelando que aquel momento de felicidad sentido fuese una eternidad sin límites...

—Mamá, ¿por qué te lagrimean los ojos? preguntó la pequeña Matilde con su voz infantil, mirando á su madre. Estas palabras me hicieron caer bruscamente

de mi hermoso cielo á las realidades de la tierra; todo el drama de familia en que debía ser, acaso, víctima Hortensia, reapareció de golpe en mi cerebro, y entre las insinuaciones de mi amor naciente y las bajezas de los hombres me pareció que una mano de hierro, que un brazo vigoroso me arrebatava para siempre aquel supremo ensueño de mi vida; mis manos se cerraron maquinalmente como si quisiera aprisionarla para defenderla entre mis brazos, y sentí que una onda de sangre que llegaba de todas las venas de mi cuerpo venía á dar fuerza á mi corazón jadeante y tembloroso.

Un breve diálogo entre Adela y su pequeña hija dieron espacio para tranquilizar mi ánimo; luego me separé de aquel regazo de amor donde mi alma acababa de nacer á una nueva existencia hasta entonces desconocida para ella. Hortensia me alargó su mano al despedirme y no pude resistir á la satisfacción de oprimirla suavemente, creyendo, en mi delirio, que el fuego de la pasión que me embriagaba llegaría á encender su

corazón indiferente. Al pasar el umbral de la ancha portada del edificio me pareció que mi alma había quedado amarrada á los piés de aquella inocente niña; ¡cuán doloroso me era alejarme de ese rincón de la tierra en el que había encontrado el tesoro escondido de la luz de la fé que hace amar tanto la vida!

La lluvia caía á torrentes, el cielo gris claro, como el globo del ojo de un ciego de nacimiento, envolvía con su paño sombrío todo cuanto se encerraba dentro de su inmensa túnica. Con qué armonía cadenciosa llegaba el ruido del agua á mis oídos! qué dulce serenidad, qué sublime quietud encontraba en aquella bóveda monótona que amamantaba la tierra con la leche de su robusto seno! ¡Qué hermosa, qué bella se mostró á mi espíritu esta estrecha cárcel del mundo donde se arrastra gimiendo la larva humana! El amor me reconciliaba con la naturaleza muerta, así como había despertado mis sentidos á las fruiciones del ideal y el sentimiento!

IV

El drama que divide la familia de Derteani empieza á tomar un curso sombrío. Cuando la lógica de la previsión me obliga á escudriñar lo que puede traer el porvenir me estremezco de la suerte que haya de caber en esta lucha á mi propio corazón! Si el padre de Hortensia lograra engañar á la justicia y arrojar una sombra de duda sobre su esposa la pobre niña sería arrancada del lado de su madre, y entonces ¡qué impenetrable muralla se levantaría entre mi amor y ella!

Entre su padre y yo se ha abierto un abismo que nada logrará salvar; mi nombre aparece protegiendo la causa de su esposa; es decir, la causa del desdén que le profesa, la causa de la inculpación de su conducta, la de la reprobación de toda su vida liviana y corrompida. Ese hombre debe afilar el puñal de su odio para clavarlo contra nosotros dos... ¿Qué podría esperar yo el día que la justicia extraviada pusiese bajo su tutela exclusiva á su

inocente hija? No sé si el dolor de esta horrible injusticia, ilusoria ahora, pero no imposible, torturaría más cruelmente el corazón de su propia madre ó el mío propio; su venganza sería completa; podría atormentar mi alma con todo el refinamiento de los espíritus pequeños y ruines que se deleitan azotando con la ortiga del sarcasmo las más delicadas flores del afecto humano. Y ella, si es que en el trascurso de tiempo que frecuento su casa ha empezado á comprender mi amor, y tal vez llegado á amarme, ella también caería envuelta en la común venganza!

Estas ideas me lastiman el cerebro; en vano intento recharzarlas de mi mente, alejar toda sospecha, confiar en la rectitud de los hombres; su imperio es tan poderoso, su persistencia tan tenaz, tan implacable que en mis arrobamientos más dulces surge de pronto, se adueña de mis ideas y me oprime lentamente, cierra la luz á la esperanza, me envuelve en la sombra del recelo y me sofoca y me ahoga, sujetando mi corazón á este infierno que siento abrirse en mis entrañas!...

Estos presentimientos no son hijos de la fiebre da mi imaginación; el pleito sobre separación de bienes ha entrado en su más crítico período; se hace necesario justificar las dilapidaciones del esposo de Adela y los testimonios ofrecidos no arrojan entera luz hasta este momento; las aserciones formuladas permanecen aún en el vacío; los datos sugeridos por Adela empiezan á salir fallidos; todo cuanto llegó á sus oídos como hechos positivos y ciertos se desvanece ante las investigaciones judiciales. Hay algo, sin embargo, innegable: la corrupción de Derteani, su infidelidad; pero esto, que hasta la sociedad lo conoce y lo sabe, es necesario acreditarlo con hechos reales ante la inflexibilidad de la ley. ¿Dónde encontrar la huella palpitante de sus faltas? parece que este vacío fuese fruto de una confabulación difícil de revelarse. Y mientras tanto, el tiempo corre impasiblemente, los términos de la ley se estrechan y ¡ay! de nosotros si llega la última hora sin que mi pobre defendida haya logrado acreditar las dilapidaciones de su esposo!

Un nuevo y grave suceso viene á aumentar la duda y á complicar este nudo de pasiones innobles y sentimientos sublimes. Hay momentos en que me siento acobardado, en que juzgando toda la irritación del presente tengo invencible miedo á lo venidero. La revelación que acaba de hacerme mi defendida ha llegado á aumentar mis desconfianzas. La pobre Adela se ha formado una tan alta idea de mi competencia profesional, que se considera segura contra todo contratiempo con solo darme á conocer los incidentes que agitan desde poco tiempo hace su existencia.—Al caer la tarde acudí á fortalecerla en su quebranto, alarmado con rumores que llegaban hasta mí, trasmitidos por su buena amiga la señora Zegada.

Al estrecharle la mano comprendí todo lo que debía decirme; sus ojos llorosos y preñados de espanto, un estremecimiento nervioso y continuo revelaba la intranquilidad de su alma; después de saludarme en breves términos, frunciendo el ceño, me dijo:

—¿No sabe V., Doctor, lo que ocurre?
Las cosas toman un camino horrible...

—Hable V., señora, y no se acobarde
con las cosas de la justicia.

—Es que V. ignora lo que pasa.

Miró á todos los lados, como si temiese ser escuchada, y luego me dijo secretamente:

—Mi marido ha pedido el divorcio.

—¡El divorcio!

—Sí, hoy fuí llevada casi violentamente ante los jueces y luego tuvo lugar una entrevista; toda conciliación fué imposible; lo que más me amarga es que ignoro cómo pueda él entablar este juicio...

—¿Pero en qué se funda para pedir esta ruptura matrimonial?

—¿En qué? había tantos cargos contra mí, tantas acusaciones veladas, que yo no comprendía bien, pero cuyo alcance medía, á pesar del artificio, dejándome desorientada y confusa...

—Pero V. confesó algo...

—Nada, nada; lo negué todo, le enrostré su relajación, el abandono de su

familia, su crueldad para conmigo terminando aquello en medio de una agitación que la siento hervir en mi cabeza como una terrible pesadilla...

Era indudable que el esposo de Adela había fraguado una infame maquinación con el designio de desviar el juicio sobre separación de bienes y atormentarla arrancándola sus hijas. En cuanto mi razón se dió cuenta de esta intriga me estremecí por las consecuencias venideras. Adela notó mi conmoción y como si leyese en el fondo de mi cerebro, me dijo toda alarmada:

—¿No es verdad que esto es terrible?

—No lo creo tanto, repuse, tratando de llevar á su espíritu toda la tranquilidad que faltaba al mío.

—¿Y por qué se ha estremecido V?

—Es que hay cosas que indignan, que irritan tanto!.... yo no puedo soportar estas miserias de la vida sin inmutarme. Pero el caso no es de trascendencia; Derteani quiere amedrentar á V. y es menester demostrarle que V. no se alarma con supercherías. ¿Qué motivos po-

dría alegar él para pedir el divorcio? Solo por medio de la calumnia lograría encaminar este juicio descabellado y ruinoso para él.

—Esto es lo que me digo á mí misma: ¿qué motivos puede alegar por su parte? ¿No es cierto, Doctor, que yo me alarmo demasiado con estas amenazas?

—Ah! sí, mucho, mucho; V. está garantida por sus ejemplares virtudes, señora.—Entre tanto, nuestro pleito necesita caminar más ligero; ¿ha obtenido V. algo de positivo?

—He recogido noticias que me consuelan: un antiguo encargado de mis negocios me ha hecho esperar que no es difícil tomar el hilo de lo que buscamos...

La conversación continuó largo rato sobre este tema, siendo interrumpida por el arribo de un personaje desconocido para mí.—Adela me presentó al recién llegado. Era éste un hombre como de cincuenta años; de fisonomía arrugada, sin barba alguna, color amarillento y cabellos canosos.—Hacía muchos años que conocía á mi cliente, según expuso, á la

cual había prestado sus servicios profesionales como escribano. Adela le invitó á sentarse enfrente mío, permitiéndome esta circunstancia estudiar sus facciones. —A primera vista sentí una profunda aversión por mi nuevo conocido; creí encontrar, á través de su rostro tranquilo é hipócrita, una alma disfrazada, falsa, pero hábil para ocultar todas sus maldades. Sus ojos grises le delataban inexorablemente; su mirada, unas veces vibrante y ágil, lo escudriñaba todo con la rapidez del relámpago; otras dejaba caer friamente sus párpados con reposo y adquiría una expresión de beatitud y humildad extraordinarias. Lo que despertó mayor desconfianza en mi ánimo fué la cobardía de sus pupilas; jamás se atrevían á mirar de frente, como si sospechase que detrás de aquellos dos puntos de color dudoso se iba á leer todo lo negro que había en su conciencia. Astuto y ejercitado en una larga práctica, era indudable que engañaba fácilmente á los espíritus confiados y sinceros empleando un lenguaje suave, sumiso, sal-

picado de máximas morales al alcance de las más mediocres inteligencias.

Adela, llevándome bajo un leve pretexto aparte, me hizo saber que su conocido era el poseedor de los datos relativos á las dilapidaciones de su marido y que deseaba escucharle en reserva, como él lo había solicitado. Alejóse á una pieza interior en su compañía mientras Hortensia, llamada por su madre, venía á despejar las nubes de mi alma con la luz de sus ojos.

Era esta la vez primera que me encontraba solo con mi amada; al contemplarla me creí indefenso, como un pajarillo cogido en la liga, temeroso de que fuese á sorprender todo lo que había en mi corazón para ella; mi emoción era infinita!, había llegado ese apetecido instante en que el labio puede traducir todo lo que siente el alma; pero ¡cuánta desconfianza había en mi espíritu! ¡qué grato me sería arrojarme á sus piés para revelarle mi infinito amor!; mas ¡ay! cuán amarga podría ser aquella revelación sincera si mis palabras no encontraban

eco en su corazón, acaso ajeno al sentimiento que me embargaba! Durante largo rato cambiamos breves palabras, yo dominado por mis anhelos y mis desconfianzas, ella absorta en pensamientos que no me eran conocidos.

—Reflexiva está V., la dije, tentando romper este fatigoso silencio.

—Mucho, repuso, ¿pero de qué otro modo podría estarlo yo?

—¿Hay algo que pudiera atormentar su alma de ángel?

—V. no lo ignora. Ya debe V. saber lo que ha ocurrido hoy con mi madre.

—Episodios de los pleitos... peripecias pasajeras...

—¡Pasajeras!... si supiera V. qué miedo he tenido cuando llevaron á mi madre al tribunal y después supe que mi padre quería divorciarse...

—¿Qué temor puede abrigar su virtuosa madre contra cualquier intriga?

--Esto es lo que yo no sabría explicarme: he oído decir que una causa de divorcio es asunto tan terrible....

— Deseche V., Hortensia, esas vanas

desconfianzas; á la edad de V. todo parece espantoso ó sublime porque aún no se conoce el camino de la vida.

—Por eso tengo tantos recelos; ¿qué sería de mí y de mi pobre hermana si nos separaran de mamá?

—Lo que V. teme nunca llegará á realizarse; para impedirlo, sacrificaría mi vida, si necesario fuese...

—¡Su vida! no diga V., Daniel, esas cosas... Por ventura, ¿es V. dueño de lo que no le pertenece?

—¡De lo que no me pertenece! ¿No soy, pues, dueño de mí mismo? Pero ¿quién ha podido engendrar esta idea en su pensamiento?

—Casualidades..., dijo sonriendo con malicia.

—Noticias falsas ó equivocadas, repliqué un tanto desorientado por su mirada escrutadora.

—Calle V., si lo sé todo; para qué me oculta lo que quizá bien pronto sea del todo público...

—No sospecho á qué hace V. alusión...

—¿A qué? á negocios de... á su pleito... al pleito de su corazón...

—¡Oh! pero esta es una quimera! V. quiere apurar mi incertidumbre.

—No, no; creía halagar su oído, bañarle en agua de rosas, como decimos nosotras.

—Hable V., pues, que yo le revelaré hasta mi último secreto.

—¡Es posible! hasta su último secreto! ¿me lo promete V?

—Lo prometo, contesté conceptuando que aquel interrogatorio permitiría abrirle mi corazón sin reserva.

—Bien, principiemos por el principio, agregó conteniendo una risita, no sé si de curiosidad ó de celos... V. tiene su corazón aprisionado muy lejos de aquí.

—No muy lejos; más cerca de lo que V. se imagina.

—No, no, está bien lejos; yo tengo mis pruebas: yo también entiendo de cosas de abogados...

—Veamos esas pruebas, la dije deleitado con este embozado diálogo de amor.

—V. dejó su pensamiento entregado al cariño de una hermosa niña de cabellos rubios; en cambio V. se trajo el suyo... ¿No es cierto?

—Ni entregué lo que es mío ni me traje lo ajeno... V. quiere atormentarme!...

—No soy tan cruel. ¿Para qué esconde V. tanto su felicidad? ¿Teme V. que se la roben?

Hortensia volvió á sonreír y me pareció que sus mejillas enrojecían levemente.

—¡Mi felicidad! ¡Oh! afortunado de mí si yo la encontrara donde está ahora mi alma!

—No sea V. tan egoísta., si lo sé todo.

—Pero, ¿qué es lo que V. sabe?

—Al parecer poca cosa. V. conserva en la cabecera de su cama una reliquia... un ramito de pensamientos secos encerrados dentro de un lindo cuadro.

—Es cierto...

—Al pié del cuadro, hay una fecha y un nombre: el nombre de la hija de Capestani. ¿Quiere V. todavía más?

La relación de Hortensia me hizo pa-

lidgecer; los detalles que refería se prestaban á conjeturas de un posible compromiso, y ¿qué podía decirle yo para salvar su error? ¿le revelaría el amargo secreto que guardaban aquellas oscuras flores? ¿le diría todo lo que ellas habían presenciado, las lágrimas que arrancaron á mis ojos? Lo inesperado de esta escena me dejó confuso.

—Ahora, hable V., me dijo observando mi silencio; cumpla V. su promesa.

Mi situación no podía ser más difícil; había ofrecido abrirle los secretos de mi alma y no podía excusar esta confianza sin derramar en su corazón la sospecha de un amor correspondido, tal vez de un compromiso de honor que me enajenaría su voluntad para siempre. ¿Qué haría yo para alejarla de las sospechas que abrigaba? ¿Le revelaría la terrible escena con el padre de mi hermana? esto era rebajarme ante ella misma, mostrarme arrojado de la casa adonde había ido atraído por los vínculos de la sangre; esto sería presen-

tarme en toda la irregularidad de mi origen, en toda mi miseria y mi desgracia; me sentí turbado por la ansiedad y la duda y no atreviéndome á engañarla con una disculpa mentida, me limité á decirle:

—Todo cuanto V. sabe encierra una historia que solo podría revelarla á la amiga más íntima de mi alma, á la mujer que me compadeciese y me amase; no me pregunte V. más... Por piedad, no me atormente V. con estos recuerdos, si es que V. no ha de ser tan compasiva y tan buena que haya de compartir conmigo mis dolores... Si llega un día en que su alma caritativa haga míos sus pensamientos, mío su afecto, lo sabrá V. todo y comprenderá cuán distante de la felicidad está ese ramo de flores que yo guardo como un recuerdo del sepulcro...

Al terminar estas palabras Adela y su antiguo conocido penetraron en la estancia; el viejo curial se despidió ceremoniosamente, fijando al partir su mirada en mí como si procurara retener bien el sello de mis facciones.

—Este hombre es un prodigio! dijo

Adela con cierta complacencia; me ha dado muchas esperanzas; dejémosle obrar por su parte; no se precipite por ahora V., Doctor.

Los conceptos de mi cliente me quebrantaron un tanto; comprendí que empezaba á desconfiar de mi competencia y que se entregaba á aquel siniestro consejero; una espina que se hubiera clavado en mi cerebro no me habría causado más intensa impresión. Desorientado por este incidente creí prudente dejar á mi protegida en libertad para encaminar á su agrado sus asuntos y me retiré sin dar á conocer mi disgusto, llevando dentro de mi corazón y mi conciencia el veneno del desaliento y la duda.

V

Días después reanudaba estos vínculos profesionales, que yo creía casi rotos para siempre; Adela debía recoger en persona ciertos datos de decisiva importancia que comprobaban los derroches

de su marido. Con este motivo creyó necesario que yo interviniese en estas delicadas investigaciones.

Habíase presentado en su casa un desconocido corredor de pleitos, el cual le había prometido ponerla en relación con un archivero de informes secretos, que según expresaba, conocía todas las dilapidaciones de los hombres de la Corte. Mi cliente dió oídos al proponente y quedó comprometida á tomar los datos que precisaba, acudiendo á la casa del archivero. El corredor le manifestó que para mayor seguridad podía concurrir con su letrado, siempre que se procurase guardar reserva y á condición de que la cita se efectuase con cautela para no comprometer al dueño del negocio.

Ha sido menester el auxilio de tres diferentes noches para recoger datos de aquel vendedor de inmundicias ajenas. La primera vez que acudimos no fué posible hablar con nuestro hombre; después de una larga espera se nos dijo que tenía un grave asunto entre manos

con un alto personaje, del cual no podría desprenderse hasta muy altas horas de la noche. Fué menester esperar su llamado y acudir, como siempre, con cautela, penetrando en su casa más bien como si fuéramos á cometer un crimen que á buscar luz para la justicia. No sé qué instintiva repugnancia me causaba todo esto.

Nuestra segunda entrevista no fué más afortunada que la primera; logramos conocer á este dios de los secretos humanos, pero sus exigencias fueron tan desmedidas que no era posible asentir á ellas sin inmenso daño para mi protegida; por fin se fijó una cantidad prudente, que era menester depositar antes de la apetecida revelación.

Una nueva y última entrevista se hizo necesaria, en la cual el oro haría hablar aquel corazón de lodo y piedra. La suma convenida fué colocada sobre la mesa sucia que le servía de bufete; cuando el archivero vió cerca de sí el dinero, su semblante rojo y grasiento se puso amoratado de deleite;—cogió los billetes febrilmente,

como si temiese que se le escaparan de las manos; los contó varias veces, examinándolos detenidamente á la luz, y luego los aseguró bajo de llave en uno de los cajones de la miserable mesa donde, sin duda, consume mil iniquidades. Cuando se hubo cerciorado de que su secreto podía salir sin riesgo de aventuras, se sentó tranquilamente, abrió un libro de apuntes, mugriento y medio deshecho, y principió á tomar notas sobre un pliego de papel.

—Si V. lo permite, le dije aproximándome, puedo facilitarle el trabajo tomando los apuntes que se relacionan con el asunto que nos trae.

—Gracias, Doctor, contestó con voz melosa indicándome continuara en mi asiento; no se incomode V.; solo yo entiendo mi letra y mis referencias; fume V. tranquilo mientras yo recojo estos datos, que son tan claros como la luz.

—¿Se trata de informaciones? pregunté.

—No, de escrituras, contestó. ¿Cuándo vence el término de prueba en la causa de su patrocinada?

—Dentro de seis días...

—¡Ah! hay tiempo, suficiente tiempo. Es simple asunto de testimonios ó de certificados.

—¿Pero esas escrituras pueden probar actos de dilapidación?

—Perfectamente, acabadamente.

—¿Acreditando qué?

—Que el esposo de esta señora ha hecho donaciones de propiedades que le pertenecían en favor de... de... en fin de...

—¿De quién? preguntó Adela contrariada por esta reticencia.

—De sus queridas, contestó con todo cinismo el malvado.

Adela se cubrió el rostro con su pañuelo blanco de encaje y permaneció con la cabeza inclinada, mientras el archivero consignaba sus apuntes. ¡Cuánta vergüenza y cuánto despecho debían oprimir su corazón en presencia de estas pruebas de la infidelidad de su esposo!

Por fin terminó su trabajo; leí con detenimiento las notas consignadas en

las cuales se designaban las fechas de las donaciones, los nombres de las agraciadas y los registros en los cuales obraban estos actos escriturados. Cuando terminó su lectura respiré con íntima satisfacción; aquella simple hoja de papel debía devolver el bienestar á una mujer honrada, deshacer las calumnias de su esposo y asegurarle para siempre sus derechos de paternidad sobre sus inocentes hijas. Fué tanto mi placer y mi enajenamiento, que por un instante miré á aquel hombre repelente como el espíritu protector de la justicia y la desgracia; en medio de mi emoción no pude contenerme y le estreché la mano lleno de gratitud, considerando cuán inmenso bien hacía á mi corazón con aquella revelación salvadora.

Adela y yo respiramos el aire con febril ansiedad, como si en ese instante saliésemos de una estrecha y horrible cárcel después de larguísimo cautiverio; ella se despidió toda conmovida de alegría y descendió con cautela la estrecha escalera de aquella casa ófrica y sombría.

Cuando momentos más tarde nos reunimos en su casa, en medio de su regeneradora expansión, me dijo:

—¡Qué pobre cosa somos las mujeres! no sé por qué me hizo impresión tan desagradable la casa de aquel buen hombre; me parecía una guarida de criminales, creía que de allí no podríamos sacar nada bueno; ya ve Vd. mi engaño; ha sucedido todo lo contrario.

—Podríamos aplicar al caso, repuse, aquel adagio vulgar, “bajo de una mala capa....”

—Es cierto, agregó llena de contento, no hay pronósticos más ciertos que los refranes.

No quise dar á conocer á Adela la repugnancia que me había causado el tugurio del archivero; pero cuando penetraba en él y más tarde sentía los pasos de mi cliente ascendiendo sigilosamente la escalera, creía que aquella mujer inmaculada se manchaba con el aliento que se desprendía de las estrechas galerías y oscuros cuartujos. Una mezquina luz de gas alumbraba el humoso zaguán

y comunicaba su difuso resplandor á los angostos corredores laterales, envueltos en la sombra. Había allí una atmósfera pestilente, un resuello de pocilga que causaba náuseas. ¿Por qué el leguleyo había ido á esconder allí sus legajos? ¿Será que entre la relajación de las costumbres y los apetitos físicos existe una afinidad estrecha con la corrupción de la moral individual? Todo llevaba el aspecto de la degradación, del abandono y del vicio; los muebles de colores chillones, las paredes decoradas con cuadros impúdicos, la misma mesa de labor con su vejez descolorida parecía protestar contra cuanto la rodeaba, como si se considerara de una jerarquía más alta que había sido profanada, conducida allí imprevista y violentamente. Pero todo empezó á perder su desagradable realidad en presencia del resultado que acababa de obtener; de aquel conjunto deforme había salido un rayo de luz; de allí se había levantado de nuevo la esperanza perdida, cual si resucitase lozana de entre la podredumbre del sepulcro. El

nuevo sol alumbraría la tenebrosidad del drama que tocaba á su término y con su brillante claridad exhibiría ante el ojo de la justicia la monstruosidad de sentimientos, la depravación del hombre que había engendrado toda aquella tormenta. Pocas horas más y todo habría empezado á rodar sobre un lago tranquilo, lleno de los halagos más nobles del alma. La gratitud, la fortuna derramarían sobre el hogar de mi patrocinada sus más escogidos frutos y mi pobre corazón recogería, también, como gaje de tan cruenta lucha, el amor sincero de la más pura de las mujeres. Estas ideas acariciaron largas horas de la noche mi pensamiento; recliné mi cabeza enardecida sobre la almohada de la confianza y me dormí acariciado por sueños seductores con la tranquilidad de un niño.

VI

¡Loca y deleznable esperanza humana!
¡Sueño pasajero de un instante de confianza y de delirio! ¡candorosa consoladora

de las almas afligidas! tú no eres más que un anhelo de la desesperación, vana quimera forjada por la desgracia, fruto de la cobarde ceguedad de nuestro miserable espíritu! Todo aquel grato ensueño de una hora de alucinación frenética se ha disipado y deshecho ante la inflexibilidad de las realidades de la tierra! La causa contra Derteani ha sido fallada. La torpe justicia de los hombres no ha tenido luz bastante, y en su ceguedad ha cobijado al culpable y condenado al inocente! Aquella prueba recogida á última hora no fué más que una infame cábala, una explotación ruín, una estafa miserable! Las referencias eran inciertas y falsas: todos los detalles de aparente verdad con que se encubrían los informes pagados á alto precio, no eran más que una vil intriga! Derteani, entre tanto, ha exhibido la prueba de la enajenación de los bienes de su esposa, enajenación que aparece hecha por ella misma hace algunos años. Esto ha sido obra suya, perseguida con tenaz y paciente habilidad; el infame ha ido desnudando cautelosa-

mente á su confiada consorte, poniendo bajo el amparo de la ley estos robos consumados sin fracturas ni puñal.

Adela ha recibido la amarga nueva con indignación profunda; su primera impresión fué de despecho contra la pequeñez de la justicia humana; después se han sucedido en su ánimo sensaciones amargas y angustiosas; la miseria delante de ella y más allá lo que tanto ha temido: la privación de sus derechos de madre sobre sus idolatradas hijas. Esos temores tienen, por desgracia, alarmantes precedentes. ¿Qué se puede pensar de la penetración de los jueces después del fallo que la ha declarado despojada de sus bienes? Y dados los precedentes de este juicio, en el cual la acusadora resulta como acusada de despilfarros, ¿qué puede esperarse en el juicio de divorcio que con tanta tenacidad prosigue su inhumano esposo? La pobre madre, como devorada por un presentimiento, se cree condenada y perseguida y el cuadro de la separación de sus hijas la amarga y la atormenta sin descanso. ¡Horribles es-

tragos los de los dolores morales! En pocas horas la lozanía de esta mujer, la firmeza de su alma han sufrido una transformación completa; su espíritu se ha amilanado por el quebranto y su rostro adquirido los rasgos de una recóndita dolencia.

La pobre Hortensia llora las desdichas de su buena madre sin darse aún cuenta clara de lo que este primer contraste puede traer consigo. Solo mi corazón podría decirla todo lo tenebroso, lo cruel que guardan los días del porvenir; solo yo puedo medir lo espantoso de este drama en que el honor y el alma luchan á brazo partido con la maldad y las arterías del cálculo.

¡Sublimes irrisiones del destino! Como si para martirizar mi alma no bastase esta catástrofe, un nuevo incidente viene á perturbar la intranquilidad de mi conciencia.

Una asidua confidente de mi madre, la señora Montiños, ha estado á verme: penetró en mi cuarto toda impresionada é inquieta y me tomó la mano entre re-

celosa y dominada por una secreta alegría que procuraba ocultar á mis ojos.

—Chiquito mio, me dijo usando la expresión familiar con que siempre me ha tratado, te traigo una nueva que no esperas, pero que es menester sepas aprovecharla á tiempo; tu padre se halla gravemente enfermo, su mal no será largo; los años que pesan sobre él y su debilidad física no le permitirán levantarse más de su lecho. Esto es muy grave para tí; ha llegado el momento en que es preciso que te decidas entre la probeza en que vives ó la opulencia á que puedes llegar heredando su valiosa fortuna. Tú has sido hasta ahora un loco, un niño, negándote á una reconciliación de familia; tu orgullo infundado ha podido privarte para siempre de los caudales que él ha acumulado y que quería poner bajo de tu administración; pero todavía no es tarde, aún puedes reparar tus errores, dejarte de quijoterías, acudir á su lado y endulzar sus últimos momentos con tus cuidados y cariño filial. Piénsalo bien, chiquito mio;

estas cosas se presentan una sola vez en la vida: no vaya á ser que llegue un día en que te arrepientas de tu terquedad y llores tu desdicha y la desdicha de tu pobre madre, de cuyo lado vives distante por no sé qué preocupaciones de tu loca cabeza. Deja tus escrúpulos de mojigato y acude á ofrecer tu amor de hijo á ese pobre viejo, en sus últimos momentos. Sabe, chiquito mio, que su alcoba está asediada por tus hambrientos tíos, más hábiles y menos soñadores que tú. No lo olvides; el tiempo es hilo que se gasta de prisa y á veces se rompe de pronto;... no vaya á ser que cuando tú llegues sea tarde!...

¡Qué torbellino de ideas levantaron en mi cerebro estas palabras! Mi primer pensamiento fué para Hortensia; la riqueza llamaba á mis puertas en el momento mismo en que la miseria acababa de penetrar en el seno de la familia de Adela, haciendo en mi amada una de sus víctimas. Yo podía con un acto de humildad entrar en la posesión y el goce de una inmensa fortuna. Estaba, pues,

en mi mano conjurar la tormenta que azotaba el hogar de la mujer que había derramado en mi alma los tesoros de la fé y de la esperanza. ¿Renunciaría yo á recoger lo que la suerte colocaba en mi camino, lo que el destino ciego venía á poner empeñosamente en mis manos para hacer mi felicidad llenando de bienestar la casa desnuda y afligida de la pobre Adela? ¿No podía yo devolverle la paz y la alegría que se habían alejado de ella? ¿No podía, también, deshacer con puñados de oro las redes que su depravado esposo tendía para comprometer su honor y destrozarle el corazón arrebatándole sus hijas? ¡Bienes de la tierra! ¡doradas arcas de la fortuna! vosotros sois el poder, la paz, la felicidad, el honor entre los hombres! á vuestro influjo todo calla, todo cede, todo se humilla, todo se prosterna y rinde! vosotros sois fuerza que crea, germen que engrandece, luz que purifica, que lo ennoblece todo! vosotros sois palanca que impulsa y hace rodar á su capricho la pesada mole de tierra! alma, corazón y fuego que tras-

forma á la vil criatura humana en ángel, en demonio, ó en Dios! ; Venid á mí, dadme vuestro poder y vuestra magia, halagad mi oído con vuestra armonía sonora y adormézcase mi dolor al ruido melodioso de una catarata de luciente oro desprendiéndose interminable de la ignorada fuente de la abundancia! ¿Por qué negar al alma los supremos deleites de la vida? ¿por qué condenarse á esta horrible esclavitud del trabajo y de la miseria? ¿Por qué sofocar los impulsos del corazón, oprimirle, torturarle, robándole el poco de bien que mendiga incessantemente á la helada puerta de la conciencia inflexible? Huid de mí locas vanidades del orgullo humano! ; Vosotras sois veneno que abrasa, gusano que roe las paredes del corazón, maldición eterna que condena á la mendicidad y la rabia! Lejos de mí vuestra ciega lójica, vuestras quimeras de honor, de dignidad, de noble sacrificio....!

Un instante de resolución, un momento de imperio sobre estos impulsos rebeldes del alma y todo habrá cambiado. Me

llegaré al lecho de mi padre, tomaré su mano entre las mías para besarlas cariñosamente, velaré su sueño y su dolor y me arrodillaré, si necesario fuese, para mendigar perdón por mi soberbia pasada... Y él lo perdonará todo, escucharé sus tiernos reproches con humildad filial, y lo perdonará todo, lo olvidará todo; después me llamará muy cerca de sí y me hará depositario de su fortuna, de su oro, ese oro del cual yo debo ser único dueño cuando sus ojos se cierren para siempre... y se cerrarán bien pronto! ¡Pobre padre mío! Tú has abierto el camino de mi felicidad con tu compasiva palabra de perdón. Después... sondearé el corazón de mi amada y le encontraré rebosante de amor por mí; yo habré devuelto la tranquilidad á su madre, su bienestar, su propia dicha; ¡cuánta gratitud habrá en aquella casa en la que como un Dios de bendición habré disipado la sombra de la miseria y del dolor sin término! Hortensia compartirá conmigo todas las horas de su vida; todos sus pensamientos, todos los latidos de

su corazón serán míos; en torno nuestro girarán los goces de la tierra ofreciendo á nuestro capricho sus más escogidos frutos, sus más dulces placeres, sus más regaladas armonías. La envidia humana morderá por fuera, me señalará con el dedo, me llamará el heredero bastardo, el afortunado que fué á asechar el lecho de su padre para arrebatarle su fortuna en las puertas de la eternidad!... dirá esto, dirá mucho más... ¿qué importa? ¡La vida será para mí, entretanto, un goce continuo, un vaso de felicidad saboreado entre mi corazón y los labios de Hortensia!

.
¡ Vanos delirios de la adversidad y la duda! ¿Por qué vosotros también acrecentáis con la embriaguez voluptuosa de vuestras quimeras fugitivas las ansiedades y la tribulación amarga de mi alma? ¡Disipe la luz de la razón estos sueños de mentida felicidad, este extravío de mi pensamiento acobardado, y vuelve á lucir ¡oh tú!, serena luz de la conciencia que guías caritativa é impasible la debilidad de la criatura humana sobre el áspero camino de la vida!

VII

Las funestas consecuencias de esta desdichada contienda empiezan á hacer sus estragos.

Adela ha tenido que resignarse á dejar sus comodidades de la ciudad, trasladarse á un pueblecillo de campo y enajenar los últimos restos de su pasada opulencia. Una parienta de alma compasiva le ha cedido una pequeña casa abandonada, en la cual ha ido á establecerse en compañía de sus dos hermosas niñas; este oportuno auxilio ha sido para ella un bien inmenso; el aire libre y puro de la campiña dará nuevo vigor á sus músculos enflaquecidos y macilentos y la distraerá de las preocupaciones que trabajan su espíritu.

El litigio sobre divorcio continúa; mi pobre amiga no ha querido darme ninguna participación en él; ¿desconfiará de mi rectitud ó de mi ciencia en vista del mal éxito obtenido en la causa que encaminé contra Derteani? Esta idea me

hace inmenso daño; no quisiera que el concepto en que me tenía antes de ahora empezase á decaer ante sus ojos; lo sé bien: acabaría por conceptuarme como el autor de su desgracia. Una sola expresión suya me ha hecho sospechar que algo guarda su cerebro en este orden; pocos días hace, en el curso de un diálogo que sosteníamos en presencia de Hortensia, en el cual procuraba yo tranquilizar su ánimo respecto al resultado del juicio, se escapó de su labio esta frase: “ Qué dichosa sería yo si las cosas pudiesen volver al mismo estado que tenían antes de que V. me conociese ”. ¿ Era este un reproche? No quiero persuadirme de ello; si yo diera cabida en mi ánimo á esta idea me consideraría como el autor de las angustias de Hortensia, como el autor de mi desgracia propia. Y luego, la estimación que Adela me dispensa, los desahogos de que me hace confidente ¿ no son una revelación bien clara de que no he perdido nada en su afecto y simpatía? El pleito de divorcio lo encamina su antiguo conocido, aquel viejo curial

de su confianza. ¿Será que al desligarme de esta nueva lucha ha querido ahorrar nuevos sinsabores á mi alma, bastante combatida con las contrariedades pasadas? ¿Habrá leído, acaso, en mi semblante el amor que abrigo por su hija y tentará evitarme el odio de su esposo desligándome de una causa ruda y apasionada para salvar mi corazón de entre esa amarguísima lucha? No lo sé, pero esta abstención me entristece y me alarma. Yo debería tomar una parte decidida en esta última contienda, porque en ella se juega mi corazón y el corazón de Hortensia, vinculados ahora eternamente por un juramento sagrado.

Dos dias hace me trasladé al pueblito donde ha fijado su residencia; la casa que habita, aunque antigua y ruínosa, es alegre y pintoresca; sobre los muros plomizos del edificio, formado de gruesas paredes de adobe y techado con tejas cubiertas de liquen, se cuelgan amplias enredaderas como si quisieran preservar de su total ruina aquellos firmes protectores á cuya sombra brotaron sus flexi-

bles y extensas ramas. No hay en todo aquel conjunto de arquitectura colonial ninguna labor de arte, nada de atrayente; solo el lujo de la naturaleza vegetal ostenta por do quier sus galas de aspecto casi salvaje.

Mi visita, como de costumbre, fué larga y siempre amistosa. A la caída de la tarde, cuando el crepúsculo había sepultado los últimos despojos de su sudario en el abismo del occidente emprendimos una excursión á las márgenes del río, poco distante de aquella casa solariega y escondida entre bosquecillos sombríos.

Adela iba apoyada en el brazo de su buen amigo el médico del lugar, excelente anciano retirado del mundo, que vive embelesado en las plantas de su jardín y atendiendo caritativamente á las gentes de los contornos. La pequeña Matilde caminaba tomada de la mano de su madre y Hortensia y yo les seguíamos de cerca.

La senda que encamina á la ribera está guarnecida á ambos lados por hileras de viejos sauces á cuyos piés rastrean plantas acuáticas alimentadas por las al-

tas mareas y continuos rebalses del rio. Largo rato seguimos aquella silenciosa y dormida alameda á cuyo término concluye toda vegetación y se muestra en toda su grandeza el ancho rio y la inmensa extensión del cielo. Adela y su compañero buscaron cómodo descanso en un banco de arena cubierto de césped, en tanto que Matilde retozaba sobre la rosada playa.

Mi amada y yo nos sentamos sobre el robusto tronco de un sauce derribado por las excavaciones de las aguas, cuyas ramas verdes y lozanas tocaban de rato en rato nuestras espaldas. ¡Cuánta muda poesía, cuánta belleza grandiosa se ostentaba en aquella serena noche! Las blancas olas del rio llegaban cerca de nuestros piés, lamían las arenas de la costa y retrocedían como jugueteando consigo mismas, yendo á perderse luego en el seno uniforme de las corrientes lejanas; el cielo azul, sin una nube, limpio y trasparente como un disco inmenso de cristal ostentaba millares de puntos blancos y chispeantes, remedando una ater-

ciopelada tela sobre la cual la mano de la fortuna hubiese derramado caprichosamente puñados de escogidos diamantes; la luna se alzaba en el confin del horizonte tranquila, levemente sombreada en su fondo, derramando sus blancos rayos como serpientes de plata sobre las dormidas aguas é imprimiendo una solemne majestad á la naturaleza muerta. Algunas ráfagas de viento húmedo y fresco llegaban hasta nosotros, sacudían nuestros cabellos, mecían las ramas é iban á espirar lejos en un prolongado suspiro.

Aquella serenidad, aquel himno grave que escuchaba mi alma embelesada daban aliento á mi espíritu desconfiado, parecían reprochar mi cobardía y mi silencio. ¿Cómo podía yo permanecer mudo al lado de mi amada en medio de la elocuencia con que las voces de la materia hablaban al corazón y á los sentidos?

—Cuán pocas almas, dije mirando el infinito, pueden deleitarse en la sublimidad de esta hermosa noche.

—¿Por qué no todas? me interrogó Hortensia con intención.

—Porque solo las almas correspondidas saben gustar el placer de la contemplación de la naturaleza.

—¿Acaso V. no ha encontrado aún quien pueda hacerle saborear esto que V. admira?

—No lo sé; ¿podría acaso ser tan venturoso que encontrara una alma compasiva que pagase mi amor con el suyo?

—¿Y por qué desconfía V.? ¿Por qué no inspiraría V. un afecto semejante al que se despertase en su corazón?

—Hortensia, sus palabras son para mí una esperanza. ¿Cree V., pues, que pueda yo merecer la dicha de encontrar en la tierra esa alma compasiva capaz de acoger los sentimientos de la mía?

—Lo creo... Dígame V., agregó como deseando cerciorarse de un hecho que no conocía, ¿nada ha dejado su corazón á la otra orilla de este río?

Comprendí su alusión á la hija de Capestani, objeto de sus continuas reticencias.

—Nada, la dije, nada; de allí solo traje el más amargo desencanto, el hastío de la

vida; en cambio, poco tiempo hace encontré en mi camino el alma que yo buscaba, la imagen viviente de la mujer que muchas veces había visto en mis sueños....

—Alguna vez me ha prometido V. referirme la historia del ramito de violetas que puso en sus manos la hija de Cabestani; ¿fué, pues, ella la causa de su desencanto y de su hastío?

—Ella; pero ignora mi desdicha.

—¡Esto es misterioso!....

—Día vendrá en que V. quizá coñozca esa historia....

—¿Y por qué no ahora....?

—Porque ese secreto solo puedo revelarlo á la mujer que comparta conmigo su felicidad ó su desgracia.

Hortensia fijó sus ojos en el espacio absorbida en su pensamiento y luego interrogó:

—¿No es, pues, esa una historia de amor?

—No, repuse; secretos de familia....

—Pues bien, hable V., yo se lo pido, yo se lo ordeno...

— La hija de Cabestani, dije domi-

nado por aquella voz dulce que me hacía entrever una revelación de amor, la hija de Cabestani es mi hermana.... materna...

—Ahora comprendo todo...

—Aquella hermosa niña no podía darme lo que anhela mi corazón, lo que absorbe mi vida, lo que encierra para mí un cielo de felicidad eterna. ¡Hortensia! yo no podía implorar de mi hermana lo que solo V. puede concederme...

La joven inclinó la cabeza doblegada por la agitación de su espíritu y permaneció en silencio con los ojos velados por la inocente castidad del rubor.

—¿Será V. tan compasiva que pueda mi alma encontrar consuelo en el fondo de su corazón de ángel? ¿Mereceré yo algún día el premio de su afecto, la esperanza de una unión eterna?

Al decir estas palabras tomé su pequeña mano entre las mías y alentado por su silencio la besé con religioso deleite. Hortensia levantó su hermosa cabeza y fijó en mí una mirada de indecible ternura.

—¿Es pues cierto, la dije, que mi amor

ha encontrado un eco en su corazón?

—Le ha encontrado....

—¿Y esta atracción de nuestras almas, este lazo que anuda nuestro pensamiento, será duradero, inquebrantable y eterno, en medio de la prosperidad como en la desgracia, no es cierto?

—Eternamente, repuso.

¡Con qué armonía dulcísima llegó á mi oído esta promesa! ¡Cuánta luz, cuánto vigor y cuánto fuego hizo brotar en mi organismo todo! ¡me sentí rejuvenecido como si una mano invisible hubiese deramado en mis entrañas los gérmenes regeneradores de la vida, del ideal y de la fuerza! Había por fin saboreado una hora de felicidad infinita en medio de los pesares sin tregua de mi existencia! ¡Ahora llevaba para la lucha toda la fé del corazón, todos los estímulos del amor, un espíritu más que me daría valor y firmeza en los contrastes, consuelo y fortaleza en la adversidad!

Pero ¡ay de mí! aquella mujer amada era objeto de una secreta intriga, un medio de venganza destinado á destrozar

el corazón de su madre. ¡No! yo sabré romper las redes del crimen, protegerla y salvarla, defendiéndola como la mitad de mi propio ser, como el refugio consolador adonde ha ido á albergarse mi alma!

VIII

¡Qué larga y qué penosa es esta peregrinación sobre la tierra! Como si el mundo moral estuviese sujeto á las leyes fatales de la materia, todo se desgrana y deshace en polvo ante la lógica invencible de sucesos ignorados que surgen secretamente á su hora y se imponen incontrastables á la impotencia de los hombres! La previsión más serena no alcanza con toda su artería refinada y su prudencia cautelosa á penetrar en el vientre oscuro de lo venidero!

Este drama doloroso, entre cuyos lazos se halla aprisionado mi corazón, toca á su término siniestramente. Si mi

espíritu no obedeciera á los poderosos estímulos de la compasión y el amor abandonaría los acontecimientos á su propia corriente y me envolvería en el sudario de la disolución y el abandono. Si no hubiese tenido ocasión de sondear hasta las últimas profundidades de la perversión humana las peripecias de esta lucha me parecerían el fruto de la conjuración del mal alzándose victoriosa para hacer desaparecer á los pocos mártires del bien y de la fé.

Un nuevo episodio complica y agrava este pugilato sustentado bajo el manto protector de la justicia. Adela se ha presentado repentina é inesperadamente en mi propia casa, arrojada á mis brazos por una ola piadosa del torrente que la arrastra. La pobre madre venía acompañada de sus hijas, como queriendo resguardar su honor con el escudo de su inocencia al penetrar toda desolada hasta el retiro de mi propia alcoba.

--¿No lo sabe V.?, me dijo trémula y desfigurada por el asombro, la causa de divorcio acaba de fallarse....

—¿Y bien?

—¡Eso es horrible! ¡una maldad de los hombres!

—Hable V., señora, hable V...

—Se ha declarado el divorcio...

—¿Pero fundado en qué?

—¿En qué? ¡oh Dios mío! no lo va V. á creer, porque esto es inicuo, horrible!

—Diga V., señora...

—¡Justo cielo! es posible que tanta iniquidad habite sobre el mundo!...

—Señora, una sola palabra, compadezca V. mi angustia; ¿por qué ha podido pronunciarse este divorcio?

Adela me miró con tal dureza que me pareció ver en sus pupilas el extravío de su razón; luego me dijo con energía:

—¡Por adulterio! y se desplomó deshecha en amarguísimas lágrimas.

La pequeña Matilde que había presenciado este diálogo cuya significación no alcanza aún á comprender, aterrorizada por el dolor de su madre, prorrumpió también en llanto. Dolorosa armonía de aquellos desahogos! La pobre Adela lloraba la inmolación de su honor perdido

por la calumnia, en tanto que su inocente hija cedía inconscientemente al pesar de su atribulada madre!

Hortensia y yo nos miramos con espanto abrumados por aquella palabra que había caído en nuestros oídos como la fulminación de un rayo. El cuadro horrible que tantas veces ví alzarse en el fondo de mi exaltada imaginación se mostró de nuevo con toda su angustiosa deformidad... Todo había concluido! el marido de Adela le arrebatara sus hijas, las separaría de su lado para siempre!... ¡para siempre! Hortensia cedería al brazo de la ley, sería arrancada del hogar materno y conducida lejos, donde yo lo ignorase, donde no pudiera volver á escuchar su voz dulcísima, la respiración de su aliento, donde no volviese á sentir más los latidos de su corazón! ¡Oh! esto era el colmo del martirio! ¡la mutilación más ruda de las afecciones humanas!

Largo instante quedé abismado en la sombra negra que envolvía mi espíritu; mis ideas amedrentadas por aquel repentino choque perdieron su firmeza y

su unidad y las sentí aletear en el vacío de mi cerebro como indefensas aves dispersadas por el fuego de la tormenta. ¡Qué degradantes son estos amilanamientos de la conciencia! toda la grandeza de la razón humana cae de su pedestal de diosa y se arrastra indecisa y cobarde como mezquino reptil aprisionado en el estrecho horizonte de sus torpes tentáculos! Una mirada llena de ternura y de dolor de Hortensia volvió la luz á mi pensamiento y me tornó á las angustias de la tierra.

Cuando Adela hubo recobrado un tanto de serenidad, me llegué á su lado y la interrogué sobre aquella funesta nueva.

— Todo es como lo he dicho, me dijo con voz nerviosa y seca, él no ha podido engañarse ni engañarme.

— Pero ¿quién ha logrado conocer esa resolución reservada y secreta?

— ¡El! Cetriz, mi apoderado...

— ¿Y V. ha visto el texto de la sentencia?

— No; ¿para qué? me basta saber el resultado...

— Sin embargo, es menester conocer

los detalles de este juicio infame, la trama de esta calumnia para deshacerla y castigar al calumniador...

—¿Crée V. que esto será posible? ¡Oh! no, no, no me engañe V. con esta nueva esperanza, ¡Dios mío! sería imposible ante la maldad de los hombres!

—¡Imposible! ¿por qué desespera V., señora, en la hora del dolor que más firmeza y resignación demanda?

—Porque la debilidad y la miseria no encuentran jamás reparación en la tierra.

Había en las palabras, en la mirada, en todos los accidentes de aquella afligida mujer tal expresión de desaliento y de terror que llegué á temer hubiese causado lo agudo del pesar una lesión funesta en su cerebro. Era necesario hacerla vislumbrar la esperanza de una reparación inmediata, derramar en su alma toda la fé que había huido de ella y fortalecer su corazón, aun cuando fuese preciso irritar los apetitos del odio y de la venganza.

—Los errores de la justicia no son inmutables, la dije, mientras más cruel

sea para V. ese fallo que tanto la amedrenta, tanta mayor probabilidad existe de comprobar su parcialidad y su extravío. No entregue V. á la desesperación su espíritu, mi buena amiga.....; su cobardía y su quebranto serían interpretados por la maledicencia como signo de su culpabilidad.....

—¿Llegaría tan lejos la perversión de las gentes?

—¡Oh! ¡sí! la corrupción humana se ceba hasta en las lágrimas de la inocencia; hay pesares que es menester encerrar en lo más hondo del corazón, ocultarlos á todas las miradas, cubrirlos con la risa de nuestros labios. Hay contrastes que es necesario afrontar con serenidad y altivez, desafiarlos y luchar con ellos firmemente para humillarlos y rendirlos. Alce V., amiga mía, su frente altiva é inmaculada para continuar en esta ruda batalla en la que se juega su honor y la felicidad de sus hijas...

—Sería posible destruir toda esa infamia, aniquilar y extinguir todo lo que han hecho esos inhumanos jueces?

—Lo será; si V. al penetrar en su conciencia encuentra que jamás el lecho de su esposo fué manchado por una infidelidad, su inocencia calumniada puede perseguir los hilos de esta criminal intriga, descubrir toda esta infernal maquinación y hacer pesar sobre los asesinos de su honra todo el rigor de las leyes humanas!

—¡Ah! ¡Doctor! si esa reparación no fuera una vana quimera, sería inflexible, inexorable en mi venganza; es tan profundo el mal que me han hecho, pueden ser tan espantosos sus estragos que no pagarían con todo el encono de mi odio la inmensa desolación en que han sumido mi alma!

Después de un momento de silencio, interrumpido por sus sollozos, se incorporó en su asiento y dijo presa de una violenta excitación nerviosa:

—¡Esta situación es horrible! tengo tanto miedo que no me creo tranquila en mi propia casa;... irían allí y me arrebatrían mis hijas, ¿cómo podría yo defenderlas? ¿Sabe V., Doctor? yo no

encuentro más que un camino de salvación...

—¿Cuál?

—Huir, alejarme cuanto antes; ¿dónde? yo no lo sé; pero no puedo permanecer ni un solo instante ni aquí ni en mi propia casa.

—El recurso es extremo; agravaría V. su posición y su causa; ¿olvida V., señora, que solo huyen los culpables?

—¡Oh! es cierto! ¿pero cómo salvar ¡Dios mío! á mis hijas y salvarme á mí misma?

—Afrontando todo lo que venga, mostrándose superior á cuanta amargura caiga sobre su noble corazón. Mi buena Adela, en esta dolorosa peregrinación no está V. sola, tiene V. toda mi voluntad, toda mi sangre para defenderla y ampararla en todos los contrastes...

Hortensia con sus ojos llorosos me miró llena de gratitud; bien comprendía que las desgracias de su madre eran hondos quebrantos para mí, y ella que hasta entonces se había encerrado en su

dolor silencioso, alentada por mis palabras me dijo con su dulcísima voz:

—¿No es verdad, Daniel, que V. podrá deshacer esta maldad? ¿que V. no nos abandonará nunca, nunca?

—¡Nunca! contesté emocionado por la súplica de la mujer que tanto amaba.

Persuadí después á Adela que volviese á su solitaria casita de campo, mientras yo me imponía de los antecedentes de este juicio para destruir la trama que lo formaba. Al separarnos, un raudal de lágrimas cerró la triste escena como si presintiéramos que aún no había saciado la desgracia su ávido diente y que debíamos resignar largo tiempo la cerviz á sus rudos flagelos.

IX

Una molesta incertidumbre se había ido apoderando de mi ánimo durante la escena que acababa de pasar. ¿La acusación de adulterio contra la madre de

Hortensia sería una calumnia, como yo la suponía, ó era una odiosa realidad? Mi conciencia no podía asegurarlo; ¿conocía yo, acaso, la vida pasada de la hermosa Adela? Mi amistad con ella databa de hacía muy poco tiempo; las rivalidades con su esposo, que tomaron forma definida mediante mi intervención como letrado ¿no serían consecuencia de viejos rencores, hijos de alguna desventurada debilidad por su parte? Estas ideas mortificaban mi cerebro, me hacían concebir por momentos un penoso drama de familia oculto á mis ojos; pero bien luego la voz del amor, la imagen de su hija inmaculada disipaban mis desvaríos y la pobre Adela volvía á reaparecer rodeada de la aureola del martirio, pura y limpia como la había conocido yo, virtuosa y desgraciada como acababa de verla salir de mi humilde casa.

¿Qué misterio encerraba, pues, aquel humillante juicio que la privaba del más sagrado dote que dignifica y eleva á la mujer, á la madre y á la esposa? Era necesario ver el inesperado fallo, palpar

el filo de esa cuchilla moral que la hería en mitad del corazón y del alma. Yo me había constituido en su protector más firme, había jurado á mi amada consagrar mi paz, mi vida, mi reposo á la redención de su madre escarnecida y solo podía conjurar sus desdichas penetrando en el secreto de ese proceso en cuyo desarrollo Adela no me había dado intervención alguna. ¿Por qué me excluyó de la más grave de sus querellas? ¿era desconfianza, temor ó vergüenza? ¿era culpable, acaso, y quería esconder á mi penetración sus traiciones al lecho nupcial? ¿Por qué había entregado la defensa de su honra en manos de aquel viejo leguleyo con quien no me había permitido ni una sola confidencia sobre este peligroso asunto? Todas estas vacilaciones, dudas y sospechas debía despejarlas el proceso; algunos minutos más y todo este misterio desaparecería para mí, permitiendo á mi alma tributar religioso respeto á la virtud calumniada ó compadecer á la mujer caída!

Aguijoneado por este oscuro descono-

cido me encaminé al Tribunal en busca de la prueba que debía rehabilitar á la madre de mi amada ante mi conciencia vacilante. Después de molestas evasivas y trabas curiales, logré, merced al prestigio de mis prerogativas profesionales, que el expediente llegase á mis manos. Cuando le tuve delante de mis ojos me estremecí involuntariamente como si me acobardara en presencia de la verdad; el examen de aquellas páginas iba á ser una autopsia moral: yo debía ir levantando uno por uno los velos que ocultaban los secretos de la vida de Adela; yo debía penetrar hasta lo más recóndito de sus afecciones y sus debilidades de mujer; de allí debía surgir para mí, mártir augusta de la perversión de los hombres ó débil criatura, impotente para resistir el halago pasajero de una caricia de amor profano!

Mi indecisión era invencible, no encontraba valor suficiente para penetrar en aquel abismo. ¿Ni cómo podría encontrarlo cuando aquellas amarillentas hojas podían ser un vaso de veneno para mi propio

corazón? Pero era forzoso hacer este último sacrificio por deber, por amor, por compasión hacia aquella desamparada madre, sumida en el dolor más hondo.

Abrí, pues, la primera página y la recorrí detenidamente con el corazón jadeante, como si después de cada línea fuese á encontrar la delación de su impureza, de su liviandad y de su lujuria; á medida que devoraba el curso del proceso mi angustia y mi recelo crecían y se hinchaban como una ola negra que amenazase ahogarme; por fin llegué fatigado y sudoroso á la última meta y ¡oh Dios mio! mis ojos leyeron un nombre amarrado á un crimen! Aquel nombre era el mio, aquel crimen era la seducción de Adela, la profanación de la esposa, la corrupción de la madre, la muerte de su honor, de su virtud, de su pureza!

Lo monstruoso de este aborto turbó mi vista; sentí que la hiel del odio se agolpaba á mi cabeza y hervía como espesa lava en la mitad del cráter! Una nube roja cubrió mis ojos y mis labios secos por la emoción sintieron sed, horrible

sed que podía solo aplacarse bebiendo sangre humana! Ahí, en mis propias manos tenía yo aprisionada la calumnia, hablando con su lengua de víbora, mordiendo con sus dientes empapados de veneno, cebándose en dos espíritus nobles, puros, impecados! Las rastrerías del crimen habían logrado revestirse con la túnica de la verdad, habían velado los ojos de la justicia y armado el brazo de la ley para hacerlo caer sobre un hombre y una mujer sin mancha!

La indignación que extraviaba mi pensamiento volvió por un exceso de despecho á dar firmeza á mi ánimo y valor al corazón. Quise seguir pacientemente todo ese largo y complicado nudo de infamias y recoger hasta el último despojo de lo que la venganza acumuló en aquellas hojas para saciar sus negras pasiones.

¡Qué inmundo engendro de ruindad y de degradación aquel! Todo lo que las más depravadas conciencias arrojan lejos de sí, todo lo más servil que se arrastra, se compra y se vende en el mercado de la venalidad humana había sido aglome-

rado para sustentar la calumnia. Delaciones impúdicas y falsas de sirvientes venales y perjuros; relatos de escenas lujuriosas y torpes, incidentes odiosos de familia, reyertas amargas entre esposo y esposa, todo se encontraba allí, se amalgamaba, se confundía y pululaba como el fango fermentado por la levadura de una fétida cloaca! La base de esta condenación estribaba en una intriga bajo cuyas redes caímos envueltos ciegamente la desventurada Adela y yo: en la cita á casa del supuesto archivero; aquellas secretas entrevistas nocturnas, preparadas con el cebo de informaciones en el pleito civil contra Derteani, no solo habían sido una estafa, entrañaban un designio más perverso y más ruin; tenían por objeto comprobar un adulterio ante los jueces. La casa del archivero era un lupanar público frecuentado por las mujeres perdidas y los rufianes. A ese asqueroso lodazal se nos había conducido con promesas falsas y exigencias desmedidas. Adela y yo habíamos sido intencionalmente seguidos en nuestras

excursiones; se nos había visto acudir separadamente y con cautela, ascender con sigilo la mugrienta escalera, penetrar en una pieza reservada y sola; se había visto entornar la estrecha portezuela y permanecer allí largos instantes; después habíasenos observado abandonar con reserva aquel burdel, ocultándonos á todas las miradas, tentando apagar el ruido de nuestros pasos para que no los apercibiese ningún oído. La prueba del adulterio no podía hallarse revestida de más evidentes caracteres; la confesión de este crimen no podía ser tampoco más solemne en presencia del silencio guardado por la parte de Adela. El viejo curial había enmudecido durante el curso del proceso, obedeciendo sin duda á su consigna, después de haber engañado á su confiada protectora. La justicia, sitiada por estos salteadores que tuercen la ley, había, pues, fulminado su fallo inexorable en medio de la tinieblas, condenando lo que á sus ojos traía la huella palpitante del crimen!

Al terminar la lectura de esta maqui-

nación infernal mi indignación no encontró límites, y colocando el proceso sobre la mesa exclamé dominado por el vértigo que me abrasaba: ¡Esta es una infamia! una calumnia miserable!

—No la podrá V. desmentir! dijo una voz cerca de mi oído. Volví el rostro y encontré en mi presencia á Derteani, al malvado autor de este crimen sin nombre; la rabia y el desprecio se adueñaron de mi espíritu; me aproximé á él, intenté humillarle azotándole con mi bastón á la vista de todos, pero creí que el contacto de aquel reptil me mancharía las manos é hice lo único que podía hacer: le escupí en el rostro! Derteani, ciego de cólera se abalanzó como una fiera hambrienta, pero le aprisioné entre mis brazos y le oprimí la garganta para sofocarle. ¡Oh! yo le habría ahogado, le habría muerto allí mismo si el gentío que nos rodeaba no hubiese corrido en su auxilio. ¡Qué gozo inmenso habría sido para mi alma sedienta de venganza verle exánime, muerto por mis propias manos como se

mata á los perros rabiosos, sin arrancarles una sola gota de sangre!....

Cuando Derteani se desprendió de mis brazos su lengua se desató en un torrente de viles improperios; sus labios se pusieron morados y de su boca destilaban hilos de espumosa baba; el brazo de la autoridad le sacó de allí casi arrastrado, con el semblante encendido y los ojos dilatados por el despecho. Al verle caminar tambaleante y frenético me pareció que los custodios de la seguridad pública acababan de amarrar una hiena!

X

¡Lo esperaba! El incidente con Derteani ha tenido el resultado que había previsto y que llena y satisface el hambre de mi odio: el miserable ha encontrado coraje bastante para mandarme sus padriños; desconfiaba, sin embargo, fuese capaz de este rasgo propio de los hombres de alma firme. ¿Que podía yo contestar á los solícitos mensajeros que ponían su ahijado al alcance del plomo de mis apetitos de

venganza? Les he contestado con la elección de los testigos que por mi parte debo llevar para garantir ante la ley lo que puedo conceptuar como un homicidio necesario á la sociedad. ¡Un duelo! Muchas veces he condenado esos pugilatos armados que consideraba como la sanción de un crimen que parece el retroceso de la civilización á la barbarie. ¡Oh! pero es necesario sentir dentro del corazón estos impulsos desesperados que piden justicia al esfuerzo individual, es preciso palpar el enardecimiento de la sangre que abrasa, que seca, que devora, inflamada por legítimos odios, para comprender el inmenso placer de este azaroso juego de la vida, único medio lícito que ofrece el deleite de una venganza pronta é implacable!

¡Dolorosa coincidencia! Esta para mi espíritu apetecida peripecia, acaso la postrera de mis turbios días, se liga y enlaza con los afectos más íntimos de mi corazón. Contra su costumbre, mi madre se ha acercado á mí, presa de la más febril ansiedad, y después de mirarme con

clureza como si quisiera enrostrarme alguna grave falta, me ha dicho empleando un tono imperioso y rudo:

—He procurado hacer llegar á tu oído lo que tú más que yo no debías despreciar: el próximo fin de tu padre, pero has permanecido indiferente, frío; yo vengo ahora á ordenar á mi hijo que cumpla con lo que mi voz le manda; pocas horas de vida quedan al hombre cuya sangre llevas en las venas y cuyos bienes te pertenecen. No respondas con una negativa, Daniel, porque labrarías mucho mal en esta casa! Anda y postérnate ante el lecho de tu padre moribundo!

La voz, la entonación, la mirada intensa de mi madre desconcertaron mi ánimo y mi labio contestó sumisamente:

—¡Iré, señora!

¡La muerte de mi padre! Esta es la primera vez que he sentido despertarse en mi corazón una emoción compasiva hacia él; ¿será este engendro de ese hondo temor que nace en el corazón del hombre al acercarse á las puertas de la muerte? ¿Será fruto de ese bajo egoísmo

que en la hora de la desgracia recoge como bienpreciado lo que antes desdeñó el orgullo? Pocos átomos más de arena caídos en la ánfora del tiempo y todo habrá concluído; aquella voz que tanto despecho concitó en mi espíritu ensoberbecido se extinguirá para siempre!... un instante, y sus ojos se cerrarán para no volver á abrirse más!... Y yo le habré dejado extinguirse sin recoger el último suspiro de su labio, el postrer resplandor de su pupila! ¡Oh! cuánta ansiedad y cuánta angustia! Pero ¿qué es, pues, lo que yo podría alcanzar ahora, yo que en medio de la plenitud de la vida me encamino más brevemente, acaso, hacia donde la extinción de las fuerzas llevan á ese pobre anciano? ¿No será este el llamamiento de la muerte para hacer bajo del sepulcro una reconciliación eterna que no pudo alumbrar el sol sobre la tierra? ¿Con qué valor me llegaría á su lecho de agonía ahora que necesito de todas las fuerzas de mi corazón para lavar mi afrenta y vengar la deshonra de la esposa impecada? No!

la mano piadosa de mi padre me arrebataría esta frialdad, esta entereza, esta serena indiferencia necesaria en la hora del más rudo sacrificio...

Siento en torno mío las seducciones de la naturaleza inclinando su abierto seno hacia mí para retenerme en sus brazos; deseos y temores, esperanzas y vacilaciones, todo esto que es savia que vivifica ó fuego que mata hiere en mi pensamiento y oprime mi corazón. Allá lejos se alza un hogar acongojado, una mujer amada, alma de mi alma, pendiente del hilo que me liga á la existencia; cerca, muy cerca de mí el problema de la vida ó de la muerte y tras de él, otro problema más sombrío: el del dolor sin lenitivo. Este próximo duelo es un suplicio horrendo. Si la fortuna encamina el brazo de Derteani, sobre mi cadáver aun insepulto cebará su rencor en la indefensa Adela y la destrozará el corazón arrebatándola la mitad del alma con la privación del amor de sus hijas! ¡Y qué funesto triunfo el mío si la ansiedad de mi odio queda satisfecha y la

muerte recoge el despojo de un espíritu perverso! No podría yo jamás acercarme al altar de los buenos á pedir la bendición del cielo para ligar mi alma á la de Hortensia, separada por un lago de sangre!

¡Ensueños del corazón! hondos dolores y afecciones nobles! dormid aquí en lo más frio de mi pecho ajenos á las voces de la tierra, mientras la rueda del acaso me devuelve indiferente á la lucha de la vida ó me encierra compasiva en el desconocido regazo de la nada!





ÚLTIMA PARTE

MEMORIAS ÍNTIMAS DE DANIEL NELTSON

I

Quelvo á abrir las páginas de este libro que hace pocas horas creía había mi mano cerrado para siempre. Al estampar en ellas las últimas emociones de mi alma me sentía suspendido entre el vacío de dos extremidades insondables: de una, la soledad desconocida y fría de la muerte, con su infinito oscuro, amedrentador y espantoso; de otra, esa soledad tumultuosa de la vida, sustentada sobre la ruina del pasado, lo inescrutable de lo venidero y la impasible realidad del presente. Y

sin embargo, ¡cuán frágil, y al propio tiempo, cuán arraigada á esta dolorosa esclavitud se siente la criatura al vislumbrar los bordes del abismo donde concluyen las agitaciones de la tierra y empieza el silencio de lo impalpable! Tienen las pasiones sus momentos de vértigo, que ciegan y extravían, ráfagas de humo densísimo entre cuya sombra giran, ruedan, se revuelcan y precipitan desbocados los ímpetus salvajes de la carne! Es necesario una impresión muy intensa y muy grande para que la conciencia enervada recobre su imperio sobre las locas tempestades del corazón y los sentidos. Después de todo lo que ha pasado me siento despertar como de un largo y amarguísimo sueño; ¡y cuán rudo ha sido este despertamiento! entre lo que queda atrás y lo que ahora me rodea, á veces deploro la inhumanidad de la suerte que me devuelve al hervidero tormentoso de la existencia!

El duelo con el padre de mi amada ni ha lavado la injuria impresa por mí sobre su rostro ni satisfecho la sed de mi ven-

ganza. ¡Entre cuánta ansiedad y firmeza, cuánta resolución y cobardía se ha desenvuelto ese pequeño drama conjurado inesperadamente.

Apartado y distante era el sitio designado para este combate librado á los caprichos del acaso; la noche envolvía la tierra entre su sombra y á su amparo me alejaba de la ciudad silenciosa, aplazado y atraído por una extrema imposición del honor. El carruaje rodaba sobre el empedrado de las calles desiertas, arrastrándose rápidamente; luego continuó deslizándose sin ruido sobre el lodo removido de las afueras, sacudiéndose por vías tortuosas y ondeantes, recorriendo una campiña informe, color sépia, que pasaba en torno mío como la cauda interminable de una esfinge fugitiva que iba á precipitarse en el seno sombrío del horizonte lejano. El vehículo detúvose en una pequeña explanada, después de largas horas de angustia, de lucha, de agonía, durante las que mi pensamiento se repartía entre los recuerdos de la vida y las excitaciones violentas de mi corazón.

Vagos resplandores de luz brotaban hacia el naciente entre los pliegues deshechos de nubes negruzcas cuyas extremidades iluminaban tintas amarotadas y rojizas. Hacia el ocaso, falta de calor aún dormitaba la savia en el tronco y las ramas de los árboles, prolongando su reposo esa quietud estática y fría que la noche imprime en la naturaleza muerta. A lo largo del camino y de sobre el cespèd de los sembrados humedecidos por el rocío se desprendía ese olor vivificante de tierra mojada y hierba fresca, peculiar de las mañanas primaverales. Poco á poco este adormecimiento se convertía en palpitaciones, respiración y ruido, renovado por la luz del alba que llegaba serena y blanca, arrancando un inmenso rumor á toda aquella naturaleza poco antes doblegada y muda. Bajo cuán diversas y atrayentes formas se presentaban las seducciones de la tierra! Todo parecía atraerme, estorbarme el paso, reprocharme el sacrificio á que me ofrecía, cediendo á las preocupaciones de los hombres! En la extremidad amarillenta

del camino se mostró un carruaje que se encaminaba rápidamente como si temiese llegar demasiado tarde á una fiesta de bodas; detúvose luego al acercarse á la explanada donde esperaba con mis testigos y tres hombres descendieron en silencio de la negra caja. Eran Derteani y sus padrinos. Pocas palabras, las precisas á la escena que iba á desarrollarse, se cambiaron con los recién venidos; este mutismo que acompaña á la escena de un duelo tiene algo de sombrío y repugnante, como si fuese la perpetración de un crimen á sangre fría; entre el escaso grupo de actores hay siempre una víctima designada por el destino, un asesino que mata con aplomo y cuatro hombres que autorizan y dan fé de que el menos afortunado fué muerto en buena ley. ¡Prodigios de la civilización humana!

Las condiciones de este duelo eran por demás azarosas y desiguales; los testigos de Derteani las habían fijado y fué necesario aceptarlas sin observación: veinte pasos de distancia, una pistola cargada á bala, la otra vacía, elegidas á

la suerte por los duelistas. Se cumplieron las formas, se llenaron los detalles; al tomar la pistola que me cupo sospeché que mi deseo de venganza no había sido favorecido por la suerte; mi adversario llevaba la ventaja; así lo supuse, pero no desesperé. Derteani y yo nos pusimos frente á frente; un momento de silencio é inmovilidad absoluta; sonó una palmada, después dos tiros hicieron vibrar el aire y ambos quedamos ilesos.

Derteani se aproximó á sus padrinos pálido y desencajado; acerquéme al grupo y manifesté que no me daba por satisfecho, que era menester afrontar una nueva prueba; opusieron dificultades, siguióse un cambio de voces, y por fin fué menester ceder á mis exigencias. Mientras se cargaban las pistolas dirigí una mirada á mi adversario, que se sostenía disimuladamente del brazo de uno de sus padrinos; una palidez mortal cubría su rostro; al tomar por segunda vez una de las pistolas no pudo disimular su cobardía revelada por el temblor que agitaba sus miembros. Recogí el arma

que él me había dejado por esta vez creí sentir el peso de la bala en el fondo del caño, y en el momento preciso apunté serenamente á la mitad del pecho, seguro de atravesarle de parte á parte. Dos detonaciones sonaron de nuevo; ¡me había engañado! la bala de Derteani silbó cerca de mi oído, dejando de nuevo insoluble esta lucha desafortunada. Contrariado por esta parcialidad del destino, solicité una última prueba, pero los testigos de ambas partes desecharon la proposición calificando mi insistencia como un intento inadmisibile que pasaba de lo lícito á lo criminal; el desfallecimiento de Derteani, incapaz de resistir un tercer ataque, despertó en mí un sentimiento de compasión y de desprecio; su cobardía le presentaba á mis ojos vencido y humillado; yo no necesitaba más, era inútil derramar la sangre de aquel menguado que tan mal llevaba la figura de un hombre! Díle la espalda y resonó de nuevo á mi oído el ruido de la vida con una armonía dulcísima, como si saludara gozosa al viajero que vuelve de la región de la muerte!

II

La mañana se hallaba muy avanzada cuando me detuve en el portal de mi propia casa; el desvelo de la noche trascorrida, la tortura moral que me había atormentado durante tantas horas, el viaje emprendido precipitadamente, todo esto me traía rendido y quebrantado. Mi peregrinación, sin embargo, no había concluido. La señora Zegada me esperaba ansiosa y acongojada.

—Gracias ¡Dios mio! dijo al apercibirme, que le veo á V. sano y salvo! Pero ¿cómo ha sucedido todo esto?

—¿El qué? la interrogué, presumiendo que ignoraba el lance pasado.

—El desafío. ¿Piensa V. que esto no es cosa sabida de todo el mundo?

—¡De todo el mundo! ¿pero qué desafío?...

—El que acaba de pasar con Derteani.

—¿Y cómo lo ha sabido V.?

—¡Cómo he de saberlo! por los diarios de esta mañana...

—¡ Ah! maldita meticulosidad de las gentes de pluma! ¿Entonces lo ocurrido es ya público... conocido hasta en el último desván de los gañanes?...

—Todo, todo; solo que la noticia se ha dado un tanto velada y sin nombrarse personas : pero las alusiones las ponen en claro.

—Es decir que el honor de aquella buena madre anda arrastrado por todas partes y lo ajan todos los labios! Esto es desesperante!...

—La pobre Adela tampoco ignora lo que ocurre; si V. la hubiera visto cuando se presentó en mi casa ¡cuánta lástima le habría inspirado!...

—¿ Adela está, pues, en la ciudad?

—Esta madrugada llegó á refugiarse á mi lado; traía un diario en la mano en el que se daba cuenta de lo que pasó entre V. y Derteani en el Tribunal, y del duelo que debía haberse verificado entre ambos. Las niñas venían con ella; partía el alma escuchar el llanto de la pobre madre y de sus hijas;... el temor de lo que podía haber sucedido las tenía es-

pantadas... y luego, estos negocios de la justicia que llegan al mismo tiempo... ¡es cosa de perder el juicio!

—Los negocios de la justicia!... ¿pero qué cosas de justicia son esas?

—¡Qué sé yo! ayer fueron á notificar una sentencia á Adela y ella no quiso firmar nada sin que V. lo viese primero... Cuánto nos ha atormentado V. con su ligereza de genio y con su retardo! yo vengo ahora á pedir en nombre de mi amiga que pase á informarse de lo acaecido. Adela sin la protección de V. se cree perdida; es capaz de enloquecerse de temor y desconfianza.

—Me asombra lo que V. me dice... asuntos de justicia después de la sentencia de divorcio... ¿qué puede ser esto?... ¡Ah! lo sospecho; iré luego, que espere tranquila.

—De ningún modo, no me muevo de aquí si V. no sale conmigo: tengo que llevarle á V. en persona;... esperaré cuanto V. quiera.

No había cómo aplazar esta exigencia; á pesar de mi fatiga y postración me en-

caminé sin demora á tranquilizar el ánimo de mi protegida para alentar la esperanza de una próxima reparación.

Cuando Adela y sus hijas estuvieron en mi presencia comprendí lo hondo de sus celos y su miedo; durante algunos momentos me miraron fijamente sin acertar á pronunciar una sola palabra; temían, sin duda, que mi respuesta fuese la revelación de la desgracia que ellas preveían. Desconcertado por mi parte con la vista de mi amada, después del ultraje que inferí á su padre y que ella ya no ignoraba, no me atrevía á romper este silencio que parecía el anuncio de la temida catástrofe. Por fin la ansiedad hizo hablar al labio pálido de Adela:

—Diga V., hay alguna desgracia que lamentar?

—Ninguna, ninguna, repuse.

—Derteani...

—Ileso y salvo...

Hortensia y su madre dieron amplio desahogo á la respiración que habían contenido tanto tiempo en medio de su indecisión y su asombro. Una vez disi-

pada la negra nube que las oprimía fué menester ceder á sus mil interrogaciones y relatar los incidentes de este malhadado encuentro. En mi relación procuré amenguar la escena con Derteani en el Tribunal, temeroso de concitar en el corazón de Hortensia una invencible aversión en contra mía; al fin y al cabo era hija de aquel hombre y por muy ligada que se hallase á la causa de su madre, las voces de la naturaleza podían hablar más alto que las de un amor reciente, tal vez poco arraigado en su corazón.

Su absoluto silencio y sus miradas hurañas, al parecer desconfiadas, me hicieron comprender que en su ánimo se desenvolvía una lucha tenaz y angustiosa; su espíritu era quizá presa de dos fuerzas poderosas é incontrastables que dividían su pensamiento entre la pasión lozana y seductora del amor primero, y el afecto filial creado y robustecido con halagos desde la cuna. Si la pobre niña daba crédito á lo que habían consignado los diarios no podía mirar con simpatía al hombre que escupió á su padre en

presencia de todo el mundo y que horas después hacía fuego contra su pecho. Mi relación, por descolorida y desfigurada que fuese, entrañaba una lucha que hacía imposible toda reconciliación con aquel hombre. Era menester que para sobreponerse á estos juicios, hijos de la sangre, el sentimiento del amor fuese muy grande y el desprestigio de Derteani ante su hija muy profundo. Yo no podía medir la latitud de estos impulsos ni sondear el fondo de los pensamientos que absorbían á mi amada, y en presencia de su labio mudo y su mirada esquiva creí que su amor se apagaba lentamente sofocado por el aire matador de la duda y el resentimiento.

Tranquilizados los ánimos con la narración de lo pasado, Adela me impuso del incidente ocurrido el día anterior en su casita de campo. Un Agente de justicia se había presentado á hacerle saber que debía presentarse con sus hijas en el Tribunal en el término de veinticuatro horas; su alarma era excesiva, conceptuaba que aquella citación no podía tener otro ob-

jeto que arrebatarle aquellas; la sentencia de divorcio hacía cinco días que le había sido notificada y esta nueva diligencia del Tribunal civil debía conducir, sin duda, á suspender á la madre en el goce de todo derecho sobre sus hijas. Yo procuraba desvanecer las justas sospechas dictadas por el corazón á mi pobre amiga, sin lograr tranquilizar su ánimo sobreexcitado. Eran tan violentas las impresiones que afectaban su alma conjuntamente que su espíritu no podía volver de su asombro y de sus exagerados temores.

Un carruaje se detuvo en la puerta de calle y poco después una dama de aspecto decente, pero de facciones nada simpáticas, atravesó el pequeño patio y deteniéndose en el umbral de la modesta salita que ocupábamos preguntó con acento frío é imperioso:

—Aquí ha venido á alojarse una *mujer* llamada Adela Velazquez Derteani.

—¡Soy yo! repuso Adela mirando con altivez á la intrusa que le había dado el dictado de *mujer* en tono desdeñoso.

La dama retrocedió hasta el estrecho zaguán de entrada y dirigiéndose hacia fuera dijo:

—Aquí es, pasen Vds...

Tres hombres guiados por la inquisidora penetraron en la sala, dejando de lado toda ceremonia social.

—¿Quién de Vds. es doña Adela Velazquez Derteani? interrogó uno de los recién llegados dirigiéndose al grupo que ocupaba un ángulo de la sala.

—¡Yo! volvió á repetir Adela poniéndose de pié y adelantando un paso hacia aquel hombre.

—V. dispense, pero me trae una diligencia que tengo que llenar en cumplimiento de mi deber...

—Bien, diga V. de qué se trata...

—No se alarme V... son cosas provisionales... medidas preventivas... no hay que alarmarse...

—Pero hable V. sin más rodeos...

—El esposo de V. ha pedido al Juez que sus hijas sean colocadas en una casa honesta mientras termina un juicio que mantiene con V. sobre divorcio...

— ¡Y bien!...

— Como el pedido era arreglado, se ha accedido, disponiéndose que las niñas sean colocadas en casa de la señora Leticia Carreño, aquí presente.

Estas inesperadas palabras helaron de espanto á la pobre madre y sus indefensas hijas; al escucharlas las dos niñas se estrecharon hacia Adela y se asieron á sus brazos como buscando en ellos refugio inexpugnable. Un impulso de valor y de despecho sacudió el corazón de aquella desgraciada mujer y con el rostro encendido en cólera gritó desesperada:

— ¡Pues bien! yo no las entrego; nadie me las arrancará de aquí!

--Cumpla V. con su deber! dijo la señora Leticia, estimulando á los verdugos.

— La órden que tenemos es terminante, agregó el curial, no saldremos de aquí sin llenarla fielmente.

— No puede V. obligar á la señora Derteani, dije terciando en aquel altercado, pues la resolución que se trata de cumplir es apelable, revocable...

— Será.... será, repuso el curial, pero esta es medida preventiva que no puede suspenderse ni con apelación; sobre todo, cualquier recurso que se intente solo puede tener lugar después de cumplida la diligencia.

— Basta, basta! agregó la señora Leticia, aquí no hemos venido á discutir; señor notario, estas niñas no pueden permanecer ni un momento más al lado de esta mujer....

Qué ola de fuego sentí abrasarme las entrañas al escuchar estas palabras de la hipocresía vestida con traje de castidad!...

— Esta mujer puede y debe retener por siempre á sus hijas, porque no hay otra que la iguale en pureza y en virtudes, la dije; cuide V., señora, de no ultrajarla con sus palabras, porque soy capaz de arrancarle la lengua!...

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!, gritó retrocediendo aquella figura escuálida y seca; señor notario! esto es intolerable! llame V., llame V. la fuerza pública! avise V. lo que ocurre!...

En medio de la confusión que produ-

jeron estas voces destempladas se presentó súbitamente Derteani. Nos encontramos de nuevo frente á frente sin pensarlo; nuestras miradas se anudaron por un momento y como si aún no se hubiese disipado el miedo de la escena ocurrida pocas horas hacía, bajó la vista al sentir el fuego de mis pupilas, procuró resguardarse entre el grupo de los agentes de justicia y dijo al notario:

— Haga V. llamar la fuerza pública....

— ¡ La fuerza pública! repitió la Carreño agitándose como una fiera que teme se le escape su presa.

— No es necesario, expuse comprendiendo las violencias á que podría dar lugar nuestra resistencia. Señora, agregué, dirigiéndome á Adela, evite V. al menos que sus hijas sean ultrajadas por las manos de estas gentes; entregue V. sus hijas á esta mujer y vamos nosotros al Tribunal...

Mis palabras desalentaron á Adela y en el colmo de la desolación acercóse á la Carreño y con las manos en actitud suplicante imploró su piedad y su socorro;

pero dentro de aquella figura alta y seca faltaba corazón, no había un solo sentimiento maternal, una sola fibra capaz de ceder al influjo de la compasión y la ternura.

— Es inútil! repuso indiferente á las lágrimas de la pobre madre, estas niñas necesitan hacer vida nueva; sobre todo, yo nada puedo en este caso.

Mi pobre protegida se dirigió luego á su esposo y arrodillándose á sus piés:

— Federico! le dijo, por el amor tan inmenso que te he tenido, por las desgracias que tú me has acarreado, que te perdono con todo mi corazón, por lo que tú más adores y respetes en la tierra, ten compasión de tu pobre Adela! déjala al menos el consuelo del amor de sus hijas y terminará todo, todo entre nosotros!...

— Es inútil! repitió á su vez Derteani; este asunto no está ya en mis manos; no soy yo, es la justicia la que reclama á mis hijas.

— Alce V., señora! dije extendiendo la mano á Adela; ese hombre no merece

que V., la madre inmaculada, la madre calumniada, se prosterne á sus miserables plantas....

— ¡Concluyamos ! concluyamos ! gritó Derteani tomando del brazo á la pequeña Matilde que se había colocado cerca á su madre... Hortensia ! agregó en seguida dirigiéndose á su hija con gesto imperioso, sígame V. sin demora ! La joven, llorosa y desconcertada de terror obedeció maquinalmente á su padre ; víctimas y verdugos atravesaron el patio seguidos á corta distancia por Adela ; al llegar al dintel de la portada exterior las dos niñas, conmovidas por los gritos de su madre, retrocedieron precipitadamente y se abalanzaron á su cuello formando un solo grupo de desesperación y llanto.

— ¡Esto es demasiado ! exclamó Derteani enceguecido por la rabia acercándose á desasir aquellos brazos anudados por el amor filial más hondo.

Adela, acobardada por aquella actitud, se desprendió de sus hijas, imprimió un ruidoso beso en sus blancas frentes y soltando las manos que tenía estrechadas le dijo:

— ¡Llévatelas, llévatelas malvado! Le miró con una expresión de odio inmenso, quiso formular un anatema, pero su labio enmudeció, sus piernas vacilaron, la ví que caía como herida por un rayo y la sostuve en mis brazos prestando compasivo amparo á aquella buena madre herida por la calumnia, condenada por la ceguedad de la justicia y descuartizada por los dientes afilados de la censura social.

.....

El accidente que privó de sentido á mi protegida se prolongó tanto tiempo que llegué á temer terminase por un desenlace fatal. La insensibilidad de sus miembros era completa, su respiración apenas perceptible, una frialdad de muerte había helado su cabeza, sus manos y sus pies. La señora Zegada, que me auxiliaba procurando combatir aquel síncope mortal, juzgó el caso perdido y salió temblorosa y acongojada en busca de un facultativo. Durante largas horas se prolongó aquel estado intermedio entre la vida y la muerte; una que otra contracción de los músculos del rostro y las palpita-

ciones ténues é intermitentes del corazón nos hicieron esperar en una reacción posible; poco á poco fué volviendo la sensibilidad despertada por recursos extremos; ¡pero cuán angustiosos eran los momentos que trascurrían! ¿Cuál sería el efecto de este despertamiento después de la privación momentánea de las facultades morales? ¿Lo profundo de la emoción causada por este intensísimo dolor no habría lesionado el cerebro de la infortunada madre? Mi espíritu se abismaba en conjeturas desesperantes, en celos que me hacían estremecer; el rostro amarillento de Adela, desfigurado en pocos instantes, tenía para mí un sello de beatitud, de pureza, de martirio que me hacían contemplarle con religioso respeto; le encontraba no sé qué hermosura celeste, qué majestad augusta, llena de atractivo y de unción maternal ante mis ojos; al lado de esa fisonomía noble, santificada por el dolor, la figura adusta de aquella vieja inquisidora que se había llevado sus hijas en nombre de la moral doméstica, se levantaba en el fondo nu-

blado de mi pensamiento como la esfinje de la hipocresía social, inhumana, egoista, intolerante y ruda. Aquel rostro adusto, con sus ojos saltones, con sus párpados caídos y despestañados, aquella nariz fila y roja, aquellos labios balbucientes, morados, gruesos y circundados de arrugas, todo este conjunto que quedó impreso en mi memoria me molestaba apareciendo y borrándose incesantemente en mi cerebro. Desventuradas criaturas! ¿qué halagos podían encontrar al lado de esa mujer que jamás había sentido las palpitations de la maternidad en sus entrañas? La idea de la esclavitud de Hortensia, sometida al yugo de aquella naturaleza sin sangre y sin corazón me lastimaba horriblemente; qué obra de desilusión labraría en esa alma de ángel la mano egoista de su aviesa tutriz! En nombre del honor iría engendrando el desafecto en el alma de la joven; para asegurar su presa daría á la calumnia formas incalculables hasta inspirar asco, hasta hacer odiosa la figura de Adela ante su conciencia, y el día que hubiese

secado las fuentes de la ternura filial en su corazón sensible ¡pobre amada mía! cedería, dócil y sumisa por el camino que la condujese, en beneficio de su interés, de su egoísmo y de su capricho!

Una violenta convulsión sobrevenida á la enferma me arrancó de estos dolorosos pensamientos. Adela agitó nerviosamente los brazos, se sentó en el lecho, lanzó un grito prolongado y se llevó las manos al seno como para desprenderse de algo que la oprimía y ahogaba; este accidente fué pronunciándose por intervalos hasta impedirle todo reposo; durante algunos momentos inclinaba la cabeza sobre el pecho, falta de energía, y luego un temblor frío recorría todos sus músculos; un nudo impalpable surgía de sus entrañas, ascendía lentamente, invadía su pecho y se estrechaba en su garganta; entonces dejaba escapar un gemido mudo de sus labios temblorosos y levantaba la cabeza buscando aire, el aire que faltaba á sus pulmones. Después, sucedía una completa postración, como si el esfuerzo de aquella tortura interna hubiese ago-

tado todas sus fuerzas. Así transcurrieron las horas silenciosas de la noche; Adela, luchando con esta tortura, la señora Zegada y yo sosteniéndola en nuestros brazos combatiendo con los mezquinos recursos de la ciencia la fragilidad de la criatura humana!

Aquel largo suplicio empezó á ceder lentamente; cuando Adela recobró sus sentidos y la quietud volvió á sus miembros, prorumpió en un raudal de lágrimas. ¡Oh! con cuánto regocijo ví correr ese llanto por sus mejillas! Mis terribles sospechas se disipaban, la pobre enferma acababa de salvar de una afección fatal! El alba mensajera de la luz asomaba por el oriente; dejé á mi protegida al cuidado de su buena amiga y me encaminé en busca de reposo á mi por tanto tiempo abandonado hogar. El recuerdo de Hortensia llegó á acariciar mi pensamiento en medio de mi quebranto y su imagen casta, límpida y consoladora se acercó á mi almohada para acompañar mis sueños.

III

Un rayo de luz sonrosado y débil, desprendido del seno del sol moribundo de la tarde iluminaba profusamente mi alcoba derramando una molestosa claridad sobre las paredes amarillentas y las oscuras colgaduras de las puertas. El eco firme de una voz para mi harto conocida, que me llamaba por mi nombre, me arrancó de mi letargo. Abrí penosamente los párpados y mis ojos encontraron la fisonomía fría y ceñuda de mi madre. Su presencia era de funesto augurio; un mundo de ideas y recuerdos, sepultados en mi memoria bajo el peso de tantas y tan fatigosas impresiones como me habían dominado pocas horas antes reapareció de pronto y se apoderó de mi ánimo.

—Bien se nota, dijo mi madre, que poco te interesas en cosas que mucho te importan cuando duermes hasta estas horas; ya se vé, como tú andas metido en tantas aventuras!

— Ah! señora, repuse, no me juzgue V. sin oirme...

— Yo no te juzgo, ¿para qué? ¿acaso prestas la menor atención á mis súplicas ni á mis consejos?

— No diga V. eso; ya sé lo que vá V. á recordarme, voy á obedecerla puntualmente ahora que no hay nada que lo estorbe.

— Es tarde! yo te ordené á tiempo que fueras á reconciliarte con tu padre en sus momentos de agonía, ahora ya no es posible; tu padre ha muerto!

Esta última frase me hizo estremecer; todo había terminado entre aquel anciano y yo; estos poderosos anillos de la sangre que amarran á los vástagos de un mismo tronco se agitaron dentro de mí con una sensación nueva y angustiosa; el amor filial, sofocado por el rencor durante tantos años, se sobrepuso á mis preocupaciones y por la vez primera sentí que mi corazón se abría á las afecciones del cariño y del respeto hacia el hombre que ofendí por un exceso de orgulloso amor propio.

— Ahora, continuó mi madre observando mi silencio, ahora es necesario que tú te decidas; ha llegado el momento en que tú tienes que hablar y obrar.

— Después, repuse; yo quiero ir á sepultar las cenizas de mi padre.

— Es inútil; ayer te hice buscar por todas partes después de su muerte, sin poder dar contigo; durante la noche, la Montañas, yo y tus tíos, los hermanos del finado, más avisados que tú, velamos su cadáver; hace una hora que sus restos fueron conducidos al cementerio; su hijo era el único doliente que faltaba, porque ese hijo andaba divertido en locas aventuras...

— Por piedad, señora, no aumente V. más la amargura que hay en mi alma! ¡Qué distante está V. de lo cierto y cuánta perversidad atribuye á su pobre hijo!...

— ¡Perversidad! ¿Ignoras, por ventura, que todo el mundo sabe tus relaciones con esa mujer por la cual te has batido esta mañana? Junto al ataúd de tu padre

escuché toda esa historia que yo ignoraba hasta hace pocas horas.

—¡Ah! madre mía!, también V. da crédito á esa calumnia infame fraguada contra la más pura de las mujeres!

—¡Calla! no vengas á defender ahora delante de mí á esa... loca... condenada por adulterio.

Al escuchar estas palabras un horrible parangón se balanceó en mi cerebro; mi pobre madre, cuya vida pasada me había entristecido y humillado tanto, cuya reputación había sido ajada en todas partes, se constituía también en acusadora de la mujer honesta, pura, impecada; ella también la señalaba con el dedo, condenándola al escarnio público! ¡Miserable mezquindad de la criatura humana! No había, pues, sobre la tierra una alma justa que cobijase á la madre ultrajada, inocente y digna; la calumnia había cundido, se había dilatado, había rebalzado por todas partes, todos la habían acogido, la habían saboreado y ya no era posible redimir á la víctima que la maledicencia se deleitaba en sepultar en el fango!

—Cuán engañada está V., mi buena madre, la dije dominando mi indignación interna; si V. conociese las desgracias que han afligido á la pobre mujer de cuya honra me he constituido en defensor, V. la compadecería rehabilitándola ante sus ojos...

—No he menester saber nada de todo eso; ¿qué otra cosa puedes tú decir de ella? tu ceguedad te la presenta como un ángel, no la miran así ni los jueces ni las gentes.

—Las gentes se complacen en descuartizar la honra ajena; los jueces se engañan como los demás mortales.

—Basta, basta! no vengo á pedirte cuenta de la vida y milagros de esa mujer impecada, como tú dices; algo de más importante preciso saber de tí.

—Hable V., señora...

—Tu padre ha muerto intestado, á pesar del empeño de sus hermanos para que dejase escrita su última voluntad; en esta situación tú eres el único heredero; te basta presentar los comprobantes de tu nacimiento y otras pruebas que por tu

propio bien reuní pacientemente desde que tú eras niño. En tu mano está la posesión de esa fortuna. ¿Qué has pensado tú sobre esto?

—Nada, señora, nunca han preocupado mis pensamientos las riquezas de mi padre...

—Bien lo sé; siempre te has dejado llevar de tu orgullo mientras él vivía, pero ahora que sin esfuerzo puedes entrar á poseer sus valiosos bienes, ¿qué camino piensas tomar?

—El que he seguido hasta el presente.

—El que has seguido hasta el presente! es decir que tú abandonas tu herencia á los hermanos de tu padre!

—A quien quiera le corresponsa por derecho...

—¡Ah! lo sospechaba! ni aun siquiera tomas en consideración el sacrificio de tu madre, su tranquilidad en sus últimos dias, el derecho que ella también tiene sobre lo que perteneció al hombre por el cual hizo el más rudo sacrificio!...

—No hablemos, señora, de todo ese triste pasado; el oro de mi padre reco-

gido sobre su sepulcro no haría más que envilecer al hijo y humillar á la madre; déjeme V. al menos la pureza de mis sentimientos, la castidad de eso que V. llama mis preocupaciones. ¿Por ventura, para soportar una vida cómoda y holgada ha necesitado V. nunca de la caridad de mi padre?

— Por lo mismo, él que fué el autor de mi desdicha, él que nunca se acordó del hijo abandonado, debe reparar desde la tumba su mezquindad y su indiferencia....

— ¡Reparar desde la tumba! Pero esto no es una reparación; esto sería un asalto á su oro, que ha quedado abandonado con su muerte...

— ¿Es decir que tú, á pesar de las leyes, te consideras sin derecho á esa herencia y juzgas como un robo la posesión de lo que te corresponde y me corresponde en justicia?

— En cuanto á mí, así lo creo, las leyes no pueden sobreponerse ni sojuzgar la moral individual. Entre mi padre y yo hubo un vínculo casual, que él mismo desdennó: durante su vida solo una vez nos

vimos y no encontramos el afecto que enlaza, que estrecha, que purifica todo; en vida le rechacé con indignación, ¿cómo podría yo, ahora, humillarme ante su sombra estimulado por el hambre de sus riquezas, y llegar hasta el extremo de renegar de lo que he juzgado siempre como una bajeza de mi parte?

— Terquedades tuyas, si tales son tus juicios; en cuanto á tí estás en tu derecho á repudiar lo que se te viene á las manos, pero tú no tienes en consideración que hay algo de injusto, de odioso en ese proceder.

— De injusto ¿contra quién...?

— Contra tu madre!...

— ¿Contra V.? ¿Y V. aceptaría ese lote ignominioso, la herencia del hombre que tanto la ultrajó?

— Como justa reparación!...

— Oh! madre mía, no diga V. eso por piedad, que me llena el alma de dolor y de angustia...

— Menos frases... y contesta por la última vez. ¿Te resuelves á reclamar la herencia que te pertenece?

— No, señora . . .

— ¿Ni por amor á tu madre?

Esta interrogación cayó en mi conciencia como un dogal de acero; vacilé un momento, mi afecto filial me impulsaba hacia un cruento sacrificio, cedí un instante, pero luego ví tanta podredumbre, sentí tanta fetidez rodeando aquel apetecido cofre de la fortuna que no pude dominar mi natural repugnancia y con voz desfalleciente contesté:

— Ni por la madre que tanto respeto . . .

— Bien! hemos concluido, me dijo mirándome llena de despecho y encono; luego se dirigió á la puerta de salida y con inhumanidad cruel agregó con acento varonil y rudo: ¡Imbécil! siempre imbécil! Tú no sirves para nada bueno en la tierra!

.....

IV

Han trascurrido más de tres meses des de aquel amargo dia en que los labios de mi madre dejaron caer un deprimente calificativo sobre mi cabeza, y sin embargo, el eco de sus palabras vibra claro y cortante en mis oídos; no me he atrevido á traducir en estas páginas el hondo pesar que aquella dolorosa despedida ha labrado en mi alma; es tan amargo, tan desesperante el veneno derramado en mi corazón, que no he encontrado en el lenguaje humano una, interpretración capaz de reflejar mi sufrimiento. Al escudriñar en mi soledad lo que hay dentro de aquellas rudas frases, más de una vez he creído que mi madre había fotografiado en su condenación la fisonomía de mi alma. ¡Imbécil! siempre imbécil! ¿No está todo el pasado de mi vida atestiguando la carencia de la luz en que se envuelve mi cerebro, toda la pequeñez en que se arrastran mis propósitos y mis

ambiciones? ¿No están ahí, frescos, visibles los frutos de esta ceguera moral que me conduce de error en error, de abismo en abismo? ¿Las desgracias de la pobre Adela no son, por ventura, obra mía, obra imprevista es cierto, y por lo mismo más propia de la flaqueza de mi espíritu? Si esta es una verdad, si esto está en la imperfección de mi propio ser, ¿por qué ceder al torcedor que me consume, por qué guardar resentimiento á la única criatura en la tierra que ha tenido el coráje de descubrir la venda que cubría mis ojos? La creadora naturaleza con toda su fuerza y con todos sus multiplicados elementos de labor distribuye sus dones con parcialidad injusta ó ciega; tiene sus privilegiados sobre cuya frente derrama tesoros de luz, como tiene también sus bastardos á cuya alma niega un destello perdido de su luminar inmenso. La humanidad en su infantil asombro inclina la cerviz ante los escogidos, los alza sobre sus hombros y se humilla dócil á sus plantas; todo lo demás se pierde en el olvido como el grano de arena que arrastra in-

diferente la ola fugitiva. Solo hay una pasión que hermosea y engrandece cuanto toca: el amor sincero; á través de su radiante prisma lo pequeño se agiganta, lo imperfecto se embellece; hasta el crimen adquiere la forma del heroísmo, hasta el vicio se convierte en virtud que purifica, en deleite que arroba. Si esta compensación del amor llegara á desaparecer de la tierra, cuán deformes se mostraría el hombre ante sí mismo! en qué horrible lucha se devoraría la raza humana! El día que el corazón se hiela hay algo que se deshace en el alma, algo que la empequeñece y la esclaviza á la materialidad de los sentidos; solo entonces se alcanza á medir el inmenso vacío sobre el que gira la lumbre pasajera de la vida!

La separación de Hortensia me ha hecho entrever ese otro mundo de la nada, donde el espíritu encerrado dentro de sí propio flota sin luz, sin calor, sin ensueño ni esperanza. Después de aquella muda despedida, llena de lágrimas, parece que todo hubiese concluido entre ambos; no sé por qué cuando recorro

ansioso el apartado retiro donde se encierra mi amada, la casa que habita se presenta á mis ojos como el sepulcro en el cual ha ido á sepultarse toda la felicidad que esperaba en la tierra! Alguna vez, después de largas horas de anhelosa expectativa he visto en la noche dibujarse sobre los cristales de las anchas ventanas iluminadas una figura esbelta que desaparecía luego. El corazón me decía que era ella, concentraba toda mi alma sobre el rojizo cuadro, pero luego se borraban los contornos de esa sombra blanquecina que acariciaba desde lejos con ardientes besos. En medio del deseo y la incertidumbre mi espíritu penetra en aquel asilo inexpugnable como una cárcel, y encuentra la repugnante tuitriz infiltrando, como el genio del mal, el veneno del odio en el corazón de la tierna joven; veo sus flacas manos acariciando sus negros cabellos, escucho su voz estridente calumniando á la desventurada Adela en nombre del honor, del deber, de la religión y de la fé; tan firmes son sus palabras, tan poderosas sus razones,

que la indefensa niña se acobarda y cede espantada ante las faltas atribuidas á su madre. Allí hay otra víctima expiatoria: el autor de todas esas faltas, el seductor de la mujer honrada, el causante de tan amargas desdichas, yo, yo, el cómplice del adulterio, el empeñoso homicida de su padre! Y la pobre niña domina los impulsos de su corazón, maldice aquellos juramentos de amor eterno y condena horrorizada lo que considera su extravío y su pecado. Cuando estas sospechas cruzan por mi pensamiento siento deseo de asaltar la silenciosa morada, sofocar entre mis manos á la aviesa tutriz y despertar con mis lágrimas la llama del amor que me parece se debilita y extingue en el corazón de Hortensia!

Entre este silencio de la pasión que muere y los resentimientos de mi madre, mi alma solo encuentra un estímulo para soportar la carga de la existencia: la compasión de Adela; hay un lazo que ha mancomunado nuestro destino y hermanado nuestras almas: la desgracia. Ella como yo alienta una esperanza: recobrar

su honor calumniado, estrechar de nuevo entre sus brazos á las hijas de su amor sin mancha; si esta esperanza se extinguiese, terminaría todo para ella en el mundo.

La desconsolada madre ha vuelto á encerrarse con su dolor y sus anhelos en aquella silenciosa casita de campo á donde la condujo la mano de la miseria; la fiebre moral vá destruyendo lentamente su resistencia física; la muerte, apostada á su lado, consume poco á poco aquella naturaleza enflaquecida por los más duros pesares; su mal es incurable: la inanición, el apagamiento de la vida por falta de vigor en el espíritu y en la carne. Solitaria y muda, indiferente á cuanto la rodea, deja trascurrir las horas sentada junto á la ventana de su pobre hogar desde la cual se divisa la estación del ferrocarril no lejano, en la que se detienen los trenes de la extensa vía. Sus ojos están siempre fijos allí esperando ver la llegada de sus hijas ó el arribo de un pliego justiciero que la rehabilite ante la ley y los hombres. Esta ansiedad

es inmensa; todo su pensamiento se cifra en la solución del juicio intentado para destruir la infame calumnia. Su primer interrogación cuando llego á su retiro es invariablemente esta: — ¿Se falló la causa? Con qué amargura repito siempre la misma respuesta:— Aún no, unos días más y esto habrá concluído. Mis palabras caen en su alma como la losa de un sepulcro, inclina la cabeza sobre el pecho y permanece abismada en sus deseos, sus temores y su angustia.

Pocos días hace encontré demudada su pálida fisonomía; alguna extraña emoción debía haber agitado su espíritu; sus ojos habían recobrado parte de su vivacidad perdida y parecíame que había llorado. No intenté conocer la causa de aquella alteración; hablamos solo del viejo pleito y de las fundadas esperanzas que abrigaba para obtener una completa reparación; la sentí reanimada y deseando distraer su ánimo la ofrecí mi brazo para hacerla recorrer los contornos; la fatiga que observé en ella después de una corta excursión me reveló

que la vida se extinguía á pasos precipitados en aquel cuerpo consumido; sentámonos en aquel mismo tronco caído á la orilla del río en que Hortensia me hizo la promesa de un amor eterno.

Después de un dilatado silencio Adela me miró compasivamente y me dijo :

—Deseo que V. me haga una confesión sincera. Sabe V. cuánto me intereso por su suerte, yo que lo he mirado como mi único apoyo y mi único amparo... Daniel, ama V. á Hortensia?

Esta pregunta me hizo estremecer; un presentimiento amargo sentí agitarse en mi corazón.

—¿Por qué me hace V. esa interrogación, señora?

—Nada! yo soy madre y necesito saberlo.

—Pues bien, la amo.....

—Lo sabía, pobre amigo mío; escuche V. un consejo, aunque le sea muy doloroso... olvídela V.!

—¡Olvidarla! ¿Qué hay, pues, en esto, señora?

—Hortensia se casa...

—¡Se casa!...

Adela enjugó una lágrima en sus ojos y continuó con voz conmovida:

—Después de nuestra terrible separación, hoy estuvo á verme acompañada de aquella mujer que la arrebató de mi lado. ¡Ah! creía que la volvía á ver después de un siglo! la encontré pálida y triste; no era la hermosa hija que hacía mi embeleso y mi delicia. La tutriz tuvo la crueldad de privarme de la dicha de acariciar á mi pequeña Matilde y la dejó allá... en su casa... en la cárcel á donde la tienen encerrada.

Los sollozos cortaban á cada instante el relato de mi amiga; comprendía la tortura que entrañaban estos recuerdos pero no me atrevía á interrumpir sus palabras ansioso de conocer la crueldad de mi destino.

— Aquella mujer, prosiguió Adela, me impuso del objeto de esta inesperada visita; Hortensia no había querido tomar una resolución definitiva mientras no consultase mi voluntad; como tienen á la

pobre niña engañada, cedieron á su insinuación y me buscaron aquí para que yo sancionase su obra..... Cuando la hu-
be escuchado, interrogué á mi hija cuál era su voluntad, si estaba convencida de que era amada por el hombre que le designaban por esposo; me contestó que sí; la pregunté si ella le amaba, si esperaba ser feliz con él. ¡Ah! yo leía lo que pasaba en su corazón! la pobre niña repuso que sí lo creía, pero no pudo contener las lágrimas.... ¿Qué podía exponer yo después de esta declaración, que me parece un sacrificio, un extravío, un transitorio engaño? ¿Qué podía objetar, yo, á quien han muerto en vida privando de los derechos que la naturaleza y que Dios me han dado? No quise hacer más amarga la situación de Hortensia estorbando el enlace que, ignoro por qué causas, estaba decidida á hacer. Si tu corazón, la dije, no ha de reprocharte más tarde esta unión eterna, si crees y esperas en la felicidad al lado del hombre al cual vas á ligar tu destino, yo, hija mía, bendigo esa unión y pido para tí al cielo

toda la dicha que tu madre no ha podido alcanzar en los amargos días que la han atribulado.

Solo las almas para quienes se han cerrado las puertas de la esperanza pueden comprender la emoción que este relato dejó en mi espíritu; el amor de Hortensia era el vínculo más firme que me amarraba á la vida; el dia que pensé en su olvido sentí que el desierto de la nada empezaba á extenderse á mi paso; cuando la extinción de su amor, cuando la traición á sus promesas fueron una realidad palpable, no sé qué horror, qué odio á la vida se apoderó de mi alma. Yo había nacido para vivir encadenado á la desgracia, estaba condenado á recorrer el camino de todos los dolores y luchar incesantemente con todas las miserias de los hombres; debía resignar la frente á la ley de mi destino y arrastrar mi cadena en esta estrecha cárcel, en la cual solo existe una sombría y consoladora puerta de salida!

V

La boda de Hortensia se ha llevado á cabo con el esplendor que corresponde á la fortuna de su esposo. Yo he querido presenciar la alborada de su felicidad en la nueva senda que se abre para ella; he querido escuchar su juramento nupcial y leer en su semblante la inmensa dicha en que debía rebosar su pecho. He seguido sin cobardía, sin flaqueza, la ruidosa comitiva; todo ha quedado impreso en mi memoria con signos imborrables; solo mi corazón ha sido un espectador inconsciente en esta fiesta que debía haberle desgarrado.

Con cuánto anhelo he vigilado desde temprano todos los detalles de la ceremonia; no quería privar á mis sentidos del deleite de estas fastuosidades con que los hombres cubren las llagas de sus pasiones impuras ó de sus mentidas promesas. El suntuoso templo estaba revestido de ricas colgaduras, iluminado por

amarillentas é innúmeras luces cuyos destellos iban á perderse en las cóncavas bóvedas como absorbidos por la inmensidad del infinito; la orquesta derramaba notas dulcísimas celebrando aquella unión de dos almas, que acaso debían formar una sola confundidas por el amor, ó que tal vez no era más que una compra-venta entre la ambición y la lujuria.

Un murmullo sordo producido por la conmoción de numerosos espectadores me hizo saber que los próximos desposados penetraban en el templo; yo la ví destacarse con su túnica blanca, como aquella noche feliz que despertó mi alma á la amarga vida de la esperanza; la ví cruzar serena por la ancha nave con su corona de azahares sobre la frente; la ví llegarse al pié del altar abriantado por las lentejuelas de oro de los cirios; la ví detenerse en presencia del hombre que en nombre del Dios de los cristianos iba á anudar con su palabra dos voluntades en cuyo fondo nadie podía leer. Un impulso irresistible me llevó hacia donde

yo pudiese oír las promesas de los desposados. Mis pupilas abarcaron el esbelto grupo y se concentraron por un momento con el afortunado que se llevaba la mitad de mi alma. ¡Qué repelente espectáculo! aquello no era un enlace, era la venta de una esclava! el comprador era un viejo acaudalado, libertino, extenuado por la licencia. Su rostro abotagado, sus labios gruesos, su cabeza angulosa, desnuda, en la cual quedaban algunos restos de cabello teñido y acicalado con arte, este conjunto de una decrepitud anticipada contrastaba con la juventud, la lozanía y la pureza de facciones de la desposada. Cuán bella me pareció aquella mujer con sus mejillas encendidas por el rubor, sus negros ojos radiantes, luminosos, su labio pequeño y su esbelto talle de embelesadoras fomas! Y era esa deidad que hizo mi ventura un tiempo, eran esos labios que me juraron un amor eterno los mismos que ahora debían formular otro juramento, también de amor eterno, para hacer la dicha de aquel mercader de-

crépito en cuya naturaleza no quedaba ni una huella de ilusión y juventud!

—¿Señora doña Hortensia Derteani, interrogó el sacerdote, quiere V. por su esposo al señor Don Cristóbal Leño?

—Sí lo quiero, repuso la joven.

Estas palabras agitaron las fibras de mi alma, sentí el deseo de interponerme entre aquellos dos seres que se prometían fidelidad y amor, y decir al Vicario de Cristo: Esta mujer miente!

Avancé maquinalmente un paso hacia delante, varios semblantes se volvieron hacia mí; Hortensia levantó los ojos y nuestras miradas se encontraron. ¡Oh! entonces leí todo lo que había en su alma, todo lo cobarde de su traición presente! Ella debía comprender esta infidelidad del amor primero, la ví vacilar, se apoyó en el brazo de su esposo y se mantuvo inmóvil y pálida como un cadáver.

La bendición nupcial encadenó aquellas dos existencias que no debían tener más punto de unión que los vínculos de la carne!

El viejo desposado tomó del brazo á la joven y con paso lento atravesaron ambos el templo entre la multitud de curiosos que presenciaba este enlace de la senectud con la primavera de la vida.

Yo seguí ansioso la dichosa pareja, como si creyese que me robaban un tesoro que era mío y que me lo arrebatában de entre las manos mediante ruines artificios.

Hortensia y su esposo subieron á su carruaje de gala y se encaminaron á su vivienda nupcial seguidos de los numerosos invitados á la ceremonia. Mis ojos vieron perderse el vehículo en la oscuridad de la noche, pero mi pensamiento los fué á sorprender hasta el asilo más secreto donde saboreaban su felicidad momentánea, engañándose por un instante.

El ruido de la fastuosa boda zumbaba en mis oídos como una algazara de enajenados que reía aturdida sin gozo ni dolor; después cesaron todos los rumores de la fiesta, se apagaron los torrentes de la luz de aquel hogar revestido

de filetes de oro, cortinados de seda y colgaduras de diáfanos tules; solo allí en la solitaria y perfumada alcoba brillaba una luz blanca como una luminosa pupila que miraba con celos los arrobamientos del amor sensual, el sacrificio de la castidad en las aras de la opulencia ó del despecho...

Por la vez primera sentí hervir los celos en mi corazón; un no sé qué semejante á la envidia de la felicidad ajena se despertaba en mí en presencia del cuadro que recorría mi imaginación estimulada por el amor contrariado. Todo dormitaba en calma en aquel nido perfumado y embellecido por los refinamientos del arte; una respiración primaveral desprendida del seno de grandes ramos de flores, cortadas hacía pocas horas para coronar estas nupcias, derramaba sus efluvios suaves en el estrecho recinto; el lujurioso viejo hacía descansar á su virgen esposa sobre el canapé de lustrosa seda, acercábase á ella con los labios sonrientes y entreabiertos por el deseo, estrechaba sus manos, abrazaba

la delicada cintura de Hortensia, oprimía su seno, besaba su frente y luego sus labios gastados se posaban en los labios purísimos de aquella mujer dócil, resignada, que se entregaba á su señor sin resistencia... Después... desprendía la corona de azahares de su cabeza y la arrojaba indiferente á un lado, desceñía el blanco velo que descendía sobre el oscuro alfombrado como una nubecilla que arrastra el viento sobre la verdosa lama de los pantanos; luego, entre un beso y otro beso, una caricia y otra, caía el traje salpicado de flores, la juventud dejaba ver sus más bellas formas veladas por haces de espumoso encaje, y la obra de la naturaleza, levemente resguardada, reemplazaba al artificio de la obra de los hombres; las anchas cortinas del lecho nupcial se apartaban un instante dejando entrever allá en su seno la sombra del misterio, y á la ténue claridad de la lámpara debilitada, el ojo de los celos alcanzaba á percibir dos labios anudados, la juventud y la decrepitud enlazadas por las excitaciones de la pa-

sión, y mi oído escuchaba palabras impregnadas de dulzura, juramentos de una fidelidad sin límites; por fin un gemido, después el silencio de la pasión satisfecha, de la fuerza enervada por la emoción, el adormecimiento de los sentidos!...

Una llamarada de odio enardeció la sangre de mis venas y aquella mujer que yo ví alzarse en mi corazón como un ángel inmaculado se mostró á mi pensamiento como una miserable esclava que vende su juventud en el mercado de la sensualidad humana! Me encerré en mi rencor, me envolví en mi infortunio y me lancé al acaso llevando sin saber á donde la tormenta que hervía en mi alma envenenada!

.....

VI

Poco tiempo después, en la mañana de un día del último carnaval, recibí una esquila concebida en estos términos: "Procure V. concurrir esta noche al baile de

disfraz del *Club filarmónico*". No necesitaba investigar quién había trazado estas líneas; ellas habían sido dictadas por un corazón que me pertenecía y que no había podido vencerse á sí mismo. En el vacío abierto en mi existencia desde el matrimonio de Hortensia había dos corrientes que se agitaban incesantemente como los últimos resplandores de una tempestad lejana: el recuerdo de un amor desventurado y la compasión á una madre desgraciada. El deseo de una venganza que no sabía por qué medios llegaría á satisfacer mi odio, que ignoraba cuándo lograría consumarse, me sustentaba desafiando la soledad de la vida; el anhelo de devolver á la madre ultrajada su honra perdida y con ella el amor de su pequeña hija me alentaban á la vez para perseverar en la lucha en que me hallaba empeñado; más allí no había nada; ¡ah! sí, el hastío de la existencia pesando sobre mi espíritu como una carga irresistible! La esquila de Hortensia me hizo vislumbar de nuevo aquel risueño miraje de la esperanza borrado hacía tan poco tiempo.

¿Qué había pasado por el alma de aquella niña que la había hecho precipitarse en el antro sin salida en donde se hallaba esclavizada? ¿Había sido por miedo, por alucinación, por odio ó por veleidad de su espíritu que olvidó su amor primero para encadenarse á un hombre frío, gastado, al que no podía haber amado en el corto intervalo que hacía le era conocido? ¿Y qué había quedado para mí dentro de aquella alma después de esta traición inesperada, de esa transformación que opera el matrimonio abriendo sendas desconocidas por las cuales cruza la mujer que ha perdido sus alas de ángel? Todas estas dudas se disiparían bien pronto, todo este misterio lo descifraría ella misma demandando piedad por su infidelidad tardíamente reconocida, ó compasión para su eterna desgracia.

Las calles centrales de la ciudad se habían convertido desde las primeras horas de la noche en estrecho cauce sobre el cual descendía arremolinada una corriente humana, compacta, creciente y ruidosa. La inmensa multitud vestida de

abigarrados colores reía estrepitosamente, voceaba y se retorció sobre las endebles tablas de innumerables vehículos cubiertos de flores y de gasas; aquella algazara, aquel aturdimiento me parecía que ocultaban hondos dolores, desencantos amargos desahogados con gritos de despecho. Millares de luces extendidas sobre débiles arcadas derramaban una claridad amarillenta sobre la apiñada muchedumbre é iluminaban los agitados semblantes con las tintas rojizas de bacanal que toca á su término.

El edificio del *Club filarmónico* había sido transformado desde la entrada en una vivienda de gusto oriental; vistosas guirnaldas de flores naturales decoraban las paredes y cubrían los anchos balaustres de las escaleras; el blando tapiz que se extendía desde el gran portal hasta las elevadas galerías apagaba el ruido de todos los pasos, y figuras graciosas ó esbeltas resbalaban por sobre la enmudecedora superficie como apariciones fantásticas que atraviesan sin tocar la tierra. En los ángulos y centro de las

galerías, grandes jarrones bronceados sustentaban plantas de sagitarias y helechos dejando caer de sus enormes bocas caprichosos lazos de verdes hojas y flores azules y blancas. Los extensos salones iluminados por haces de picos de gas sustentados en caprichosas arañas ó gallardos brazos, semejaban la morada de la aurora, con su luz vaga, azulada, verdosa, endulzada y descompuesta por las tintas de las paredes y el reflejo de las inmensas lunas. Un ambiente templado, fragante, imprimía cierta sensación de deleite en los sentidos y excitaba la imaginación con ensueños de dulzura infinita. Entre un bosquecillo de columnas de flores y blancas colgaduras plegadas con lazos de oro se encerraba la orquesta destacándose entre toda aquella claridad las figuras negras de los señores de la armonía y el movimiento de aquella noche. Oleadas de mujeres hermosas, cubiertas de seda y rica pedrería se movían y removían en incesante vaivén, se estrechaban aquí ó acullá formando ramilletes de variadas tintas y luego se des-

hacían, se derramaban é iban á formar pequeños grupos al compás de suaves y cadenciosas notas.

Largos instantes permanecí silencioso escuchando el rumor de mil labios dando desahogo á las agitaciones del alma, envidiando la alegre risa de los unos, la credulidad de los otros, la caricia indiscreta de una hermosa que oprimía el brazo de su compañero, ó el halago de una cabeza fatigada que se inclinaba levemente sobre el hombro del afortunado galán adueñado de su presa en medio de aquel hervidero, aquel ruido y aquella mutua tolerancia de expansiones.

Dos mujeres cubiertas de antifaz se acercaron lentamente hacia mí sacándome de mi abstracción y mi embeleso; una de ellas cubierta por un dominó de raso celeste se tomó de mi brazo y me llevó consigo suavemente. Mi corazón conoció á través de la careta quién era la dama que buscaba mi apoyo. ¡Extraña entrevista aquella! Después de una ruptura sin estruendo, después de abierto un abismo de separación consagrado por

un vínculo bendecido por la Iglesia, ¿quién de nosotros pronunciaría la primera palabra de reconciliación? ¿y qué podía decirle yo que había sido desdenado cruelmente y abandonado á mi pasión sin esperanza? Mi compañera permaneció reservada largo instante sin atreverse á romper aquel silencio que decía demasiado, pero que no explicaba nada; giramos maquinalmente en medio del alegre torbellino, mudos, indiferentes, esperando que uno de los dos encontrase la primera palabra para hacer hablar á nuestras almas. Por fin la voz emocionada de Hortensia dió término á aquella ansiedad, y con acento trémulo, me dijo:

—Con cuánta impiedad habrá V. juzgado á su pobre amiga en vista de lo que ha pasado entre nosotros.

—Solo á V. corresponde ese juicio, la dije, yo he aceptado con resignación toda su obra. No tengo nada que reprochar á su conducta.

—¿Entonces, mi suerte le es ahora indiferente?

—Indiferente... no lo ha sido nunca.

Siempre la he deseado felicidad y creo que V. la habrá encontrado cumplida cuando ha querido sellarla con un lazo inquebrantable.

—¡Ah! yo he sido víctima de una intriga, de un engaño, de una falsía indigna que me ha llevado hasta el último extravío.

—La compadezco, pero todo ha terminado entre ambos...

—¿Por qué dice V. esto? ¿Cree V. que haya podido extinguirse todo lo que había en mi corazón para V.?

—No puedo saberlo; su proceder está diciendo que había lugar para otro afecto en su alma.

—¿Por qué me trata V. con tanta crueldad sin oirme? No creía que colocase V. tan bajo el amor que le he consagrado siempre.

—¿Qué puedo yo pensar, señora? Entre dos juramentos pronunciados por V. ¿á cuál de ellos debo dar fe?

—Al de mi corazón, al único que me hizo creer en la felicidad y que guardaré toda mi vida.

—Ahora debe V. olvidarlo todo; V. ya no, se pertenece.

Hortensia permaneció silenciosa, sentí que su brazo se estremecía y temblaba.

—Al menos, me dijo en voz apenas perceptible, al menos me acordará V. una última gracia; el consuelo de oirme.

Y diciendo esto nos encaminamos hacia una apartada habitación que daba tránsito á los salones laterales. La pieza estaba iluminada por la luz escasa de un brazo de cristal suspendido en mitad del muro; sentámonos en un ángulo medio oculto por un ancho cortinado de la portada, desde el cual se apercibía, á cubierto de todas las miradas, el movimiento de la fiesta. En medio de aquella muchedumbre, de aquel regocijo nos sentimos rodeados de una soledad triste á cuyo amparo habíamos ido á cobijarnos para dar salida á nuestros resentimientos y nuestras quejas.

—Solo pido á V., como seguridad de cuanto voy á decir, una sola palabra de su labio...

—Hable V.

—¿Si yo justificase que he sido engañada, perdonaría V. mi extravío?

—Lo perdonaría.

— Pues bien. Va V. á escuchar todo lo inicuo de la intriga de que se me ha hecho víctima. No necesito decir á V. la honda impresión que causó en mi alma aquel desgraciado incidente ocurrido con mi padre, ni el dolor de la separación producido el día que me alejaron de Mamá. Todo aquello me parecía un horrible sueño del cual deseaba despertar para que volviese la calma á mi espíritu. Durante los primeros días de mi nueva vida al lado de la tnutriz me sentí acobardada de lo pasado, siendo el recuerdo de V. lo único que me halagaba en aquella morada que sentí fría y oscura como un convento. Mi padre frecuentaba la casa en compañía del que es ahora mi esposo, quien siempre había tenido por mí una marcada inclinación, desdeñada como V. sabe. La conversación habitual de mi padre, mi esposo y la tnutriz versaba siempre sobre la condenación formulada contra mi madre; se hablaba de su infi-

delidad, de su corrupción; pero toda la censura, todo el odio se hacía pesar sobre V., el seductor, el causante de la desdicha de nuestro hogar. Se pintaban con tales colores de verdad sus faltas, se hablaba tanto de lo infalible de la justicia, que lloré de compasión por la debilidad que atribuyeron á mi madre y me sentí horrorizada al pensar que V. me engañaba después de haber engañado también á aquélla. Estas ideas que todos los días se renovaban en mi espíritu, estas faltas que cada vez encontraba más graves, impulsos, no sabré decir si de desencanto ó de celos me inspiraron una aversión entrañable contra V. La turtiz traía siempre á colación consejos de moral, y sin que yo comprendiese sus designios deslizaba amargos juicios contra lo que ella llamaba *ese Doctor desalmado*. Ignoro si ella sospechaba el amor que consagraba á V.; solo sé que supo adormecer ese amor, sofocarlo en tal grado, excitarlo en tal modo que lo convirtió en desprecio y en odio. Alguna vez en la lucha que sostenía entre mi pensa-

miento y mi corazón desconfiaba de la calumnia, dudaba de que tanta maldad guardase su alma y tanta flaqueza se albergase en el espíritu de mi buena madre; pero luego recordaba el fallo de la justicia, las peripecias del juicio que mi padre relataba con animosidad marcada, el incidente de V. con él en el Tribunal, el duelo llevado á cabo, que se calificaba de tentativa de asesinato; todo esto me oprimía, borraba hasta el último rayo de esperanza y entonces creía que en mi corazón había muerto todo para V.....

La emoción de Hortensia era profunda; á través de la careta vi humedecerse sus párpados, llevó disimuladamente el pañuelo á sus ojos y enjugó las lágrimas que la anegaban; en el gran salón la orquesta resonaba alegremente, y como movidas por un solo resorte, multitud de parejas giraban vertiginosamente, pasaban como un meteoro, se apiñaban, se perseguían en medio de la danza y luego se desprendían en medio de risas y graciosos movimientos. ¡Cuán rudo era aquel bullicio para el dolor de nuestras almas!

Si toda esa multitud hubiese podido sorprender nuestra angustia se habría apartado temerosa de que una gota de nuestra amargura fuese á acibarar la dulce copa del deleite en que se embriagaba!...

Hortensia continuó luego :

—Una noche me llamó mi padre aparte manifestándome que deseaba hablar conmigo íntimamente. Me hizo sentar en sus faldas, me tomó las manos cariñosamente, como muy raras veces lo hacía, y con voz afectuosa, me dijo : Hija mía, voy á revelarte un secreto del cual depende tu felicidad, mi quietud y el bienestar de tu misma madre. Tú vives ahora entregada á una matrona que es para tí una madre, que te consagra particular afecto y que se interesa por tu suerte ; sin embargo de esto, tu permanencia á su lado no puede ser duradera, nadie sabe lo que vendrá más tarde, ó si una situación penosa llegará á hacer tu posición menos holgada y cómoda que la que por fortuna ahora tienes ; te hallas en edad de tomar estado, consultando el porvenir y el interés de los tuyos ; afortunadamente has logrado des-

pertar vivo afecto en un hombre acaudalado, ligado á mí por vínculos de estrecha amistad y que sabrá hacer tu felicidad colmando tus deseos y ambiciones. Mi padre pronunció el nombre de mi esposo manifestándome que aun cuando no fuese muy joven la misma madurez de sus años era una garantía para una niña como yo, que necesitaba de un experimentado guía en la vida; después me habló de una posible reconciliación de familia que se llevaría á cabo durante mi sumisión á sus consejos. Yo escuché su revelación con asombro; jamás había pensado en un enlace con un hombre que me aventajaba en muchos años y para el cual no había un solo latido en mi corazón.—Piénsalo, me dijo, se trata de decidir de tu suerte y no creo que te niegues á un consorcio ventajoso para tí y que devolvería la tranquilidad á tus padres; me dió un beso en la frente y se alejó dejándome sumida en un mar de vacilaciones. La tuteur por su parte no perdía ocasión de presentar ante mis ojos á mi pretendiente como el dechado de la honradez, de la bondad, de la hidal-

guía más noble. Mi pensamiento se repararía entre aquel hombre y V., y á pesar del horror con que miraba los recientes sucesos, mi espíritu se inclinaba del lado al cual había pertenecido mi corazón. Por fin una noche mi padre me exigió una pronta respuesta, me prometió que mediante mi matrimonio mi madre recobraría sus derechos, que la llevaría á mi propio hogar y entraría de nuevo en el goce de su afecto. Cedí; ya que había perdido el cariño y la esperanza del sér al cual amaba al menos anhelaba el consuelo del afecto de mi desgraciada madre. El día que empeñé mi palabra creí que yo misma me había condenado á un amargo suplicio. No quise, empero, prestarme á esta vinculación sin antes consultar á aquélla; impuse esta condición, que rechazó enérgicamente mi padre, pero á la cual fué necesario ceder por consejo de la tutriz. Seme exigió tan solo que no la revelase los propósitos de la reconciliación que tanto anhelaba; me expresaron que si yo daba á conocer este proyecto á mi madre, ella sospecharía que se trataba de engañarla y que quizá se

negaría á mi enlace; agregaron que era más prudente darla una sorpresa después de mi matrimonio yendo á ofrecerle mi casa y mi cariño. Encontraba un acento de sinceridad tan ajeno á toda falsía en estos razonamientos que me dí por convencida y acepté todo. ¡Qué amargo fué el día en que volví á ver á mi madre! ¡qué dolor tan entrañable sentí al encontrar su semblante cadavérico, su estenuación y su tristeza! ¡Oh Daniel! no he soportado jamás una amargura semejante! Era apenas la sombra de lo que yo tanto había amado, de lo que tanto idolatraba! La esperanza de volverla á la vida, de restituírle su felicidad perdida me dió fortaleza para revelarla mi compromiso y pedirle su consentimiento. Me interrogó si amaba al hombre que yo aparentaba haber elegido por esposo, y mentí; me preguntó si creía ser feliz con él, y también mentí; mi corazón me decía que aquello no era posible, pero se resignó á mi voluntad haciéndose pedazos . . .

La joven no pudo proseguir; era tan vivo el recuerdo de su sufrimiento pasa-

do, tan inmensa su desolación, que le fué imposible contener su dolor y escuché que sollozaba bajo el antifaz con angustia infinita. Las notas vibrantes de la orquesta ahogaban sus sollozos y el recóndito eco de su pesar se perdía entre la algazara de la multitud ébria de placer y de gozo! Aquella relación conmovió las fibras adormecidas de mi alma, sentí que mis ojos se anublaban y que me rendía de nuevo al dulce yugo de la pasión que tanto me había hecho amar la vida.

— Ahora que no hay reparación á mi desgracia, continuó Hortensia, he visto que fuí cruelmente engañada; he pedido el cumplimiento de la promesa de vivir al lado de mi madre, pero mi padre encuentra siempre una excusa y mi esposo se muestra indiferente. Pocos dias hace me permitió pasar unas horas á su lado; la encontré desalentada, fria y reservada conmigo, como si se hubiese extinguido todo sentimiento de afección hacia mí; Matilde, su pequeña Matilde lo absorbía todo. Tratando de reanimar su espíritu me arrodillé á sus plantas y en medio de

mi aturdimiento la hice comprender que no era feliz con el hombre al cual me hallaba ligada.

—Lo sé, me dijo, tus lágrimas me lo avisaron el día que solicitaste mi consentimiento; has sido muy débil, hija mía; cediste fácilmente á las sugerencias de tu padre.

Entonces le expuse por qué causas y por qué motivos me había decidido á ese enlace; cuando pronuncié el nombre de V., culpado de haber labrado su deshonra, mi madre se puso de pié y con un acento que me impuso miedo, “mienten, me dijo, ese joven es tan inocente, tan puro como yo!” Procuré calmar su irritación y en una larga y tristísima confidencia me refirió cuántos sacrificios desinteresados había hecho V. por ella, cuán grande y abnegado era el amor que V. me consagraba..... ¡Oh! entonces lamenté la funesta credulidad de mi alma! Las revelaciones de mi madre me trajeron un nuevo dolor y un nuevo desencanto; el amor que profesaba á V. se levantó lleno de vigor y fuerza, palpitando más grande, más infinito, más ardiente

que nunca, porque me sentía arrepentida del desdén y del repentino olvido de aquel juramento que llevaba impreso en mi pensamiento!....

Desde aquel día la figura de mi esposo ha llegado á serme insoportable; toda su vejez, todas sus bajas pasiones se han mostrado desnudas á mis ojos llegando hasta inspirarme asco y vergüenza... En la efervescencia de mi sangre no he podido ocultar mi indignación y cuando se ha llegado alguna vez á besar mis labios le he rechazado con repugnancia. El ha debido comprender lo que pasa por mi alma, ha debido desconfiar de mi afecto, y á la tortura de su yugo agrega ahora la persecución tenaz de los celos. Yo he buscado ocasiones para pronunciar al oído de V. esta dolorosa historia; pero la presencia constante de aquel hombre que me sigue como una sombra me ha impedido llegar hasta V. para demandar de nuevo su amor y su perdón!...

¡La pobre niña! Ella también era desgraciada! Ella también llevaba su cadena

al cuello debatiéndose entre una pasión indomable y un juramento sagrado!

—Para obtener la dicha de verle, prosiguió, para alcanzar este desahogo, he tenido que vencer mi animosidad, mostrarme complaciente con mi verdugo y besar las manos con las que me ahoga y me sofoca. Ayer concebí la idea de buscar á V. entre el tumulto de esta fiesta, le manifesté el deseo de concurrir aquí y obtuve su consentimiento; una amiga de colegio me ha servido de intermediaria para cambiar mi disfraz en su casa, y merced á ella gozo, Daniel, la inmensa dicha de volverle á ver y pedirle su compasión y su amor...

—El mío será eterno! la dije estrechando su mano bajo los pliegues del dominó que la envolvía como en un jirón del cielo. En ese instante penetró en la estancia una figura que se adelantaba hacia nosotros con paso lento y mirada escrutadora; sentí temblar la mano de Hortensia entre la mía y fijé insistentemente mis ojos en aquel hombre: era su esposo. Permanecemos inmóviles aparen-

tando indiferencia; Hortensia inclinó la cabeza para ocultar sus ojos en la sombra, temerosa de ser descubierta, y yo mantuve con firmeza mis miradas sobre él tentando alejarle con el impulso de mi voluntad.

El marido de mi amada frunció el ceño como contrariado y se encaminó caviloso y sombrío hacia los salones laterales. La máscara que había acompañado á Hortensia cuando se llegó á mi lado, se acercó con reserva y sin preocuparse de mi presencia le dijo en voz baja:

—Te busca...

La joven se levantó súbitamente, me llevó hacia la puerta de salida y con acento dulcísimo me preguntó:

—¿Daniel mío, seré ahora digna de *tu* perdón y de *tu* amor?

—¡Por siempre! por siempre, alma de mi alma! repuse, y aquella mujer en quien volvía á encontrar alas de ángel se perdió entre el hervidero de gentes, luces y colores que pululaba en aquel estrecho vaso á donde habían ido las almas desoladas ó insensibles buscando treguas á su pesar y pasto á sus apetitos.

VII

El señor Leño se ha ausentado á una de sus valiosas propiedades de la campaña, que abandonada durante su larga luna de miel, era explotada por su mayordomo en perjuicio suyo merced á la distancia y á la dejadez del amo. El pobre viejo necesitaba, además, un poco de aire libre para reparar sus fuerzas agotadas en brazos de una mujer joven, vigorosa y fuerte. Cuando pienso en esta unión insensata siento hervir de indignación la sangre en mis venas; hay consorcios que son una compraventa dolosa, una esclavitud humillante, que se vé, que se palpa y que no es posible romper jamás porque las convenciones humanas han fijado una regla invariable de la cual nadie puede separarse sin ser acusado de delincuencia por el grito indiferente, celoso y frio de la moral social.

No sabría decir si la ausencia del señor Leño ha sido un grande mal ó un in-

menso bien para mi alma. Durante esta separación temporal, ni Hortensia ni yo, después de nuestra reconciliación, hemos podido resistir al deseo de volver á vernos, hoy sobre todo que el amor que nos liga se escapa al ojo del verdugo que nos ha impuesto la bendición nupcial y que la privación hace más intenso y más poderoso; necesitábamos un desahogo, y nadie habría podido estorbarlo. Son tan poderosos los lazos del amor primero que nada es capaz de apagar su fuego, contener sus impulsos ni torcer su natural empuje; el vínculo conyugal que la ley civil y la Iglesia pretenden fijar como cimiento de felicidad terrena, como barrera contra toda afección extraña, como claustro á donde nadie puede penetrar sin ser acusado de profanación justificable; ese anillo, que frecuentemente enlaza el interés mezquino á la fortuna crédula, la lubricidad decrepita y baja á la juventud lozana y noble; ese anillo, esa barrera, ese claustro, se rompen, se ultrapasan, se desploman al primer esfuerzo de la pasión espontánea, más poderosa que

todas las vallas que las convenciones sociales levantan para contener y domar los ímpetus del corazón humano! ¿

La entrevista que acabo de pasar con mi amada ha sido un rayo de felicidad nunca soñado, á la vez que una tormentosa y ruda lucha para mí.

¡Qué emoción extraña y no sospechada experimenté al encontrarme solo, enteramente solo con ella que tanto he amado, que tanto he calumniado, que tanto imperio tiene sobre mi corazón, sobre mi espíritu, sobre mi naturaleza entera! Al penetrar en su pequeño salón de confianza me sentí adormecido por una atmósfera suave, templada, embriagadora. Hortensia me estrechó ambas manos nerviosamente como si al oprimírmelas quisiese infundirme toda la pasión y el fuego que la abrasa. ¡Qué bella, qué atrayente se mostró á mis ojos á la luz roja é indecisa que iluminaba la estancia tenuemente, cual si fuese una buena amiga que cierra sus párpados para dejar más en libertad las expansiones del afecto! Cuántas palabras sencillas, casi infantiles, salieron de

su labio al hablarme de su amor! ¡Cuánta elocuencia había en cada una de aquellas frases que embelesaban y conmovían mi alma hasta la ternura! Nunca creí que en el idioma de los hombres hubiese un lenguaje tan ideal, tan expresivo, tan tierno para traducir los afectos de esta pasión sincera y pura! ¡Qué profundidad tenían sus inocentes preguntas! ¡qué dulzura sus reconvenciones celosas! ¡qué fuego sus juramentos de amor perpetuo é imperecedero y ¡cuánta amargura derramaban sus labios al recordar la cadena que la esclaviza á la voluntad del hombre que la hizo suya ante la ley y ante la comunión social!

El arrobamiento de nuestras confianzas era infinito; llegó un instante en que la memoria no encontró una palabra para expresar la intensidad de nuestro cariño. Nuestros ojos humedecidos de amor, de ternura se dijeron todo cuanto no podían interpretar nuestros labios. Dominado por este éxtasis oprimía sus manecitas entre las mías; nuestras almas quisieron decirse algo muy íntimo, su cabeza se

acercó á la mía, nuestros labios se unieron en un beso ardiente, prolongado, dulcísimo del cual no habríamos querido desasirnos nunca!

.....

En medio de aquel deliquio enlacé su delgada cintura; la envolví en mis brazos, la estreché sobre mi pecho fuertemente hasta escuchar las palpitaciones de su corazón, hasta sentir las ondulaciones de su blanco seno lleno de hervor, de lozanía y de vida! Hortensia inclinó su hermosa cabeza sobre mi hombro como doblegada por la emoción, luego sentí que sus manos temblaban ligeramente y que su rostro se encendía en medio de aquel deleite. Un impulso involuntario, una aspiración irresistible se adueñó de todo mi sér; toda aquella atmósfera estaba impregnada de no sé qué ambiente voluptuoso, avasallador, atrayente que me rendía y doblegaba. La luz tenue de la lámpara dibujaba vagamente la próxima alcoba, solitaria y silenciosa como si nos invitara á cobijarnos en su seno para guardar los secretos más íntimos de nues-

tro amor; mi labio, más cobarde que mi espíritu, moduló una palabra al oído de mi amada y su silencio y su abandono me dijeron todo cuanto yo anhelaba escuchar en medio de mi embriaguez. Me alcé con ella para esconder mi pasión entre las sombras, pero Hortensia se desprendió de mis brazos y cayó conmovida como luchando consigo propia.

¡Qué hermosa, qué seductora era su actitud en aquel abatimiento! Su cabeza caía reclinada sobre el respaldo del sillón y su negra cabellera en desorden se deramaba sobre la brillante seda en ondulantes rizos; sus ojos húmedos y velados revelaban las ansiedad de su alma; su labio entreabierto y seco delataba la fiebre que quemaba sus entrañas; su abultado seno palpitante se alzaba y deprimía como un mar contenido dentro de estrecho vaso; su blanco traje caía en anchos pliegues delatando la corrección de sus formas, dejando ver su dimuto pie inmóvil, quizá temeroso de dar un solo paso adelante!

Contemplé un instante con deleite aquel prodigio irresistible que era mio, todo mio y que nadie podía ya arrebatarme de entre mis brazos! Un sollozo largo tiempo reprimido en el seno de Hortensia despertó mis sentidos de aquella terrible fascinación; la joven ocultó su cabeza entre ambas manos y la sentí llorar no sé si de alegría, de dolor ó de vergüenza.....

¡Ah! cuánta loca pasión, cuánto extravío habían dominado mi espíritu! La figura de Adela, la pobre madre calumniada, la mujer que tanta fé tenía en mi lealtad y mi honor pasó por mi imaginación como fulminándome un reproche, como enrostrándome el intento de una debilidad bastarda! Aquel recuerdo adormeció todos mis impulsos, y luchando entre las seducciones del amor que es toda mi vida y las impresiones del deber, que á veces mata, me arranqué dolorosamente de aquel nido donde no habría podido dominar largo tiempo las seducciones de una pasión que siento hervir ahora encarnada en mi sangre y en mis huesos!

VIII

Una funesta nueva viene á enturbiar la felicidad que había vuelto á mi espíritu después de tanto tiempo de incredulidad y de desencanto. Mi entrevista con Hortensia ha sido para mi alma algo como el fuego de un incendio, algo como una pendiente que no es posible evitar. ¿Cuáles serán ahora los límites de esta pasión correspondida y condenada por deberes sagrados que ella contrajo en momentos de inocente alucinación? No lo sé. Si me dejase llevar de los ímpetus de mi corazón, la apasionada niña caería arrastrada conmigo al más hondo de los abismos! Cuando mido las fuerzas de juventud que palpitan en su seno y medito en lo que vendrá después, compadezco á su crédulo esposo; me parece que le veo vencido por su propia decrepitud y su torpeza pretendiendo en vano aprisionar entre sus brazos un alma y un corazón que no le pertenecen. Hay solo un dique capaz de reprimir estas

aspiraciones indomables del amor primero, que la adversidad y la ausencia han humanizado, enardecido y hecho más violentas: el respeto á las desgracias de la pobre Adela. Todas mis quimeras, toda la dicha que Hortensia hizo renacer con sus sentidas palabras se han aplacado con una sola frase: Adela se muere! Doloroso contraste! De una parte el amor que atrae y acaricia de entre los mismos velos del lecho nupcial; de otra, una vida pura y martirizada que se debilita y que extingue el desaliento!

El anciano médico que la atiende en su solitario retiro ha visto venir la muerte inevitable, impasible; considera que solo un medio podría reaccionar contra esta destrucción de la carne producida por el abatimiento moral: la devolución á la enferma de su pequeña Matilde. Pero el salvador antídoto no depende de los hombres sinó de esa entidad insensible que se llama un proceso judicial. La rehabilitación de Adela en el goce de su honra llevarían á su alma toda la fortaleza, toda la energía que le falta; pero el

remedio se espera hace tiempo y no llega ¡Cuán pesada y cuán indiferente camina la justicia entre los hombres! Todavía el clamor público de los que sufren no ha logrado conmover la conciencia fría de los que hacen las leyes sin poner la mano sobre el pecho de la desgracia. ¡Todavía los impulsos de la ciencia, que todo lo trasforman, no han encontrado el secreto de distribuir sin vacilaciones ni rémoras la porción de derechos que corresponde á cada criatura en la tierra!

.....

He golpeado en mi ansiedad á todas las puertas, he mendigado á todos los oídos pidiendo la solución del juicio de cuyas páginas debe surgir la honra ó la deshonra, la vida ó la muerte de mi agonizante protegida. Merced á mis ruegos y mis súplicas los Jueces fijaron, por fin, el día para el fallo de la causa. Derteani, su cómplice Cetriz y yo habíamos sido citados para la última audiencia. Después de cuán larga angustia tocaba á su término aquel torturante y dilatado pujilato!

Mi ansiedad me llevó desde temprano al estrado del Tribunal; los instantes pasaban para mí con la pesadez de una eternidad; algunas horas más y aquella sentencia salvadora caería acaso sobre un cadáver! Pero era menester no acobardar á la esperanza y someterse al tardío paso del tiempo. Cuando llegué á la sala pública encontré el recinto vacío, durmiendo en él el eco de tantas voces doloridas, tantas pasiones contrariadas, tantos artificios burlados, tanta mentira satisfecha ó tanta inocente desgracia castigada! Un momento antes de la hora fijada para la audiencia dos figuras se detuvieron en la portada de cristales, luego avanzaron cautelosamente cerca al estrado y un rayo de luz cenicienta alumbró los rostros de Derteani y de Cetriz. Sus miradas se encontraron con la mía y sorprendí en ellas el estremecimiento de sus músculos. Luego penetraron los Jueces con su fisonomía serena, indescifrable, tranquila, como si en su conciencia no hubiese ni un leve recuerdo del fallo que acababan de formular.

¡Qué cobarde emoción se apoderó de mi espíritu! Busqué un auxilio en mi corazón y sentí que allí me faltaba todo apoyo porque las mezquindades de los hombres me habían robado hasta el último destello de fé. En aquella causa no solo estaba comprometida la vida y la honra de una madre calumniada: estaba empeñada mi propia honra, mi propio nombre. El anhelado instante de la reparación había llegado, y sin embargo, tenía miedo, me sentía angustiado por temores y desconfianzas que helaban la sangre en mis venas. ¿Cómo saldría mi nombre de aquella desconocida ánfora donde los jueces habían arrojado la última palabra, la palabra tal vez de condenación irreparable para siempre? Mis ojos se fijaron instintivamente en la figura de Cristo suspendida sobre el sombrío muro á cuyo pié los delegados del derecho social decidían de los extravíos humanos. Aquella imagen no dijo nada á mi esperanza, y la encontré, no como un ejemplo de verdad, sino como una excusa de las flaquezas terrenas. Los hombres se cob-

jan perpetuamente bajo la figura de los símbolos para ocultar la debilidad de sus pasiones y de sus crímenes! Aquel emblema de la justicia y del más noble sacrificio me pareció un mote irrisorio suspendido sobre el proceso que envolvía la escoria de la maldad más depravada!

El presidente agitó la campanilla y un silencio de muerte dominó la sala; toda mi alma se concentró en los labios del Secretario que daba lectura al esperado fallo. Yo seguía jadeante el largo camino de la relación jurídica, ora alentando una esperanza, ora desfalleciendo de incertidumbre; por fin vibraron las últimas palabras y sonó en mis oídos la decisión final. ¡Oh indescifrable emoción de mi fatigado espíritu! También el corazón y la conciencia de los Jueces habían tenido su hora de inspiración, de piedad y de justicia! La calumnia había sido comprobada y Adela y yo recibíamos, después de tan larga agonía, de tan amarga prueba, la devolución de nuestra honra discernida por la mano de la ley! Mis ojos

se volvieron hacia los viles calumniadores allí presentes, los vi pálidos y temblorosos, cercanos á la puerta, como si quisiesen escapar á la sanción penal.

Me aproximé á la mesa del Secretario, volví á leer detenidamente la parte resolutoria del fallo y suscribí al pié mi nombre con mano serena y satisfecha. Al volver el rostro noté que Derteani y Cetriz habían desaparecido.

¡Qué terrible sospecha cruzó por mi cerebro! Anhelando salvar una mujer moribunda y evitar una nueva infamia, me encaminé precipitadamente á casa de la tutriz donde se hallaba depositada la pequeñuela Matilde. Mi corazón había sorprendido los designios de Derteani. Al llegar al portal del solitario edificio le ví que penetraba en las habitaciones interiores; sin meditar en lo funesto que podía ser este encuentro le seguí sin detenerme hasta la última pieza en la cual se detuvo. Allí estaban la tutriz y su pupila.

— “Vengo, señora, la dije, á recoger esta niña en nombre de la humanidad y la justicia.”

Aquella mujer me miró airada y sorprendida.

— ¿Con qué derecho, interrogó Derteani, reclama V. á mi hija, depositada aquí por la justicia que V. invoca?

— Con el derecho del hombre honrado, con el derecho de una madre ultrajada y á quien mata la perversidad de su esposo!

— Esta niña no saldrá de aquí porque no hay derecho ni razón superior á la razón y al derecho de su padre!

— V. ahora no los tiene ningunos! Una sentencia condenatoria ha declarado á ese padre falsario y calumniador y la ley le ha quitado los derechos que no supo conservar!...

— ¡La ley! Dentro de mi hogar no manda la ley sino yo!

— Ahora, ni la ley ni V.! exclamé en el colmo de la irritación aproximándome á la niña; la turtiz trató de interponerse, pero un violento empuje mío la hizo rodar sobre el pavimento. Derteani intentó lanzarse sobre mí, extendí mis manos crispadas de rabia sobre él, y le dije :

— ¡Quieto, miserable! si dais un paso, os sofoco, os ahogo entre mis manos! Esta niña me pertenece, y si os moveis, os entrego á la justicia que sigue vuestra huella en este instante!.....

Derteani permaneció inmóvil dominado por mi actitud y mis palabras; tomé á Matilde en mis brazos y salí precipitadamente como si llevase en ellos todo el vigor de la vida que se extinguía en el cuerpo de Adela.

IX

Arribé á la estación en momentos en que el tren que conduce al retiro de la infortunada madre iba á partir. La excitación de la escena pasada me había hecho olvidar que conducía conmigo una criatura ajena á todas aquellas impresiones, la cual necesitaba volver del asombro que la oprimía. Senté á mi lado la hermosa niña, acaricié su rostro, besé sus cabellos y procuré tranquilizarla con promesas infantiles. ¡Pobrecilla! Ignoraba que iba á

salvar á su propia madre! No sospechaba que su presencia en aquella casa, abatida por un anatema, era la devolución de la honra á la mujer que la llevó en sus entrañas y la sustentó con la leche de sus pechos!

— Cómo se vá á alegrar mamá cuando me vea, decía la pobre niña; pero, señor Neltson, ¿por qué me llevaron á casa de esa señora tan regañona y tan mala..... que decía tantas cosas de mamá que me daban miedo no sé por qué? ¿Y mamá siempre está en esa casita cerca del río donde había tantos árboles? Qué risae me daba cuando perseguía á las gallinas y hacía correr á los patos hasta que se metían de asustados en la acequia.....

Luego continuaba con candor infantil:

— ¡Cuánto se va á reir mamá con las cosas que le voy á hacer después de tanto tiempo que me han tenido al lado de esa señora tan flaca, tan vieja, con sus ojos colorados y su boca sin dientes. ¡Qué diferencia con mamá que es tan linda! ¿No es cierto, señor Neltson, que es muy linda mamá?

—Mucho, mucho, contestaba yo enternecido con estas dulcísimas expresiones del amor filial. Pero sabe, niña mía, la decía para evitarle una impresión que ella no esperaba: sabe que mamá ha estado enferma; la vas á encontrar más delgada que cuando tú la dejaste.

—Oh! respondía Matilde, yo la curaré, correrá conmigo hasta el río; la besaré mucho, se reirá mucho. Qué contenta se pondrá cuando me vea! ¿No es verdad, señor Neltson?

Pobrecilla! también la pobre niña se hacía hermosas ilusiones ignorando que iba á encontrar á su buena madre estenuada y casi moribunda!

Qué tardo y pesado me parecía el impulso del vapor al lado de las ansiedades de mi espíritu! Para los temores que abrigaba, esta asombrosa invención del ingenio humano era lenta y fatigosa. El tren rodaba sobre su lecho de hierro, la campaña pasaba como sombra fugitiva á mi lado; pero, qué distante, qué interminable encontraba aquel viaje de pocas horas!

Cuando el convoy se detuvo en el tér-

mino de mi jornada levanté mi hermosa carga encaminándome con ella á la casita donde Adela luchaba con su dolor y su desfalleciente espíritu. Cerca á la puerta de entrada me detuvo Hortensia; sus ojos estaban llorosos y su semblante dolorido y mustio.

—Un momento! me dijo en voz baja; procure V. preparar su ánimo; su estado es desesperante.

Comprendí que una impresión repentina podía producir efecto distinto al que esperaba. Dejé á la niña en brazos de su hermana y penetré en la estancia.

¡Oh destructor veneno el de las afeciones morales! Adela se hallaba sentada en su muelle sillón de costumbre delante de la ventanilla desde la cual miraba el camino por el que esperaba, en sus dias de fé, ver regresar gozosa y alegre á la pequeña niña que absorbía todo su pensamiento; pero la miseria de los sentidos debilitados por una próxima muerte había velado su mirada el dia que pudo encontrar realizado su perpetuo ensueño! Acerquéme á ella y ví sus ojos

entreabiertos, opacos, insensibles, extinguiéndose en ellos el postrer rayo de luz que los había iluminado. Tomé una de sus manos descarnadas y sentí que solo quedaba un resto de calor sustentado por algunas gotas de sangre aun tibia. —“ ¡ Adela! la dije tratando de reanimar aquella vida que se extinguía, Adela! la causa ha sido fallada, Matilde vendrá luego!”

Al escuchar el nombre de la niña sus párpados se abrieron levemente, tentó levantar la cabeza que tenía caída sobre el respaldo de la silla, pero su estenuación fué más potente que su voluntad.

-- Adela, volví á decirla, Matilde está aquí, la he traído conmigo, reanímese V. para verla!... Un sacudimiento nervioso conmovió todo su cuerpo, sus párpados se dilataron, me miró con fijeza y sin pronunciar una palabra movió la cabeza como diciendo: “ V. me engaña”. Hortensia, que seguía ansiosa esta escena, penetró en la pieza conduciendo á su hermana. La niña al ver á su madre se lanzó sollozando á su regazo, estrechó su cin-

tura y ocultó su cabeza en sus faldas. La voz de Matilde reanimó á la moribunda, hizo un esfuerzo supremo para incorporarse inútilmente, y en su impotencia extendió una de sus manos sobre la cabeza de su hija; una sonrisa de satisfacción inmensa rodó por sus labios, la niña se alzó sobre la extremidad de sus piés y colmó de besos el descarnado rostro de su madre....

Hortensia y yo seguíamos transidos de dolor esta escena de amor filial y de agonía y procurábamos sustentar aquella vida que se iba tan de prisa despertando el calor en sus helados miembros; pero la materia permanecía del todo inerte! Repentinamente sus miembros se replegaron como si la fuerza perdida hubiese vuelto de pronto, sus ojos se dilataron dejando ver su pupila empañada, estrechó fuertemente á la niña sobre su pecho, miró á Hortensia, luego volvió pesadamente la cabeza hacia mí y clavando sus ojos en los míos, con voz entrecortada y débil me dijo: “Daniel... no la haga V. desgraciada...” Después sus brazos caye-

ron sin fuerza, su cabeza se inclinó hacia atrás, un ruido como de huesos que se desarticulan se confundió con nuestros sollozos y el hielo de la muerte apagó el poco de vida que se encerraba en aquella deshecha naturaleza!

X

Qué triste y congojosa fué la caída de aquel día! Qué desconsolador el abandono que oprimía el recinto donde Adela habitó con sus pesares! Solo el amor filial rodeaba los restos estenuados de la desventurada madre, desvinculada en vida de los lazos sociales por los egoistas escrúpulos del mundo! Mi compasión y mi respeto la acompañaron, empero, hasta el último lecho donde se ha marchado á dormir en eterna paz!

La noche llegó serena trayendo consigo sus cantos melodiosos y sus rumores llenos de misterio. El cadáver de Adela encerrado en el ataúd fué depositado sobre un paño negro extendido

en el pavimento; las luces de cuatro cirios enviados de la parroquia derramaban su claridad amarillenta en la reducida estancia, impregnaban el aire de un olor acre de cera derretida y chisporroteaban haciendo oscilar las azuladas llamas, remedo de la inestabilidad de la vida humana. En torno á la sombría casucha la luna extendía su blanco velo, la brisa enviada por el aliento del lejano río gemía entre las ramas dormidas y penetraba con su soplo fresco y vivificador en la habitación mortuoria. Dos buenas mujeres de la vecindad y yo velábamos el cadáver, encerrado cada cual en su pensamiento, mudos y silenciosos como si temiésemos turbar con nuestro acento el sueño del ser que dormía delante de nuestros ojos. En el corredor inmediato el anciano médico del lugar, que había llegado después del crepúsculo, se paseaba meditabundo, interrumpiendo el silencio con el sonido de sus pasos. Hortensia y su hermana se habían refugiado en la alcoba de su madre para desahogar su dolor y sus lágrimas.

La noche avanzaba lentamente indifere-
nte á las angustias de aquel hogar fla-
jelado por la desgracia durante tanto
tiempo; las dos mujeres que acompaña-
ban el atud se retiraron sigilosamente
rendidas por la fatiga. Solo Adela y yo
permanecíamos el uno cerca del otro, li-
gados hasta más allá de la tumba por el
afecto como lo habíamos estado en vida
por comunes desventuras. De pronto
escuché el ruido que produce un traje al
rozar el suelo; levanté los ojos y ví á
Hortensia que se encaminaba hacia mí;
la joven se sentó á mi lado abatida y llo-
rosa; sus sollozos llegaban á mis oídos
como ecos de un corazón que se rompe.
Permanecíamos silenciosos, dominados
por la emoción que despertaba aquel
sombrio cuadro. Por fin ella procuró ven-
cer su quebranto y en voz muy baja en-
trecortada por las lágrimas, me dijo:

—Vengo á cumplir, Daniel, la últimé
promesa que debo á mi madre... Yo se
que V. comprenderá lo inmenso de esta
sacrificio...

Este lenguaje que no era el de las in-

tímidades del amor me hizo entreveer algo de inesperado para mí.

—Hable V. sin temor, amiga mía, la dije, dando á mis palabras el acento de respeto que aquel recinto consagrado por la muerte demandaba.

— Hay una ley que se ha opuesto y se opone á la unión de nuestras almas á pesar de nuestro mutuo afecto, es necesario tener valor para resignarse á su imperio.

— Lo sé, pero yo no podré dominar jamás el amor que vive en mis entrañas...

— Será forzoso sobreponerse á todo...

—¿Por qué arrebatat este postrer consuelo á mi existencia?

— Porque es necesario, porque mi madre, que desde el ataud nos mira, me ha impuesto este sacrificio y se lo ha demandado á V. en su agonía...

Las últimas palabras de Adela : “ No la haga V. desgraciada ”, vibraron en mi oído y me revelaron todo lo que Hortensia venía á exigir en presencia de su cadáver.

— ¿Pero cómo podré yo, la dije, ex-

tinguir lo que es imborrable, imperecedero en mi corazón?

— Venciéndose á sí mismo, como yo procuraré vencerme.

Estas palabras arrancaron un torrente de lágrimas á sus ojos, se inclinó como desfallecida por un pesar inmenso y sollozó con desesperación infinita.

— ¿Qué es, pues, interrogué, lo que Adela me ha dejado por herencia? ¿También ella ha querido vaciar una gota de amargura en mi destino?

— ¡Nó! Mi madre conocía lo que hay entre nosotros y su previsión midió lo que puede traer en el curso de la vida esta pasión ardiente y todavía no satisfecha. En sus últimos momentos, cuando comprendió que la muerte se acercaba, me interrogó si mi corazón aun pertenecía á V. No quise engañarla; confesé que le amaba.

— Hija mía, me dijo, esa pasión es para tí un abismo; llegará un día en que seas impotente para sofocarla, y entonces ¡no quiero pensarlo! entonces podrá ser una horrible verdad para tí lo que

para tu madre fué una calumnia y las gentes ligarán tu deshonra con mi propio sudario... Olvídale, hija mía! olvídale, ahora que una nueva vida se agita en tus entrañas y que luego te hará madre!

No he podido darme cuenta de las sensaciones que esta revelación produjeron en mi alma; mis facultades se perdieron en un caos sin luz, en un extravío del cual no he logrado recobrar aún.

— Daniel, continuó Hortensia presa del pesar más hondo, yo juré á mi madre obedecer su última voluntad y vengo á cumplir esta promesa en presencia de su propio cadáver. Jamás podrá V. medir la inmensa tribulación de mi alma, pero es forzoso, es necesario romper este lazo que liga mi corazón al suyo, y en nombre del amor de esta mujer inmaculada vengo á pedir á V, también, su olvido, su compasivo olvido!...

Una sombra pasó por mi pensamiento en medio de mi tortura como la visión del consuelo, como el único lenitivo que podía encontrar para asilar mi alma, yo

que veía desvanecerse mi última esperanza para siempre.

— Hortensia, la dije, la voluntad de su madre será cumplida; mi corazón no latirá más por V., si es que este amor puede hacer su desgracia en la tierra...

La joven permaneció agobiada por la enormidad de esta terrible prueba y luego, separándose de mi lado, con el acento más acongojado y más lleno de amor que han escuchado mis oídos, me dijo: ¡Daniel, adiós!.... Luego la escuché que lloraba en la pieza inmediata con el desahogo de la desesperación más amarga y dolorosa.

Aquel funesto anatema pronunciado por el labio de mi madre: "tú no sirves para nada bueno en la tierra", reapareció en mi pensamiento y creí que los labios entreabiertos de Adela me decían por toda consolación: "tú como yo, no tienes vinculaciones en la vida". El halago de aquella sombra consoladora que se levantaba en mi espíritu me acarició de nuevo y dí tregua á mi desolación y mi tortura.

.....

XI

¡Todo ha concluido!

Adela reposa en el compasivo lecho de la tierra! Compañera de mis desgracias, he conducido por mis propias manos su cadáver al silencioso asilo á donde no van las mezquindades humanas á llevar su escoria y su veneno. Cuando ví descender sus restos mortales al sombrío hoyo sentí el deslumbramiento de un mundo desconocido: el mundo de la paz eterna, del sueño sin fatiga, del reposo sin turbaciones. La azada cubrió con una sábana de polvo el sagrado cuerpo y todo quedó allí inmóvil, insensible, sin gemidos ni rumores. ¿Por qué yo también no encontraría amparo en el seno de esa benigna madre que extingue todos los dolores, borra todos los recuerdos y apaga todos los afectos santos?

Abandoné la silenciosa morada para volver por la vez postrera á embriagar-

me en el aire que respiraba Hortensia; tomé entre mis manos la cabeza angelical de Matilde y la besé cien veces, porque sabía que los labios de mi amada se posarían siempre sobre aquella frente en las alegrías y tormentas de la vida!

.....

Ahora que todos los lazos que me ligaron á la tierra se han roto por el destino; ahora que en mi corazón ha muerto la esperanza, encuentre al menos en el regazo de la nada compasivo amparo á mi dolor postrero : abra el mundo sus corrientes, su cauce hirviente el fecundo seno de la vida para dar paso y sustentar la dicha de los hombres! ¡No llegarán hasta mí las voces de su interminable gozo ni los acentos de su alegría desatada! Vivid y gozad ¡oh! vosotras, almas firmes, corazones fríos, para quienes la existencia es una libación dulcísima! Y tú ¡madre mía! en cuyo pecho secó el amor sensual todas las fibras de los afectos nobles, recoge ahora la fortuna y la dicha apetecida que tu ansiedad sabrá arrancar de ajena mano invocando derechos que desdeñó tu imbécil hijo!

Solo tú, recuerdo puro de la mujer amada, vivirás con mi eterno sueño, si es que más allá de la nada no mueren también los recuerdos de la tierra! Llegue á tí el postrer latido de mi pecho, la más íntima caricia de mi alma, que es para tí, solo para tí, la última vibración de mi pensamiento!.....



